
Victoria
Dana
Las
palabras
perdidas
DEBOLS!LLO

Victoria Dana

Las palabras perdidas

DEBOLS!LLO

Victoria Dana

Las palabras perdidas

DEBOLS!LLO

SÍGUENOS EN

megustaleer


@Ebooks


@megustaleermex


@megustaleermex

Penguin Random House Grupo Editorial

Para Mary Jerade

en memoria

Deambula por las calles del centro de la ciudad donde, desde tempranas horas de la mañana, la vida se manifiesta con todo tipo de matices y variaciones.

Lleva varias horas vagando, inmersa en una especie de sopor que la mantiene absorta, con la vista fija en un solo punto, sin alcanzar a ver realmente lo que sucede a su alrededor. No entiende cómo llegó hasta ahí para convertirse en una desconocida en medio de una multitud de extraños. Los vendedores instalan sus puestos en las aceras, dificultando el paso de los peatones quienes observan la infinidad de mercancías, en medio de pregones ensordecedores.

Escucha sin comprender. Prosigue su camino, aislada del bullicio, ajena a la prisa de cientos de transeúntes que la rozan al pasar. Algunos, los más apresurados, la empujan sin que ella lo note. Anda con lentitud, encorvada, los hombros caídos, la mirada perdida. No pone atención cuando termina la banqueta y cruza la calle. Prosigue su marcha a pesar del semáforo que marca un alto luminoso y rojo. Tampoco advierte que las bocinas de los automovilistas suenan estridentes. Varios choferes tienen que actuar con rapidez para no atropellarla: frenan de forma intempestiva. ¡Vieja loca!, le gritan desde las ventanillas de sus vehículos. Ella no los mira, aunque abra los ojos desmesuradamente y vuelva la cabeza en todas direcciones simulando que, alerta, se oculta de alguien.

Parece otra, como si hubiera decidido alejarse de sí misma. Cualquiera diría que envejeció de golpe. A pesar de sus cincuenta y dos recién cumplidos, se ha convertido en una anciana disminuida, inconsciente, que se dirige a siglos de distancia desprendiéndose de todo lo que en su historia personal, alguna vez le pareció familiar.

Se mantiene sumergida entre la multitud, guiando sus pasos cada vez más lejos, hasta que, de pronto, ocurre el milagro. Gracias a un instante casi imperceptible de conexión, parecido a un relámpago luminoso que gira en su cerebro, logra unir su cuerpo con el resto de su entendimiento.

Se detiene sorprendida. Levanta las manos intentando defenderse. Nadie la mira. El gentío y la prisa siguen impasibles su camino. Por un momento cierra los ojos con la esperanza de que, al abrirlos, desaparezca este mundo desconocido y asome su casa entre la quietud de todos los días, pero no sucede. Ahí sigue: desamparada, instalada en el centro de una pesadilla viviente que se multiplica gracias a la confusión y al ruido.

Se palpa el rostro, el cuello y los brazos, en un afán de recobrarse y descubre que su bolso, por suerte, sigue colgado de su hombro. Lo abre. Mira sus pertenencias, se siente feliz de reconocerlas. Acomoda con cuidado el monedero, la agenda, la polvera con rubor y el lápiz labial. Saca uno de los pañuelos desechables de la bolsita de plástico y se seca los ojos sin lágrimas. Observa el celular. Después de tenerlo en su mano unos momentos, recuerda cómo abrirlo. Marca el primer número que encuentra en su directorio: A de Alfonso. SEND.

—Te estuvimos esperando por más de dos horas en los tribunales. ¿Me puedes explicar en dónde se supone que estás?

—No sé —grita, procurando que sobresalga su voz.

—¿Cómo que no sabes?, ¿dónde demonios estás?

—Hay mucho ruido.

Cuelga. Un temblor recorre su cuerpo. Terminada la confusión que su propia mente generó, ahora reacciona como si fuera la de alguien ajeno a ella que la enfrenta: un juez severo que exige cordura y demanda explicaciones. ¿Te has vuelto loca? ¿Qué demonios haces aquí? Incapaz de comprender, su conciencia decide torturarla, convertirse en su propio verdugo.

Acostumbrada a exponer los hechos de manera clara y contundente, atar cabos sueltos y lograr conclusiones imparciales, por primera vez no sabe qué argumentar. Si fuera el abogado defensor asignado para llevar su caso, no tendría idea de cómo presentar un discurso convincente ante su familia, la parte acusadora. ¿Qué tienes en la cabeza? ¿Es que se puede estar tan distraída y cruzar media ciudad sin darse cuenta?

Suena el teléfono. Un Alfonso impaciente grita concluyendo sus frases con una nota aguda. No sé qué decirle, mejor no escucharlo; acabará regañándome como siempre. Cuelga otra vez y, después de dudarlo unos minutos, apaga el celular.

Sola me metí en este lío y sola voy a salir. Guarda el teléfono en su bolsa, lo pone en el cierre interior donde lo deja siempre junto a las llaves. ¡Las llaves! ¡Claro! ¿Y el coche? Tuve que haberlo estacionado

cerca de aquí. No será tan difícil dar con él en una zona de la ciudad donde hay pocos BMW plateados como el mío. Camina varias cuadras observando los autos con atención, clasificándolos por colores y tamaños. El suyo no aparece por ningún lado.

Se detiene. Le da curiosidad saber dónde se encuentra y lee el nombre de la calle: Carmen. No tengo idea si estoy cerca o lejos del despacho o de la casa.

Los vendedores la llaman, mostrándole mercancías diversas. Desde sombrillas, anteojos para el sol y aparatos eléctricos, hasta dulces mexicanos y figuritas recién llegadas de China. Ella no escucha, sigue de frente. ¿Dónde estará mi coche? Se da cuenta que podría estar en otra parte, en cualquier otro sitio. Al lado opuesto de la misma calle, por ejemplo. Decide regresar el camino andado y proseguir todavía unas cuadras más. Seguro por ahí lo estacioné. Se fija en los letreros, en la mercancía de las tiendas y en los puestos sembrados en la acera con el fin de encontrar algún detalle que le parezca familiar. Nada. Todo es distinto y extraño. Aterricé en otro planeta.

No voy a desesperarme, ordenó la mente traicionera. Sabía que hasta para los casos más intrincados, hay un tiempo, el del acomodo, donde cada situación va encontrando su propio lugar en la trama; el culpable sale a flote, asomando del pozo de los enredos, para que los testigos den fe de su perversidad. ¡Qué fastidio! Y el coche que no aparece.

Tiene hambre, empieza a caer la tarde.

Entiende lo absurdo de proseguir con esta búsqueda loca y más me vale llamar a Alfonso y explicarle pero, ¿qué le explico? No, a Alfonso no. Su marido le exigirá una declaración completa y detallada, una especie de auditoría, la exposición objetiva de algo que ni ella misma comprende. Mejor le marco a Mariano, él siempre está de mi parte. Vendrá por mí y será lo bastante sensato para no hacer preguntas indiscretas. Mete la mano en la bolsa para sacar de nuevo el celular y descubre, junto a las llaves, un papel doblado. Estacionamiento Ranver. No. 0512, quejas a los teléfonos… y más abajo, casi ilegible de tan pequeña la letra, Reforma 926. ¡Bendita suerte! El boleto del estacionamiento estuvo en mi bolsa todo este tiempo y yo poniéndome histérica. Disfruta de cierto alivio, como si lo bebiera a pequeños sorbos, hasta que se da cuenta que no sabe cómo llegar al mentado estacionamiento. Se aventura a preguntar a una joven empleada que, aburrida, se recarga en el mostrador de una zapatería.

—¿Caminando? Uh, está lejos. ¿Qué serán? No, si son un montón

de cuadras. ¿Por qué no mejor se toma un taxi? A pie nomás no llega.

Jamás había tenido la necesidad de tomar un taxi. En esta ciudad puede suceder cualquier cosa y subir a un coche de alquiler que no sea de sitio, se considera muy riesgoso pero, ¿qué hago? Estoy en una calle atestada de vendedores ambulantes. En cuanto oscurezca un poco y la gente empiece a quitar sus puestos, esto se volverá cada vez más peligroso. Mejor me arriesgo, me urge llegar a mi casa.

Un coche compacto amarillo se detiene ante su llamado. Sube desconfiada. El trayecto le parece demasiado largo. Ve, a través de la ventanilla, la procesión de calles que van quedando atrás. ¿Todo esto caminé?

Trata de hacer el recuento de la mañana. Se acuerda de su arreglo cotidiano, saqué el traje sastre azul marino y me sequé el pelo, me maquillé viéndome en el espejo del baño, luego escogí los zapatos, los más cómodos. También recuerda haber bajado a la cocina, tomado una barra de cereal y salir corriendo. Del resto no. Su cabeza sigue perdida, dando vueltas, revolviendo las ideas.

Capta, por unos segundos, su imagen en el espejo retrovisor. Un desastre. Con el sudor, se corre el maquillaje de los ojos dejando unas sombras negras que la reflejan ojerosa y mayor. ¡Qué espanto! Mira nada más, me veo fatal.

El taxi se detiene y el conductor se dirige a ella:

—Servida, señora.

Saca el primer billete que asoma de su monedero y baja sin esperar respuesta. Un oleaje de claridad refresca su mente. Logra acomodar la pieza del rompecabezas que faltaba. Por supuesto, el despacho de abogados en pleno Reforma y la cafetería donde acostumbra tomar un capuchino por las tardes.

Respira hondo, se siente liberada. De todas formas y por las dudas, lleva el boleto del estacionamiento apretado en su puño, lo más resguardado posible. No puede darse el lujo de perderlo, ni olvidarlo otra vez en el fondo de la bolsa: es su único vínculo patente con la realidad.

Se lo entrega al joven que atiende la caseta.

—Nueve horas. Son doscientos ochenta pesos.

—¿Nueve horas?

—Nueve horas y trece minutos. Mire el boleto, su carro entró a las 10:30 AM.

Nueve horas. Lo que se puede hacer en nueve horas y trece minutos. Viajar en avión a Europa, ver por lo menos tres películas

atrasadas, pasar una mañana de colegio, resolver un caso, rendir un examen de conocimientos, preparar un banquete, caminar media ciudad, cometer un crimen.

Reconoció de inmediato su coche. Concéntrate en el regreso, ya tendrás tiempo de divagar.

CATAPULTA. **f. Máquina antigua para lanzar piedras. // Mecanismo para impulsar aviones**.

Buscar en el diccionario se había convertido en su ritual matutino. Esperaba que Alfonso y los hijos se fueran cada uno a sus distintas obligaciones para prepararse un café, sentarse en el escritorio de Patricia, la hija mayor, y sacar del último cajón la libreta azul donde apuntaba todo lo que le parecía interesante.

Se proponía descifrar en el viejo diccionario una palabra, cualquier palabra, la primera que encontraran sus ojos al abrir una hoja al azar. Lo que empezó como un juego para ejercitar su memoria, se convirtió en una necesidad: una especie de supervivencia mental que le aseguraba un día más en el mundo de los cuerdos. Separó con el índice las hojas y, sin verlas, lo abrió a la cuenta de tres.

La suerte favoreció a CATAPULTA. Primero leyó la palabra despacio, separándola en sílabas. Se deleitó con un sonido que le pareció armónico, aunque no lo comprendiera. La pronunció varias veces, más rápido y más fuerte cada vez. En un principio no le sugirió nada, pero tras unos minutos, su cerebro logró hacer un vínculo con el pasado. Ca-ta-pul-ta, Ca-ta, Cata, Catita, la nana de la nena bonita, como le decía la mujer entrada en años y en carnes, mientras le restregaba con fuerza los codos y rodillas dejando roja su piel.

Bastó un segundo para que cobrara vida el cuadro que formaban ella y su nana de tantos años. Blanquita permanecía sumergida en la tina, disfrutando la caricia del agua tibia que cantarina viajaba, desde la jícara, hasta el cuello y la espalda. Después de enjabonarla y enjuagarla, la negra desplegó frente a la niña una toalla blanquísima que hacía contrastar aún más su oscuridad y repetidas veces la animó a salir de la bañera. Pero la chiquilla, al prever la sensación de frío que la hacía temblar como una hoja, decidió quedarse en la tina a toda costa y llevar a cabo uno de sus berrinches magistrales, de esos que provocaban en los adultos reacciones impredecibles.

—¡Ay, niña! No te puedes quedar a vivir en la tina. Mírate las manos, arrugaditas de tanta agua y tanta calor.

Blanquita lloró con premeditación: agudo y fuerte. En uno de sus espléndidos aullidos, abrió tanto la boca que, sin poder evitarlo, tragó de esa combinación de agua, jabón y suciedad que le supo asquerosa y la hizo llorar más fuerte. Catita no tuvo más remedio que ejercer su voluntad con firmeza.

—Ya ve, mi niña, por andar haciendo berrinche, hasta el jabón se engulló. ¡Válgame Dios y toditos los santos!

La cargó y la sacó del agua en un solo movimiento, al tiempo que la envolvía, amorosa, con la toalla. La acercó al lavabo y ahuecó sus manos para darle a beber un sorbo.

—Ándele, escuincla, enjuáguese y escupa. Y de una vez voy a aprovechar para limpiarle los mocos. ¡Nomás eso me faltaba contigo!

Lista para continuar el ritual, tomó los extremos de la toalla y empezó a frotarla con fuerza secando el cabello, la espalda, el pecho y las piernas. La pequeña seguía curiosa sus movimientos, pero sin darse por vencida: pensaba llorar toda la noche. Ahora lo hacía más quedo, en un puchero. Catita la secaba con movimientos cadenciosos. A medida que frotaba con más fuerza, las carnes colgaban armoniosas de los brazos y era tanta la agitación que los pechos subían y bajaban, a punto de escaparse del delantal a cuadros. En cambio, las imponentes nalgas tenían vida propia: siguiendo su ritmo personal, se sacudían de un lado al otro como si vivieran separadas de la cadera y el resto del cuerpo. De ahí a la cantada y al baile, sólo mediaba un ruego de la pequeña:

—¿Cantas, nana? La del Pedrito Infante que tanto te gusta.

—No, qué va a ser, si yo no sé cantar. Mejor te visto aprisa para que no tengas frío y te cepillo esas mechas que si no, qué va a decir tu mamá, ella, la pobrecita, trabaje y trabaje, va a decir que no te atiendo como Dios manda.

—Un pedacito, ¿qué te cuesta? —insistió la niña.

La nana extendió con las dos manos la enorme falda y empezó a moverla al compás de una marimba imaginaria. Blanca la seguía descalza por toda la habitación tratando de imitar sus pasos.

Para bailar la Bamba
Para bailar la Bamba se necesita
Una poca de gracia y otra cosita
Ay arriba y arriba y arriba iré

Yo no soy marinero
Soy capitán, por ti seré por ti seré

Bamba, bamba, bamba, bamba… empezaron las vueltas y más vueltas, giros maravillosos que las acercaban cada vez más a Veracruz, a su olor a naranja y a plátano macho, al vaivén de sus olas embriagadoras, al zapateado interminable de las negras con trajes de lunares y de los ritmos salvajes impregnados de selva, al danzón serio y formal, brotando al son de un arpa melodiosa.

—Cuando crezcas, Blanquita, le pedimos permiso a tu mamá y nos vamos pa'l pueblo, a que veas cómo se baila en tierra caliente.

La niña daba brinquitos por toda la habitación mientras pensaba emocionada: mejor nos vamos de una vez y ya no regresamos nunca. Nos llevamos a mamá y dejamos aquí su máquina, para que baile sin tanto coser y coser y también que venga papá, a ver si con el sol se le ilumina la cara y se le pone morenita como la de Cata. Después de la función musical, Blanquita se tranquilizó. Sentada en el borde de la cama, dejó que la nana cepillara su cabello y lo trenzara. Qué buena es Catita. Cata. Cata. Ca-ta-pul-ta.

CATAPULTA. **f. Máquina**. Se detuvo. Tampoco entendió el significado de máquina. Tendría que buscar también máquina. Recorrió, hoja por hoja, el diccionario, hasta encontrar la eme junto a la a: MAMILA, MAMOTRETO, MANGLAR, MANTECOSO, MANUBRIO, no. MAPA, MAQUILLAR, MÁQUINA, aquí está.

MÁQUINA. **(lat. *machĭna*.) f. Conjunto de piezas dispuestas según arte, para dirigir o regular la acción de una fuerza**. Fuerza, ésa sí le pareció conocida, fuerza. Es ser fuerte. Yo soy fuerte, no me dejo.

La tarde del desconcierto. Ya en su coche, de regreso a casa por un camino más que conocido, decidió que sólo se sentiría fuerte y dueña de su persona mientras pudiera guardar el secreto. Ésa sería su estrategia. Nadie se va a enterar de esto, aquí no ha pasado nada. Durante el trayecto, hilvanó, con cautela, una historia para que su familia no sospechara.

"Por Dios, Alfonso, claro que llamé al despacho, dejé el recado con la señora Idalia, ¿que no te dijo? Me habló una amiga de Monterrey, se quiere divorciar y tenía que verla hoy; viajó especialmente a plantearme su situación. Lo que pasa es que el marido es de aquí y se

casaron en la ciudad. Sí, nos conocemos desde hace años, éramos compañeras de la preparatoria, porque ella vino a estudiar una temporada aquí al DF. Vivía con unos tíos. ¿Rica? Con muchísimo dinero y un montón de infidelidades que aguantar. Como te imaginarás, se me hizo tarde para llegar a la comida con las abogadas. ¿Idalia no te avisó? Qué bárbara, está cada vez más viejita la pobre, todo se le olvida. Traté de contestarte, pero el ruido era imposible; las señoras no dejan de parlotear ni un segundo, opté por apagar el celular. En serio que no puede ser, le hablé dos veces. Sí, Alfonso, perdóname, sé que te colgué el teléfono, pero ya te expliqué. Estaba en medio de la comida con las mujeres empresarias y había un ruido espantoso, tú mismo viste que no se oía nada…”.

Lupe, la joven que servía en su casa, interrumpió la conversación.

—Señora, ¿gusta algo de cenar?

Claro que sí gustaba, pero no lo dijo. No, muchas gracias, comí demasiado en la reunión con las amigas. Bueno, ¿podrías traerme, con mi café, unas galletitas para asentar el estómago?

A pesar de la preocupación, esa noche Blanca se durmió enseguida. Necesitaba descansar después de las largas horas de caminata. Al día siguiente se levantó muy temprano. La misma intranquilidad la despertó, después de un sueño angustioso, agotador. Soñó con su rostro, joven todavía. Un tenue color rosado cubría sus mejillas y sus ojos aparecían enormes, negros, como en el acercamiento máximo de una fotografía. Un tul delgado la fue cubriendo, empezó a flotar sobre su rostro movido por un viento suave, ondeaba como una bandera formando un oleaje que la acariciaba, pero el velo se fue haciendo cada vez más denso y viscoso, la cubría por completo, ceñía sus facciones como una máscara de látex; el velo, o más bien, la máscara, oprimía sus pómulos estirándolos, apretaba su nariz y su boca, difícilmente podría respirar, sintió que se ahogaba: moría asfixiada. Despertó.

El recuerdo de la tarde anterior inundó de inmediato su pensamiento. Me perdí nueve horas y no tengo la más remota idea de lo que pasó en esas nueve horas. La angustia se apoderó nuevamente de ella al hacerse las mismas preguntas de manera obsesiva. ¿Dónde estuve todo ese tiempo? ¿Cómo me pude perder sin darme cuenta?

También recordó su decisión de no decir nada y seguir con su vida normal como siempre; olvidarse de las horas que nadie sabe que sucedieron aunque ella no entienda por qué sucedieron y están presentes, pero no están más.

Se observa ante el espejo, se reconstruye, recupera su mirada ansiosa e inteligente, la actitud de mujer segura y dueña de sí misma, aunque la duda permanece: ¿Y si me vuelve a pasar? ¿Y si la próxima vez ya no regreso? Se imaginó en medio de una neblina grisácea, desaliñada y sucia, viviendo en la calle; vestida de harapos, haciendo sonar el bote de las limosnas con las monedas que los peatones, compasivos, van dejando a su paso. Sacudió la cabeza negando varias veces, hasta que logró apartar la imagen de su mente. Me tengo que organizar, no volveré a perderme. Nunca.

Decidió ordenar sus ideas de la forma más rigurosa posible. Sacó la libreta azul que Patricia le había regalado en su cumpleaños: es para que escribas tus sueños, le había dicho su hija. Lo que son las cosas, nunca pensé que la iba a usar y menos así. La había guardado en el último cajón de su escritorio, al darse cuenta que su vida acelerada no le concedía tiempo para sentarse a reflexionar y escribir. Sin embargo, dejar ahora sus ideas por escrito se convertía en un imperativo, en el testimonio que ella podría ofrecer de sí misma. De hoy en adelante, voy a apuntar todo lo que me parezca digno de ser registrado.

Sacó la pequeña agenda de su bolso con la idea de ponerse al día, pero no pudo recordar la fecha. Hizo un esfuerzo enorme por construir la secuencia; no lo logró. De todas formas, leyó algunas de las anotaciones:

> Martes 14 de agosto, 11:00 AM cita con Lucila, cárcel de menores. (Violación, padrastro).
>
> Miércoles 15 de agosto, 10:30 AM aplicar examen de Derecho Romano en la UNAM.
>
> Jueves 16 de agosto, cumpleaños de Mariano (quiere una chamarra café oscuro). Cena con la familia, invitar. (Hablar a Banquetes del Lago).

Seguía atando cabos, sentada en la mesita de la recámara, cuando despertó Alfonso extrañado al descubrir la ausencia del otro lado de la cama.

—¿Qué haces, Blanca?, ¿no puedes dormir? ¿Qué tienes, linda? —miró el reloj de números fosforescentes—. Apenas son las seis y media.

El marido se estiró terminando de animarse, emitió un suspiro y un ronroneo que le pareció cautivador.

—Ven a la cama un rato.

Blanca obedeció tratando de comportarse lo más natural posible.

Se recostó al lado de su esposo aunque, inconscientemente, le dio la espalda. Él se acercó con la intención de seducirla. La rodeó con su brazo izquierdo y la atrajo a su cuerpo, como si deseara adherirse a ella. Levantó su camisón y rozó lentamente su piel hasta encontrar sus pechos. Primero los acarició, luego los cubrió por completo con la palma abierta para comprobar su tamaño exacto. Con movimientos hábiles se deshizo del estorboso camisón. Giró su cuerpo y enderezó la cabeza para alcanzar, con su boca, los oscuros pezones. Los besó y los succionó hasta dejarlos doloridos y firmes. Aunque ella ya no pudo percibir su olor, le gustó saberlo familiar. Alfonso. Cerró los ojos. Deslizó las yemas de sus dedos por la cara, los labios, el cuello, el pecho velludo y el vientre que sobresalía de su delgadez, formando una protuberancia confiable. Él dirigió la mano de Blanca hacia su miembro, mientras la acariciaba, certero, entre las piernas. Blanca se sintió invadida de una ansiosa humedad; un agradable calor se apoderaba de todo su cuerpo y como una hoguera interior que se enciende paulatina, llegó a abarcarla por completo. Empezó a jadear en el cuello, en el oído, en los labios de Alfonso, quien ya no pudo esperar más: hizo a un lado las cobijas y la contempló en su total desnudez. Abrió sus piernas y las acomodó a la altura de sus caderas para fundirse con su mujer.

Ella gemía acompasadamente. Vibraba, sentía que un temblor ligero se apoderaba de sus brazos, de sus manos abiertas que acariciaban el cuerpo desnudo de Alfonso y seguían sus movimientos incesantes, imitando su cadencia. El temblor viajó a sus pezones aún erguidos, bajó a su vientre y siguió descendiendo para estacionarse entre sus piernas y hacerla estallar en movimientos incontrolables y placenteros que un simple roce multiplicaba al infinito. El ritmo de su cuerpo la sumergió en una especie de inconsciencia donde ya nada tenía importancia. Había desaparecido el correr monótono del tiempo, para detenerse en un solo punto, la fuente de placer primigenio. Permaneció inmóvil, relajada, envuelta en un goce absoluto.

Un hombre sudoroso y satisfecho se apartó de ella.

Blanca, aún somnolienta, escuchaba el sonido de la regadera y la voz desentonada de su marido: *Amanecí otra vez entre tus brazos.* Sonrió desperezándose. Acabó por levantarse y enfundarse en su bata blanca. Voy a revisar la agenda de una vez.

> Miércoles 15 de agosto, 10:30 aplicar examen de Derecho Romano en la UNAM.

Sí, ya sé, Universidad Nacional Autónoma de México, con los de segundo semestre. Logró enfocar al grupo de jóvenes estudiantes sentados en el salón de clase. Con lo preocupona que soy, seguro preparé el examen desde antes y lo guardé en un fólder. Después de buscarlo unos minutos, lo encontró en medio de las revistas, encima del buró junto a su cabecera. ¿Qué hace aquí? Tal vez lo revisé alguna noche antes de dormirme. La aparición del examen la tranquilizó. Se percató de que atar cabos le permitía regresar a días anteriores.

Junto a la lámpara, en el mismo mueble al lado de su cama, vio su reloj de pulsera. Se lo puso y leyó la fecha sin pensarlo, tal y como lo hacía siempre. 15-08, entendió precisamente lo que debía entender. Hoy es 15 de agosto, hoy es el examen. Lucila fue ayer. No tenía manera de saber si acudió a esa cita. Lucila, el asunto del padrastro. No lo mató, fue un accidente, yo le creo, por eso la defiendo. Cuántas muchachas desamparadas se las tienen que ver con uno de esos monstruos. Bueno, ya veremos cómo le hacemos. Lo importante es hoy, 15 de agosto. Hoy es el examen, todo está listo pero, ¿cómo llego a la UNAM?

Otra vez la nube espesa creando ausencias en su mente, llenándola de una materia burbujeante. ¿Cómo llegar a la universidad a la que ha ido miles de veces, durante años, cómo recordar el trayecto? Intentó visualizar su auto saliendo en reversa desde la cochera, dar vuelta a la derecha en la esquina, seguir dos cuadras hasta el semáforo. Ésa es la Avenida Reforma, de ahí derecho y luego… no sé. Voy a hacer mapas de cada lugar, voy a escribir, paso a paso, cada dirección.

Ya no pudo percibir el olor penetrante de la loción de Alfonso. Él se acercó sorprendiéndola.

—¡Caramba, pero qué concentración! —exclamó, al notar que Blanca lo miraba asombrada y a la vez complacida—. ¿Me veo bien?

—Muy guapo —ella observó sus canas, las arrugas profundas alrededor de los ojos, la mirada sin brillo: la diferencia de edades se hacía cada vez más evidente.

—¿A dónde vas?

—Ya sabes a dónde voy, hemos platicado de este caso un montón de veces. ¿Qué, no te acuerdas? La historia de los terrenos invadidos.

—Por supuesto, claro que lo hablamos —le dio un sonoro beso—. Que te vaya bien. ¿Vienes a comer?

—Es miércoles, preciosa. Te veo en la noche.

¿Qué hacía los miércoles su esposo? No tenía idea pero tampoco le dio mucha importancia. Primero tengo que estructurar mi horario,

cumplir con mi rutina.

> Miércoles 15 de agosto, 10:30 AM aplicar examen de Derecho Romano en la UNAM.

¿Y cómo demonios me voy a la UNAM?

MAGNETISMO. **(lat. *magnes,* imán.) m. Virtud atractiva del imán. // Conjunto de fenómenos magnéticos que producen las corrientes eléctricas.**

Quiso regresar a MÁQUINA, pero olvidó dejar abierto el diccionario. Así que tuvo que buscar de nuevo la eme junto a la a, y algo, un impulso repentino, le hizo detenerse en MAGNETISMO. Al leer MAGNETISMO, todo con mayúsculas, se fascinó, pensó que era una de las palabras más hermosas que había leído nunca. La forma como se mezclaban la ge con la ene hasta caer en la te, le pareció fantástica, de cuento. Si en el mundo de las letras organizaran la fiesta de las palabras, magnetismo sería un hombre guapísimo que llegaría vestido de frac y me sacaría a bailar.

MAGNETISMO. **(lat. *magnes,* imán.) m. Virtud atractiva del imán.** Imán, ¿qué será? ¿Por qué me suena tan familiar? ¡Qué cabeza la mía, cómo puede ser que también se me olvide ésta! No tuvo más remedio que regresar a la i. Efe, ge, hache, i, imán. Lo bueno es que todavía recuerdo el abecedario. A ver, la i junto a la eme.

IMÁN. **(lat. *adamas,* diamante, piedra dura.) m. Mineral de hierro que atrae el hierro, el acero y otros metales. Tiene color negruzco y opaco.**

Del lado derecho a la explicación, había un dibujo: una herradura como la de los caballos, negra en las puntas. Se imaginó que había un clavo largo y delgado pegado a la herradura: un alfiler, si te picas con ése, duele y mucho.

Por unos segundos el recuerdo de un dolor añejo regresó a sus dedos y con él, la imagen de la pequeña asombrada ante la enormidad de un universo que, visto desde el suelo, se extiende desde la estancia

hasta la cocina, para rematar dignamente en la recámara.

Los dedos pequeñitos, dispuestos a todo, tantean con cuidado las losetas percudidas, llevan su cuerpo a arrastrarse apoyando la mano abierta, luego el codo, inmediatamente después el vientre hasta terminar deslizando uno a uno, los dos pies. Vuelve a los dedos, las manos, los codos, el vientre, las rodillas, los pies. Cada vez que se desliza, se acerca un poco más a su objetivo. Busca, curiosa, descubrir el misterio oculto del mundo que se esconde debajo de los muebles, enormes como torres, y en especial bajo la máquina de coser de su madre que ronronea sin parar: día y noche.

¡Máquina, eso era! ¡La máquina de coser de mamá! Sintió alivio. Como si un hueco vacío, que sólo contenía un aire pesado y oscuro, se hubiera llenado en su cerebro de una materia refrescante. La palabra resonó varias veces, tomó forma, se convirtió en la imagen que se complementaba perfectamente con el sonido. Blanca acabó por comprender el concepto en su totalidad: la máquina de coser de mamá, el ruido de la máquina de coser, es fuerte el ruido de la máquina, todo el día la máquina, nunca descansa.

El ronroneo se convierte en alarido y la sorpresa de la niña en llanto, mientras mira el alfiler que se ha clavado en la diminuta yema de su dedo, sin entender que un objeto tan pequeño pueda causarle ese dolor intenso. Desde el suelo levanta su mano, muestra el índice lastimado y emite toda clase de gemidos y aspavientos con el fin de llamar la atención de la madre que prosigue con su labor, ajena a la tragedia que se desarrolla frente a ella.

El llanto va *in crescendo* hasta que la mujer deja por un momento la costura, para tomar a la pequeña y sentarla en su regazo mientras sigue apretando el pedal con el pie derecho.

El gruñido toma matices distintos. Sentada en la pierna izquierda que su madre balancea al ritmo de la máquina de coser, se transforma en manso galope. Se escucha el trotar de un corcel en busca de parajes remotos. Pero la nena no se contenta con eso. Quiere que alguien le saque el alfiler y acabe con el dolor de una vez por todas, así que se instala en el llanto, señalando su dedo con pucheros y quejidos entrecortados. La madre acaba por entender el problema; quita el alfiler, introduce el dedito en su boca y succiona con suavidad.

—No es nada, ¿ves?

Blanca vuelve a experimentar la misma sensación en su dedo, como si toda la escena acabara de suceder unos cuantos segundos antes. Su mente restituye el pasado con una claridad insólita. De nuevo es capaz

de remontarse a años luz de distancia hasta llegar a la lengua húmeda y juguetona de su madre que le limpia con suavidad la herida. El dolorcito disminuye, aunque no del todo, pero ya no importa. Trotar en un potro de brazos tibios y besos húmedos le da consuelo.

La madre decide aprovechar el momento para enseñarle algo nuevo. Toma una aguja y la pasa suavemente por las yemas de sus dedos.

—Pican, ¿entendiste que pican?

La niña retira la mano temerosa de volver a lastimarse.

—Habrá que desaparecerlas y tú vas a ayudar —dice la madre sacando una pieza de metal del pequeño cajón de la máquina. Acerca la pieza de tono grisáceo oscuro a los alfileres desparramados por el suelo. Uno a uno, se elevan, se enderezan y toman su lugar en la fila. Ya todos juntos, comienzan la marcha de la magia. La nena los mira divertida. Ahí van los alfileres, formados como soldaditos obedientes, dispuestos a plegarse a las órdenes de la gran fuerza magnética que los atrapa, hasta que su madre los libera para dejarlos caer en una lata redonda que, en mejores épocas, guardó galletas.

Blanca recordará en instantáneas, la misma escena a lo largo de su vida. La niña creció y llegó el feliz día en que pudo usar el imán sin ayuda de la madre. También el momento preciso en que la labor diaria de recolectar alfileres le aburrió hasta el cansancio y tuvo que seguir haciéndolo como parte obligada de su rutina. Ella sería considerada, por muchos años, la recolectora oficial de partículas metálicas. Sin embargo, por más que viviera el proceso, el misterio del bloque imantado seguía oculto. Intuía la existencia de una fuerza, pero no podía comprender de dónde provenía. En varias ocasiones azotó el imán contra el piso con la esperanza de que se rompiera y así poder mirar lo que escondía, pero nunca logró sacarle ni un rasguño, menos un secreto.

La primera vez que escuchó hablar de las infinitas habilidades divinas en su clase de catecismo, imaginó que, entre sus dos manos enormes, Dios Padre tenía imanes que atraían a las personas y a los animales. Los levantaba y enfilaba de la misma forma como hacía ella con los alfileres, los hacía girar a su antojo, al ritmo de su propia música, como a los bailarines de la cajita musical que había visto en los aparadores de las tiendas del Centro durante la época navideña. De vez en cuando los dejaba caer en algún volcán o en una guerra, sin importarle si eran niños o viejitos. A los que tenían la suerte de salvarse, los mantenía tiesos, ordenados como soldaditos, hasta que el

gran Dios decidiera dónde los quería acomodar.

Blanca, satisfecha de su búsqueda matutina, escribió en su cuaderno azul:

IMÁN, máquina de coser de mamá, alfileres de Dios.

El agua caliente de la ducha le permitió relajar sus músculos y experimentar esa sensación de normalidad que tanto necesitaba para recobrarse por completo. Llevó a cabo el ritual de todos los días, hasta sentir que finalmente su vida estaba donde debía estar. Salió del baño renovada, dispuesta a proseguir con su rutina. Aquí no ha pasado nada, murmuró la frase cientos de veces repetida, observando cada milímetro de su rostro ante el espejo. Nada en mí ha cambiado. Aunque ya no estoy tan segura.

Se alistó con más cuidado que de costumbre: sobre la suave ropa interior, el traje sastre oscuro, la blusa de seda anudada al cuello con un moño, los zapatos negros, el reloj de pulsera y los discretos aretes de perlas. Aplicó un maquillaje suave; el lápiz labial apenas con un toque sutil de color y el perfume francés con olor a especias, casi masculino.

Bajó al comedor. Sólo quedaba un cubierto, el suyo. Se sirvió café y mordisqueó un pan dulce. Qué temprano vuelan todos, ni siquiera me di cuenta que los muchachos no se despidieron. Por breves instantes resurgió la misma mesa dispuesta para cuatro. Patricia y Mariano, niños todavía, comían entre gritos las quesadillas y los huevos revueltos. Había que apresurar a la hija que, fascinada con su propia imagen, se detenía horas en el espejo a arreglarse el cabello, dejando pasar los minutos que la llevarían del baño al autobús escolar. Qué criatura, todo olvidaba. Cuántas veces tuve que alcanzarla hasta la entrada de la casa, llevarle la mochila y ponerla en sus manos. ¿Paty, con qué vas a estudiar, en dónde piensas escribir? Mariano, en cambio, tenía un comportamiento ejemplar: comprensivo, sin problemas, dispuesto a entenderla y apoyarla. Dicen que los niños nacen con la torta bajo el brazo; Mariano nació con la responsabilidad bajo el brazo. Patricia, desde siempre inquieta, había convertido su mundo en un colchón saltarín que la hacía rebotar, flaca como era, de un acontecimiento a otro con urgencia infinita, la que nadie había sido capaz de satisfacer, por más psicología infantil que aplicaran con ella. Mariano observaba las revoluciones iniciadas por la hermana, mas no se atrevía a secundarla. Le era más cómodo contemplar los

toros desde la barrera, reírse de las fechorías de Patricia y no ser castigado. Sin embargo, desplegaba a escondidas una sonrisa traviesa y cómplice. No dejaba de ser un niño ávido de diversiones, el brillo en su mirada lo delataba. Mis hijos hermosos, transparentes: era tan sencillo descifrar lo que sentían. Vivían abiertos, con el alma accesible, como una ventana.

No pudo definir si fue un incidente en particular, pero estaba segura que había sido un cambio inesperado, repentino. Un buen día, sus hijos impusieron una distancia que le costó aceptar. De pronto demandaban espacio, tolerancia absoluta a sus ideas y respeto a sus pertenencias. Con la pasión acostumbrada, Patricia colgó un letrero imponente en la puerta de su habitación. "Fuera de aquí, prohibida la entrada". El alejamiento que empezó como un juego, acabó siendo abismal. A pesar de que yo estirara los brazos lo más lejos posible, no tenía forma de alcanzarlos.

Por más intentos que hizo para acercarse de nuevo, Blanca no pudo seguirles el paso. Había que aceptar el desprendimiento, observar en su mirada la falta de confianza y aceptar el veredicto: mis hijos, dos extraños.

Los ruidos en el cuarto contiguo la distrajeron de sus reflexiones. ¿Qué estará pasando allá dentro? Empujó la puerta abatible y se encontró con que el desorden abarcaba gran parte de la cocina y el patio trasero. Asomada por la ventana, pudo apreciar la puerta del garage entreabierta y una gran cantidad de cajas apiladas que varios jóvenes introducían a la casa. Lupe vigilaba las maniobras desde la entrada y señalaba el sitio exacto donde los muchachos debían acomodar y desempacar varios artículos que necesitarían en la cocina. Al ver la extrañeza en el rostro de Blanca, la empleada explicó:

—Es lo de la cena del joven, ya llegaron los de los banquetes.

—¿Vamos a tener una cena? —preguntó Blanca con genuino asombro.

Lupe respondió mientras seguía con su cometido de ordenar el caos.

—Hoy trajeron las cosas, pero hasta mañana van a cocinar. ¿Quiere que se monten de una vez las mesas?

—¿Las mesas? ¿Para qué son las mesas? —respondió asombrada.

La empleada contestaba sin prestar mucha atención.

—Para la fiesta del joven.

—¿La fiesta de Mariano? ¿Mi hijo Mariano va a dar una fiesta?

La sirvienta comenzó a impacientarse. Intentó explicar la situación más despacio, para ver si de esa forma era comprendida.

—Es el cumpleaños del joven y usted organizó esta cena. Mire la nota, aquí está su firma —señaló la empleada con el índice, en una hoja rosa que portaba el membrete de Banquetes del Lago.

Blanca se asomó a la hoja, la observó detenidamente, tratando de descifrarla como si fuera un jeroglífico antiguo:

—¿Ésta es mi firma?

Lupe no supo qué decir, intuyó que algo no encajaba. “A lo mejor y la patrona Blanquita se contagió de una fiebre extraña”.

—Señora, ¿se siente bien?

—Perfectamente —contestó inquieta—. Tú hazte cargo de las mesas y yo me voy a la universidad. ¿Me puedes pedir un taxi?

—¿No se va a llevar su coche?

Se dio cuenta de la extrañeza que había provocado en la chica y prefirió dar por terminada la plática.

Argumentó que los frenos no servían:

—Me voy en un taxi, en lo que mando a revisar el coche.

Para llegar a la UNAM
De la casa → a la derecha, dos cuadras y está el semáforo. Es Reforma. Vuelta → a la derecha y seguirse derecho hasta donde dice PERIFÉRICO. A la derecha. Meterse al perif y pegarse a la izq para agarrar donde dice Águilas. Seguirse todo derecho hasta

A medida que el coche de alquiler avanzaba por las calles de la ciudad, ella dibujaba su mapa en una tarjeta blanca. Todo funcionaba a la perfección hasta que la distrajeron los espectaculares con anuncios diversos: una mujer maquillada exageradamente la mira desde el cartel en pleno Periférico. La modelo parece molesta, aunque su actitud es infantil; su gesto gracioso, aniñado. En el mismo letrero, escrito del lado izquierdo con letras grandes y negras, puede leerse: NO TENGO NADA QUE PONERME. Abajo, con letras aún más vistosas: SOY TOTALMENTE PALACIO. Qué chistoso, una mujer se convierte en palacio. Reaccionó y le entendió casi de inmediato. Sonrió. Ay, babosa, es la tienda, Palacio de Hierro, cómo voy a olvidarme si apenas fui a comprar la chamarra de Mariano. ¿Será que la compré? De regreso me fijo. Nada más falta que ni regalo le demos al pobre.

En la misma tarjeta blanca, como si fuera parte del mapa, apuntó: chamarra Mariano, revisar.

También llamó su atención la fotografía de un hombre sonriente y orgulloso. Lee despacio: AMLO, VOTE ASÍ. Ha de ser alguien muy importante, hay muchísimas de esas fotos pegadas por todos lados. AMLO, por supuesto que sé quién es, pero ¿quién?

La pregunta del taxista la hizo ubicarse de nuevo.

—¿A qué facultad la llevo?

—A Derecho, por favor.

La entrada de la Facultad le pareció familiar y tuvo la certeza de que, al menos ahí, no habría problema. Soy maestra de segundo semestre y voy a aplicar un examen final. Se sintió segura de sí misma, estaba convencida que, en el ambiente de la universidad, todo seguiría su curso normal.

El chofer frenó y se volvió para mirarla y dar por concluido el viaje.

—Son trescientos pesos.

—¿Tanto? —Blanca sacó un billete de doscientos pesos, se lo dio al hombre e hizo el intento de bajarse, pero el tipo volteó de nuevo.

—Aquí van doscientos y son trescientos, señora.

Nerviosa, sin pensarlo demasiado, sacó otro billete de doscientos y se bajó sin esperar el cambio.

Blanca se alejó apresurada.

Por el pasillo, varios jóvenes la saludaron amistosos, tal vez demasiado amables. Querían ser buena onda, más por el examen que por un interés genuino: de ello dependía su calificación final.

Entraron al salón de clases. La maestra, sin decir palabra, se paró seria, frente a ellos. Los observaba cuidadosa, tratando de reconocerlos. Los estudiantes, conforme entraban, se sentaron y esperaron en silencio. Uno de los jóvenes, el que ella había nombrado su asistente, se acercó con cierta confianza:

—¿Quiere que reparta los exámenes?

—Sí, gracias —miró su reloj y añadió—: tienen treinta minutos.

Un murmullo generalizado de desacuerdo se escuchó por todo el salón; pero, al ver la falta de reacción de la profesora, fue apagándose paulatinamente.

Casi el total de los alumnos respondió el cuestionario con rapidez. Las clases de la licenciada Blanca Hernández se impartían con tal claridad, que no debían repasar gran cosa. A algunos, sin embargo, les costaba más trabajo. Se les veía preocupados, mordisqueando la pluma. Los que terminaban pedían permiso para salir. Blanca exigió

que esperaran unos minutos. La maestra se paró frente a ellos y lanzó la pregunta que regresaba a su mente sin darle descanso.

—¿Alguien me puede decir cómo es que se ve AMLO por todas partes?

La mayoría de los estudiantes soltó la carcajada. Parecía una broma de la profesora, pero surgieron de la parte posterior los ofendidos, los que tomaban la política como un asunto personal.

—¿Sabes qué? No tienes derecho de burlarte de nosotros y si cambiaste de candidato, muy tu bronca. Se te nota lo superburguesa de las Lomas. No tienes conciencia de lo que vivimos los que estamos marginados.

Blanca trató de defenderse, pero se dio cuenta que no podía argumentar nada a su favor.

De pronto, como si hubieran sido manejados por una cuerda invisible, el grupo entero empezó a corear: ¡Viva AMLO! ¡Viva Andrés Manuel!

¿Por qué la reacción violenta? ¿Quién era ese AMLO o Andrés Manuel?

La maestra Hernández enrojeció. Los gritos y las expresiones en los rostros de sus alumnos la hicieron sentirse amenazada. Empezó a temblar, el corazón se agitaba y empezaba a latir con más fuerza. Antes de salir corriendo de la clase, alcanzó a decir:

—Entreguen sus exámenes en la Dirección.

Blanca había escudriñado la casa entera: levantó los cojines de los sillones, abrió y cerró las puertas de la alacena y las de los baños, hurgó en todos los cajones de su cuarto, revisó el vestidor, vació sus bolsas, sacó las cajas de cartón, recorrió la habitación de Patricia y la de Mariano, husmeó en el desayunador, regresó a los baños. Empezó el recorrido en sentido opuesto. De los baños al comedor, las recámaras, las bolsas, las gavetas, la alacena, los cajones, los cojines de los sillones. Se sentía presa de una obsesión, hasta que se detuvo y se dio cuenta de su búsqueda inútil. Qué triste. Sé que estoy desesperada porque no encuentro algo importante, pero ya se me olvidó lo que estaba buscando. ¿Puede ser tan necesario, si ya se me olvidó? ¡Es increíble! ¿Qué buscaba?

Tal vez no era un objeto concreto lo que había perdido. La invadía una sensación de pérdida generalizada, difícil de definir. Yo soy la que me he perdido, pedazos de mí misma se esconden en los cajones o debajo de las camas. Tengo que seguir buscando pero, ¿cómo

encuentro algo que no sé qué es?

Al llegar a esta conclusión, no le quedó más remedio que continuar merodeando. Decide revisar de nuevo cada rincón, con la esperanza de traer a la memoria el motivo de su búsqueda o de olvidarla del todo. Sin embargo, en el fondo, no puede seguir engañándose. Sabe que no son sólo objetos; está perdiendo el rumbo, pierde el tiempo sin darse cuenta, le es muy difícil concentrarse, enfocar, seguir el ritmo de una rutina. Ella, siempre organizada y puntual.

En medio de la pesquisa, pone algunas cosas en su respectivo lugar. No desearía aceptarlo, pero no es la primera vez que encuentra el rallador del queso en el cajón de su ropa interior.

El recurso de pegar pequeños letreros en su recámara o en la cocina, para no olvidar sus actividades, parece ya no ser suficiente, mucho menos escribir en una agenda o recurrir a mapas mentales. Las confusiones de fechas, de diferentes citas, los olvidos frecuentes, le han provocado serios problemas en el trabajo, al grado de que Alfonso le llama la atención constantemente y acaba gritándole enfurecido. Si mi esposo, el licenciado Montijo, me llevara a juicio, me declararía incompetente y me metería en un manicomio. Imaginar la más remota posibilidad de encierro la hace temblar. ¿Qué me está pasando?

Blanca, capaz de rebatir cualquier argumento, no encuentra explicaciones lógicas a lo que le sucede. Puede ser una baja de hormonas, hay mujeres a quienes les da la menopausia de repente, eso de la memoria puede ser hormonal.

Comprende que es momento de ver a un doctor, aunque no sabe a quién recurrir. Con Sergio no me atrevo, es demasiado cercano a la familia. El secreto tan bien guardado quedaría al descubierto con el médico de cabecera, amigo de su esposo desde la infancia. No, no quiero que sepan y me traten como a una enferma, no estoy enferma. Si es hormonal, que me revise el ginecólogo. A lo mejor me da una pastilla y se acaba el problema. Sí, el doctor Zamora, nos conocemos desde hace años, cuando me embaracé de Paty; él sabe mucho de hormonas.

Tuvo un impulso casi inmediato: tomó el bolso y las llaves del coche. Manejó rumbo al edificio ubicado en Reforma, antes de averiguar si el médico podía entrevistarse con ella y sin pedir una cita, se dirigió al consultorio.

El ginecólogo no había iniciado aún la consulta, así que al verla tan angustiada, la hizo pasar a su privado.

—Dices que has notado problemas de memoria. ¿Desde cuándo? —

preguntó el doctor mientras sacaba su expediente.

—No sé —contestó ella, nerviosa, después del intento inútil de insertar un tiempo específico a su situación—. No sé por qué olvido las cosas y, en serio, hago todo lo que se me ocurre para ayudarme. Tengo recordatorios por todos lados, mapas para no perderme, escribo en la agenda, hasta reviso el diccionario para no olvidar las palabras, pero no consigo nada, parece que una nube espesa se hubiera metido en mi cerebro; no puedo pensar con claridad.

El doctor Zamora se sorprendió ante los síntomas que jamás hubiera esperado de una mujer vital y activa como la licenciada Hernández.

—A ver, si entiendo bien… tienes olvidos frecuentes y te sientes desconcentrada. Puede haber muchas razones para ello.

—Pueden ser las hormonas, eso leí en la Internet.

—Muy bien, hiciste la tarea, hasta buscaste en la red —el médico estudia, cuidadoso, el expediente y vuelve a leer sus anotaciones—. Apenas hace tres meses hicimos este estudio hormonal y los resultados son excelentes para tu edad. No parece haber problema ginecológico alguno… además, con el parche que te mandé, quedas perfectamente cubierta.

—A lo mejor están mal los resultados, a lo mejor sí tengo algo —reflexionó Blanca—. No me acuerdo si he usado el parche. ¿Hay que pegarlo?

El doctor Zamora se sorprendió ante su respuesta. Dedujo que los síntomas de Blanca denotaban algo más serio. Tomó un parche del estante y se lo mostró como si lo hiciera por primera vez. Le explicó, con toda calma, que debía despegar el plástico y adherirlo en la piel, en una zona oculta.

—¿Por qué no me haces otro examen de hormonas? Puede ser que tenga algo —responde, ella, haciendo caso omiso de la explicación médica.

—Podríamos repetir la prueba, pero no creo que vaya a haber diferencia. Esto que me platicas más bien apunta a otro tipo de problema.

—Doctor, ¿tienes idea de lo que me pasa? —pregunta.

—¿Te has sentido triste, sin ganas de hacer gran cosa?

—No sé… —se siente cada vez más angustiada, como si presentara un examen del que no sabe las respuestas.

—Lo que trato de explicarte —comenta el médico— es que tus olvidos pueden deberse a un problema de depresión, tal vez un

medicamento. ¿Tomas alguna medicina?

—No sé, no me acuerdo.

—¿No recuerdas si tomas alguna medicina?

—No estoy segura —Blanca empieza a darse golpes en la frente—. Es que esta cabeza no me ayuda para nada.

—Blanca —el doctor saca una tarjeta, ahora más convencido de sus sospechas—, agradezco tu confianza, pero yo no soy el indicado para ayudarte. Tú necesitas un especialista que vea este tipo de problemas, como tus olvidos y confusiones.

Zamora mira a su paciente por unos segundos antes de tomar el block de recetas. Había mucho de incredulidad y de compasión en su mirada.

—Te voy a recomendar un neurólogo de mi confianza. Es el doctor Antonio Solís y tiene su consultorio en este mismo edificio, en el noveno piso; es más, le hablo de una vez y te hago una cita con él. Es muy importante que te vea cuanto antes.

—Me estoy asustando. ¿Por qué es tan importante que me vea cuanto antes? ¿Por qué un neurólogo? ¿No es lo mismo que un psiquiatra? ¿Piensas que estoy loca?

—No, por supuesto que no. Un neurólogo es un médico como cualquier otro, pero tiene conocimientos más profundos que te pueden ayudar. Además, lo que tú me dices puede deberse a múltiples razones. Sería un absurdo de mi parte diagnosticar en este momento, sin pruebas y sólo con una simple conversación, pero si realmente tienes algo de cuidado, estás a muy buen tiempo de resolverlo.

—¿Resolver, qué? Perdón, pero no entiendo —replica Blanca.

—Quiero decir, estás a muy buen tiempo de recibir ayuda, de medicarte —el ginecólogo se refiere a lo más urgente—. Tal vez no deberías conducir, mientras sientas esa nube en el cerebro que te confunde, manejar un automóvil puede ser muy peligroso.

—No es tan fácil quedarme sin coche…

—Es necesario. Por un tiempo, mientras te sientes mejor.

—No sé qué hacer, todo se me hace tan complicado —reflexionó Blanca.

—Trata de no encerrarte en ti misma, habla con tu esposo, explícale por lo que estás pasando. Es momento de recibir el apoyo de tu familia.

—¿Mi familia? No, no quiero que sepan.

—Pero, Blanca, es muy importante que expreses tus sentimientos y sigas teniendo el control de tu vida. Tú puedes controlar lo que

sucede, por eso es vital que veas al neurólogo, un médico capaz de ayudarte.

—No quiero que se lo diga a nadie, éste es un secreto entre usted y yo. Prométalo.

—Por favor, necesitas ayuda, al menos déjame platicar con tu esposo.

—Prometa que no dirá nada.

—Está bien, pero irás a que te vea el neurólogo ahora mismo. Vas al noveno piso.

—Si tú lo dices…

Salió del consultorio muy angustiada, se sentía indefensa, vulnerable. No estaba segura de lo que haría, pero se defendió contra el miedo pensando que el doctor exageraba, no es para tanto, a todos se les olvidan cosas y no por eso van al psiquiatra o al neurólogo. Yo no tengo nada, no necesito ningún estudio.

Apretó el botón del ascensor rumbo al estacionamiento y vio un alto recipiente metálico en medio de los elevadores. Ideal para romper la receta con la dirección del médico. Romperla en pedacitos y dejarlos, como adorno, en el cenicero. Respiró aliviada. Yo no necesito ningún psiquiatra.

MURCIÉLAGO. (lat. *mus, muris,* ratón, y *caecus,* ciego.) m. Mamífero quiróptero nocturno, parecido al ratón. Sus dedos de las manos, muy largos, están unidos por una membrana que se extiende hasta la cola y que le permite volar.

No dice que son horribles. Tampoco dice que, si los ves, ya no puedes dormir y lo peor es que si te gana el cansancio y te duermes, sueñas que te rodean por todos lados y son muchísimos: grises, llenos de pelos, tienen unos ojos vidriosos casi transparentes. Ratas grandísimas que apestan a muerto.

Blanca recordó cuando la niña regresaba del colegio. Llevaba la mochila colgando a la espalda con un montón de trabajo que no terminó en clase. Yo no entiendo por qué en primero de Primaria dejan tantísima tarea. Caminaba distraída por la calle que la llevaría hasta su casa, cuando vio las mariposas pegadas como lapas: a los escaparates de las tiendas, a los grandes ventanales de las casas antiguas, a los muros de piedra descolorida. Las veía con cierta aprensión, aunque a la vez se sentía fascinada. Parecían formar parte de un extraño acto de encantamiento. Eran miles, millones de mariposas inmensas y negras, apretadas, tiesas, suspendidas en el aire. Armándose de valor, decidió tocarlas para ver de qué estaban hechas estas criaturas sutiles e inesperadas.

—Ni se te ocurra, niña —la previno doña Chole, la portera del edificio—. Son de mal agüero, anuncian la muerte. Además, sueltan un polvo dorado que apenas se ve, pero si las tocas y luego te tallas los ojos, te puedes quedar ciega.

Dijo todo esto persignándose y rezando un Ave María sin pecado concebida. Se alejó cubriéndose con el rebozo.

—No vaya a ser la de malas que nos caigan encima, mejor córrele para tu casa.

Sumergida en un miedo doble, el propio y el de la mujer, la niña corrió sin descanso hasta llegar al departamento número siete de la

vecindad. Sin embargo, la curiosidad era más fuerte que ella. Así que retrocedió unos pasos para ver si también estaban ahí, en la tiendita de dulces. Desde el domingo había guardado el dinero para comprar un chocolate de conejito con papel dorado pero, ¿cómo iba a entrar? En el frente del local las mariposas se habían entretejido una con otra creando una cortina negra y espesa imposible de franquear. Las voy a tocar, cómo que no, y después me lavo bien con jabón, así no me quedo ciega. Apenas rozó a la más cercana, cuando sintió un temblor nervioso recorriendo su espalda. Todas se movieron al unísono, con una rapidez insólita y se despegaron del muro, se le acercaron como si intentaran atacarla. Huyó despavorida.

Llegó a la casa sin aliento, decidida a no acercarse nunca más a una mariposa negra. Se dedicó a cerrar ventanas y cortinas; se cercioró de que no hubieran entrado en su cuarto. Voy a revisar la recámara de mamá. Se asomó detrás de las camas, del mueble que servía para guardar los hilos y las agujas y del tocador donde la madre se aplicaba su crema de noche. Tuvo que armarse de valor para revisar el baño, un lugar vulnerable, ya que las ventilas siempre permanecían abiertas. Nada. Por suerte, no había mariposas pegadas en los azulejos blancos. Después de lavarse las manos tres veces, respiró más tranquila.

—Hora de la tarea —dijo, haciendo una mueca.

Sacó los cuadernos arrugados y empezó a copiar la hermosa letra de la maestra que a ella le salía como arañas desparramadas en la hoja. Siguió llenando una plana tras otra, hasta que le dolieron los dedos de tanto apretar el lápiz. Embarraba la escritura con rigidez y las letras, llenas de manchones, se pegaban a la hoja como mariposas negras.

Esa noche, ya acostada en la cama y con la bendición de su madre envuelta en un beso, Blanquita se mantuvo despierta, acostada boca arriba con la mirada fija. A ver si no se aparece una y vuela por el techo y yo qué hago, me pongo a gritar, aunque despierte a los vecinos, para que venga doña Chole con su escoba grandota y la saque de mi cuarto.

El cansancio la venció y empezó a soñar: si bien las mariposas no se habían metido a la casa, habían decidido alojarse en su pesadilla. En el sueño, una cantidad inaudita asediaba a la pequeña y la cercaba cada vez más. Toda su habitación se había convertido en una cueva oscura donde apenas podía filtrarse una lucecita cada vez más débil. Quiso abrirse camino con las manos. Tengo que deshacerme de ellas,

alejarlas a toda costa, pero se dio cuenta que las mariposas negras se habían convertido en gigantescos murciélagos que colgaban del techo, bajaban por los muros y se escondían en el pequeño armario donde guardaba su ropa. Al contrario que en la ilustración de su libro, los murciélagos de su sueño no dormían. Tenían los ojos abiertos, vidriosos, casi transparentes. Decidió mantenerse quieta, calladita… trató por todos los medios de que no advirtieran su presencia, pero fue inútil. Los horribles animales emitían sonidos agudos y escalofriantes. Empezó a llorar cuando se despegaron del techo y le cayeron encima, en la cabeza, arañándole el cuello.

Despertó asustada, dando de gritos.

MURCIÉLAGO. **(lat. *mus, muris,* ratón, y *caecus,* ciego.) m.** Murciélago, murciano, Murcia. Papá es el que lo decía: Murcia, murciano, murciélago. Cada vez que le preguntaban a don Antonio, ¿… y de qué parte de España es usted?, invariablemente respondía:

—De Murcia, soy murciano murciélago.

A la niña le parecía divertido el juego de palabras y trataba de repetirlas. Murcia, murciano, murciélago. Sólo una vez se atrevió a preguntarle a su papá qué quería decir murciano murciélago.

—Los de Murcia no somos personas, hijita. Aunque parezca que somos personas, que tenemos dos ojos y una boca y oídos como todo el mundo, en el fondo estamos hechos de rata. Somos unos ratones peludos y horrorosos, colgados de la vida como los murciélagos.

Blanquita miró a su padre con los ojos desmesuradamente abiertos y, después de pensarlo unos segundos, le dio un gran abrazo, el más fuerte que había dado a alguien. Percibió un dolor profundo. Algo que sólo entienden los adultos y que los niños prefieren no comprender, aunque lo sientan. Para ellos es una cuestión de supervivencia: intentan resguardarse a sí mismos; mantener la inocencia, quedarse el mayor tiempo posible en su universo de juegos.

La niña descubrió el sufrimiento ajeno. A diferencia del dolor que se experimenta ante una herida leve, el que con una sobada sana hoy o sanará mañana, la herida de su padre no tenía cura. El sufrimiento que inflige el odio no tiene medida ni duración. La amargura que se reflejaba en los ojos de mi padre es verde y profunda, tenía la extensión del mar abierto, como una llaga abierta.

—Un veneno que asesina lentamente —decía el padre cada vez que hablaba de Murcia.

El padre de Blanca era un hombre de paz cuando lo sorprendió la

guerra, un joven dedicado a la granja y a los animales que pertenecían a la familia. Trabajaba de sol a sol, al lado de su padre, el abuelo maravilloso que la niña nunca conoció. Cuando platicaba del terruño, le brillaban los ojos, de emoción y de lágrimas. Recordaba las canciones que los campesinos entonaban al alba, al salir de sus casas, orgullosos de realizar las labores del campo.

—Gente sencilla, gente de trabajo —añoraba don Antonio.

Un buen día, la Madre Patria amaneció infectada. Los españoles enfermaron de odio; el mal parecía muy contagioso. La República, tantas veces anhelada, tantas veces amada, se había convertido en un polvorín, en un campo minado que cualquiera, sin apenas advertirlo, podía pisar.

—Defendimos lo nuestro a toda costa, hasta que llegaron los extranjeros a echarnos en cara nuestro derecho a la vida. Nos llevaron prisioneros, nos trataron como ratas y les creímos. Creímos que éramos ratas.

En el campo de concentración, vagando entre las barracas y en medio de tantas lenguas que no entendía, se encontró con uno de los suyos. Era Felipe, el hijo del tendero. Se lo habían llevado preso por quemar el remanente de los abarrotes que aún tenía almacenados; todo con tal de no entregarlo a los alemanes.

—¡Muévanse, ratas! —les gritaban los guardias.

—Los de Murcia no somos ratas —le dijo Felipe mientras engullía la sopa aguada—. Somos murciélagos. Permanecemos colgados. Nuestra vida pende de un hilo, hay que estar atentos, mantener los ojos muy abiertos.

El sonido de la fusta interrumpió la conversación; un latigazo le rajó la cara de por vida. Antonio lloró, como un niño. Suplicó de rodillas ante el verdugo, pero el hombre, gritando enfurecido, continuó golpeando sin piedad.

—¡Ladrón! ¡Pagarás con tu vida! —increpó el guardia, al tiempo que varios latigazos caían sobre su víctima.

En Buchenwald, la condena por robar papas eran veinticinco latigazos a los que la mayoría no lograba sobrevivir. Simplemente morían antes de terminar el castigo. Su vida no tenía valor alguno, su cuerpo sería uno más del montón de cadáveres.

Alguien tuvo que haberlo denunciado. En el campo, al regreso de la agotadora faena del día, se percató que unos prisioneros descargaban costales de papas. Sigilosamente se acercó y, sin que nadie lo viera, tomó unas cuantas, las que cupieron debajo de su

camisa rayada. Corrió hacia la barraca feliz, dueño del más preciado regalo. Repartió el tesoro entre los vecinos. Frotó una contra la tela raída del pantalón y masticó la papa cruda y jugosa. Lo deleitaba el sabor arenoso y la sensación de que, un alimento más consistente que la horrible sopa de todos los días, se alojaba en su estómago. Tuvo que haber sido un miembro de la barraca el que lo denunció, la traición se había vuelto cotidiana: todo con tal de recibir una ración extra de pan.

Después del castigo terrible, magullado en cuerpo y espíritu, lo llevaron a la supuesta enfermería donde permaneció inmóvil, debatiéndose entre la vida y la muerte. Su amigo lo visitaba, trataba de limpiar sus heridas, lo animaba a resisitir.

—Antonio —insistía Felipe—, tienes que volver, tus padres y tu esposa te estarán esperando. Esta guerra acabará en cualquier momento, regresaremos a Murcia, te lo prometo.

Él hubiera preferido desistir, irse contra la alambrada como tantos otros, acabar de una buena vez con su vida, pero el recuerdo de Mercedes lo sostenía.

Regresaron. Antonio hizo esfuerzos sobrehumanos tratando de asimilar: al padre lo habían linchado en la plaza de toros como a un animal rabioso. De él sólo quedaban la boina y la pipa que guardaron los vecinos. Su madre había muerto, tal vez de soledad, quizá de tristeza. La casa de su infancia bombardeada, mostraba un boquete enorme por donde entraban y salían toda clase de alimañas. Antonio fue superado por la terrible verdad: descubrió el alma humana, la capacidad de los hombres de asesinar, torturarse unos a otros y de gozar el sufrimiento ajeno.

Blanca recordó la rima que su papá le repetía de niña: “Somos de Murcia, murcianos, vivimos atados de manos, murciélagos colgados, desde lo alto a las ratas miramos”.

Ese día regresaba la niña de la escuela. Caminaba despreocupada, feliz. La maestra los premió por buen comportamiento y no les dejó tarea, ni una sola plana. La tarde sería tan libre como ella. Saldré al patio a jugar con las del cuatro hasta que se haga de noche y empiece la comedia.

La primera en acercarse fue doña Chole. La vieja la miró compasiva y llena de tristeza.

—Ahorita no entres a tu casa, mejor quédate un ratito conmigo en la portería —la vieja sollozó y se persignó varias veces. Empezó a recitar un rosario que Blanca jamás había escuchado.

Antes de que la portera pudiera llevarla a su cuarto, llegaron las demás vecinas desconsoladas. Abrazaban a Blanquita, pobrecita, llenándola de sudor y olor a frijoles recién hervidos.

—¡Qué tragedia! No se lo merecían.

Algo muy malo tenía que haber sucedido. Blanca decidió armarse de valor, igual que la tarde en que llegaron las mariposas y las tocó, enfrentando el miedo. Se escabulló del círculo que formaban las mujeres y subió corriendo para detenerse en seco, justo en la entrada del departamento.

Ahí estaba don Antonio Hernández, en medio de la cocina, miraba desde lo alto, pendiendo de una soga. Colgado.

El murciélago de los ojos abiertos.

Tuvo que aceptar lo que había sospechado varias veces sin reconocer del todo. Algo está mal, algo no anda nada bien dentro de mí. ¿Cómo pude dejar plantada a mamá tres veces en la misma semana?

Quedaron de ir juntas, el martes, a elegir la chamarra de Mariano y después de las compras almorzarían en el restaurante de comida mexicana que tanto les agradaba a las dos. Mamá no quiere hablar conmigo, está ofendida. Lo peor es que no me di cuenta, no tengo idea de cuándo me cité con ella. Revisé mil veces la agenda; Mercedes no estaba apuntada el martes 14, ni el miércoles 15 de agosto. Cuando llamó por teléfono, le dije que estaba muy ocupada con el caso de divorcio de mi amiga, la de Monterrey. Quedamos al día siguiente, el miércoles temprano, para ir a desayunar, pero tuve que ir a la universidad; jamás a desayunar. Mamá volvió a llamar enojada y algo le dije de la fiesta y los preparativos, pero ya no sé qué le dije. Ay, Mercedes, voy a esperar a que se te pase el coraje y se te olvide, aunque la que olvida todo soy yo.

Blanca olvidó la chamarra de Mariano, la cita en el salón para Patricia y para ella, el traje de Alfonso que debía recoger de la tintorería, las mesas, los manteles, las flores, los postres, la fiesta.

Aprieta su cabeza con las dos manos hasta lastimarse. Se siente desesperada, no sabe reaccionar. Este cúmulo de situaciones nuevas le cae encima como una avalancha. Se golpea varias veces con el puño cerrado: valiente cabezota, no me sirves para nada.

Vino a su mente la típica broma que hacían entre las amistades: los gemelos Alz y Heimer estaban cada vez más presentes en sus conversaciones. Sabían que los pequeños descuidos son episodios normales en su recién estrenada edad madura; pero en el fondo,

debajo de la historia graciosa de olvido que las hace reír, se esconde el miedo, la duda. ¿Cómo definir un límite que separe los resbalones cotidianos de la memoria, al inicio de la enfermedad? ¿Es normal lo que me está pasando o ya me cayó encima la peste negra?

Lo único que había escuchado acerca del Alzheimer es que la enfermedad tiene como síntoma principal olvidos frecuentes pero, ¿qué es realmente? Decidió que había llegado el momento de investigar por su cuenta.

Se acercó a la computadora y la encendió automáticamente. Reconoció el *mouse* y dio un clic en el ícono de Internet. Apareció el anuncio de Hotmail, vio su nombre y apretó de nuevo. Pudo entrar sin dificultad, la computadora guardaba su nombre y número de registro. ¡Noventa y cinco mensajes nuevos! ¿A qué hora una se distrae y empiezan a llegar los mensajes en estampida?

Entre ellos notó el de Lorena, su compañera de trabajo.

> *No es posible que ni siquiera respondas a través del mail. Nunca esperé que me hicieras algo así. Creo que lo mínimo que puedes hacer es dar la cara. Escríbeme.*

No firmó Lore, como acostumbra. No entiende qué le reclama ni por qué tiene que disculparse con ella. ¿En qué forma pudo haber ofendido a su amiga? No pienso disculparme de algo que no he hecho.

Necesito concentrarme. Reconoció el sitio de Google y entró. En la indicación de buscar escribió: Alshaimer. La computadora corrigió el error de ortografía:

Usted quiso decir Alzheimer. Sí, eso quise decir. Wikipedia, la enciclopedia libre, cerebro con enfermedad de Alzheimer, la enfermedad… es una enfermedad neurodegenerativa que se manifiesta a través de deterioro cognitivo y trastornos conductuales.

Después de leerlo con cuidado, Blanca pudo entender neurodegenerativa, en cuanto separó la palabra como acostumbraba: de neurona, por supuesto. El deterioro cognitivo —luego lo busco en el diccionario—, lo de deterioro conductual tendrá que ver con la conducta. Estoy más confundida que antes, ¿así pretenden que una se informe, con explicaciones tan complicadas?

Los síntomas más comunes son alteraciones del estado de ánimo y de la conducta, no he tenido tantos cambios de conducta, aunque sí me desespero y me enojo, también estoy triste más seguido, pérdida de memoria, sí, eso ha sido lo peor. Siento un vacío en el cerebro,

como si estuviese lleno de un humo espeso que no me deja recordar, dificultades de orientación… me perdí y no sé ni cómo llegué hasta esa calle, ¿cuál era? ¿Cómo se llamaba? Problemas del lenguaje y alteraciones cognitivas. Eso de cognitivo lo voy a buscar después en el diccionario.

La edad avanzada es el principal factor de riesgo para sufrir la enfermedad de Alzheimer (mayor frecuencia a mayor edad), aunque en una minoría de casos se puede presentar en edades menores a sesenta años. La aparición de esta enfermedad no es frecuente antes de los cincuenta, aumenta su presencia de forma notable a partir de los setenta a setenta y cinco años.

Blanca respiró aliviada. Entonces no. No puedo tener Alzheimer, es una enfermedad de viejitos.

Voy a tratar de concentrarme, eso es, no estoy enfocando. Es un problema de concentración. ¿Y los olvidos? Voy a pegar los recordatorios en la cocina, así cuando baje, ya no se me olvida.

Ante el acoso de los estudiantes, Blanca corrió despavorida. Sentía que miles de alumnos, todos los que asistían regularmente a esa universidad, la perseguían.

Recalcaba, en silencio, los gritos enardecidos sin poder asimilarlos. El “pinche burguesa” le taladraba las sienes: la consigna se repite y se confunde con el ritmo cada vez más acelerado de sus latidos y su respiración entrecortada.

Al llegar al estacionamiento se detuvo en seco. Nerviosa, buscó las llaves revolviendo sus cosas dentro de la bolsa. Las encontró en el fondo. Caminó decidida rumbo al coche, al área donde casi siempre lo dejaba estacionado. Se detuvo a observar los cientos de autos alineados. Caminó entre ellos, dio la vuelta, siguió de largo y regresó. El suyo no se veía por ninguna parte. ¡Qué horror, ya lo perdí otra vez! No, no puede ser. Vine directo a la Facultad de Derecho, a mi clase de segundo semestre; apliqué el examen de fin de cursos. Estoy en la Universidad Nacional Autónoma de México, conozco perfectamente este estacionamiento. Siempre dejo mi coche aquí, cerca de la entrada y, cuando no hay lugar, le pido al Güero que lo estacione. ¿El Güero? ¿Quién demonios es? No importa, hay que tener paciencia y encontrar el coche. No me voy a volver loca. Estoy segura que lo dejé por aquí; siempre lo estaciono de este lado.

El Güero se acercó, al verla concentrada en su búsqueda.

—Maestra Hernández, usted no trajo coche. Yo la vi cuando se bajó

del taxi y se fue directamente a la Facultad.

—¿Está seguro?

—Claro, usted llegó corriendo, jefa, si con todo y las prisas, hasta me saludó, ¿no se acuerda? También me fijé en lo caro que le cobró el del taxi. Le soltó usted un montón de billetotes.

—¿En serio?

—Pero no se apure, miss —contestó el Güero, solícito—. Si quiere, le conseguimos un taxi de volada, pero el coche ni lo busque porque no lo trajo.

Entonces, ¿en dónde lo dejé? ¿Cómo es posible que se me olvide el maldito coche cada vez que me estaciono? Yo me fijo, soy muy cuidadosa.

—Bueno —resolvió no muy convencida—, está bien, consígame un taxi, Güero.

Su asistente había salido tras ella para preguntarle si se sentía bien después del alboroto en clase. Escuchó la conversación y se ofreció a llevarla, dijo que era su camino.

—¿De veras no te desvío?

Para Rogelio Sánchez, llevar a la maestra a su casa significaba cruzar una buena parte de la ciudad, pero no le importaba. Decían por ahí que la profesora Blanca Hernández era esposa de uno de los más reconocidos abogados penalistas de México y él, de manera premeditada, apostaba a su futuro. Rogelio se distinguía por ser el más cortés de los alumnos. Sabía que al final de la carrera no tendría otro recurso que rascarse con sus propias uñas y eso hacía: buscar una posible entrada al famoso despacho Montijo y Asociados.

El auto del estudiante era un compacto viejo que apestaba a cigarro. Qué coche tan sucio, pero ni hablar, me aguanto. En esta cosa me van a dar el aventón.

—¿Maestra, a dónde la llevo?

—Te vas hacia Reforma Lomas y te voy diciendo.

Había olvidado el nombre de la calle. Me urge apuntarlo. El nombre de la calle, el número de la casa y el número de teléfono.

Antes de encender el motor, el joven se acercó galante a la profesora, se inclinó hacia el asiento de ella mientras apreciaba sus senos firmes, demasiado firmes para ser una mujer mayor.

Blanca reaccionó asombrada.

—¿Qué haces?

—Le pongo el cinturón de seguridad —explicó el alumno—, no se me vaya usted a salir por la ventana.

—¿Cómo crees? —sonrió Blanca—. No quepo por la ventana.

Rogelio puso una música suave en el aparato de sonido: la cinta de Los Carpenters que tanto le gustaba escuchar a su mamá. A Blanca le recordó la época de sus primeras salidas. Recién ingresados a la Prepa, los muchachos iban en grupo a la disco.

La moda del rock imponía movimientos rítmicos y exagerados, cadencias corporales y saltos aeróbicos en consonancia con los reflectores intermitentes que los dejaban sudorosos, liberados y felices, aunque en medio de la locura de la noche y, con el fin de asegurar la supervivencia de los clientes dándoles un merecido descanso, por unos minutos disminuían la iluminación de la pista y se escuchaba una música suave. Entonces las parejas bailaban pegaditas, fundían sus caricias, aprendían a reconocer otra piel a través de la propia, un cuerpo distinto: el universo visto desde otro prisma.

Al centro de la pista sobresale la adolescente de cabello largo y liso, recién "planchado", sujeto por una banda elástica que le cubre los oídos ayudándola a no ensordecer. La banda de lunares combina con la minifalda azul celeste de grandes tablones y poquísima tela, que deja al descubierto sus piernas bien torneadas —ya usa medias, con permiso de mamá— provocando la envidia de sus amigas.

En el trayecto, de regreso a casa, se levanta la falda insinuante, descubre los encantos que permanecen escondidos más arriba de las rodillas. Cruza las piernas con placer para mirar y exhibir sus muslos. La piel es tersa y firme. De repente decide abrir las piernas: las descruza, las aparta un poco, guía la mano de su enamorado en turno hacia la zona exquisitamente prohibida. El joven la acaricia tembloroso, mientras continúa manejando. El manoseo, que no daña a nadie, la lleva a soñar con el amor incondicional y eterno. En un alto, Blanca sorprende a su acompañante: acerca su boca y lo besa abriendo ligeramente los labios, igualito a como vio en la película de Natalie Wood, durante la matiné del fin de semana.

—Eres lo máximo —dice con tono aniñado—, te amo.

Rogelio se sorprendió por unos segundos, sólo por unos segundos. Inmediatamente entendió el mensaje. A la maestrita le urgía un acostón. OK, por su parte, adelante, no había ningún problema. Además, reconocía con toda justicia —le levantó despacio la falda para comprobarlo—, la cincuentona todavía estaba de muy buen ver.

Se estacionó en cuanto pudo para besarla con pasión mientras seguía acariciándola. "No se vaya a enfriar la estufa y me quede con las ganas, o se quede ella con las ganas y eso no entra en mis planes;

antes que nada, hay que complacer a la profa. Pero, ¿a dónde la llevo? Estamos a fin de quincena y no tengo ni para invitarla a comer, menos para pagar un cuarto de hotel. Ya me imagino los lugares a los que estará acostumbrada esta vieja".

Blanca lo besaba excitada, se colgaba de su cuello, se acercaba a su oído jadeando y gimiendo como si tuviera dolor de estómago. Rogelio seguía preocupado sin decidir qué hacer con ella. "Nos vamos a lo naturalito, no hay de otra. Que se aguante por andar de aventada. Tampoco voy a pedirle que pague, eso es de gente corriente; yo no hago eso".

—Te voy a llevar a un lugar padrísimo.

—¿Sí? Bueno…

El alumno encendió de nuevo su cacharro y se dirigió de regreso a la universidad. Blanca, mientras tanto, subió el volumen de la radio y, siguiendo el ritmo con las palmas, canturreó la melodía que entonaban Los Carpenters. *So wait a minute, wait a minute mister postman woo wowooo mister postman.*

En una de las áreas más apartadas, cerca del Jardín Botánico, había una especie de escondrijo, famoso entre los estudiantes por su tranquilidad y falta de vigilancia. La hora le pareció ideal a Rogelio. A las dos de la tarde, difícilmente alguien tendría tanta urgencia como él. Recordó haber comprado unas cervezas que no había sacado de la cajuela. "Van a estar calientes las malditas; ni hablar, al menos que se tome una para que se ablande. ¿Y los condones, güey? No te arriesgues, ni porque sea maestra, licenciada y todo el rollo. Capaz que eso tiene, está infectada y el marido no la toca". Sonrió feliz de su buena suerte: todo bajo control. Dos condones esperando en la guantera.

Volvió a meter la mano entre las piernas de la *teacher* y sintió húmeda su ropa íntima. "Está lista y yo también, maldito tráfico de mierda".

—Después de este alto es más rápido…

—¿A dónde me llevas? —preguntó Blanca, soñadora.

—Es una sorpresa, ya verás.

—¡Qué increíble, adoro las sorpresas! —respondió Blanca con actitud infantil.

Le encantaba coleccionar peluches y toda clase de detallitos, regalos de sus enamorados. Los acomodaba en las repisas de su cuarto entre las fotos y las tarjetas. De todos sus regalos, el que más le gustaba era un dije, la mitad de corazón que le había dado Andrés;

siempre lo usaba. Andy había guardado para sí la otra parte, igualita a la de ella y si las juntaban, embonaban a la perfección. Qué raro, esta vez no lo traía. Nunca me lo quito, Andrés me va a matar. Ya sé, antes de bañarme, lo puse en el estuchito del peinador.

Rogelio se detuvo en un rincón apartado y se bajó del coche.

—Vamos a acomodarnos —ayudó a bajar a la profesora. Hizo atrás el asiento y reclinó completamente el respaldo. "Ojalá tuviéramos chance de quitarnos la ropa. Cómo me gustaría verla desnuda, imaginarla en clase sin trapos. La maestrita seria, formal y exigente, sin trapos".

No habría oportunidad, podrían verlos y sería el acabose. Así que tan sólo desabrochó su falda y con todo cuidado deslizó el diminuto calzón de la maestra hacia las piernas, la acomodó en el asiento y, después de sacar de la guantera el condón y bajarse los pantalones, montó sobre ella.

—Por favor —dijo Blanquita preocupada—, ten cuidado porque todavía soy virgen.

"¿Qué le pasa? A esta vieja ya se le rayó el casete". Rogelio volvió a sorprenderse aunque, de nuevo, tan sólo por unos segundos, "primero me la cojo y luego averiguo".

—Voy a ser muy cuidadoso, lo prometo.

A medida que el alumno oscilaba encima de ella, la licenciada se ponía más nerviosa. Al rozarla, el joven la percibía tensa; su cuerpo tieso parecía hecho de tablas de madera. Intentó aplacar la temblorina con un abrazo que le diera seguridad, pero no pudo controlar la tensión que parecía brotar en todo el cuerpo de la mujer. La maestra aterrada, daba la impresión de estar frente a un violador.

—Déjame, no puedo. ¡Suéltame!

Rogelio forcejeó un poco, pero entendió que no podía forzarla, mucho menos violarla. "Vieja loca, que me salga con la pendejada de que nunca la han tocado". Trató de hacerse a un lado en el minúsculo asiento del coche para verle la cara y asegurarse de que, efectivamente, su maestra de Derecho Romano había perdido el juicio.

Blanca lloraba, hacía unas muecas extrañas, que tal vez en alguien más joven se verían graciosas, pero en una mujer de su edad, la convertían en un ser grotesco.

—Si quieres, ahí muere —Rogelio se bajó del coche, se abrochó el pantalón y se alejó a fumar entre la maleza.

Blanca estiró su falda, trató de sentarse a pesar del respaldo inclinado y esperó quieta.

El alumno regresó. Ante él estaba la catedrática, la del pelo recogido y la actitud seria, formal.

—Está bien, maestra —dijo Rogelio enderezando el respaldo.

—¿Soy tu maestra? —respondió Blanca con genuino asombro—. ¿Me puedes decir qué hago aquí?

—Nada, es que la voy a llevar a su casa y me desvié un poco.

La profesora sonrió agradecida.

—Gracias. Vivo en Prado Sur, cerca de Reforma.

El alumno encendió el auto y enfiló rumbo al Periférico.

VÉRTIGO. (lat. *vertīgo;* de *vertere,* girar.) Trastorno del sentido del equilibrio caracterizado por una sensación de movimiento rotatorio del cuerpo o de los objetos que lo rodean. Sensación de inseguridad y miedo a precipitarse desde una altura o a que pueda precipitarse una persona.

PRECIPITAR. (lat. *praecipitâre*.) Despeñar, arrojar desde lo alto. Caída impetuosa.

No recuerda haberse caído. Por eso no acaba de entender su miedo al escuchar la palabra vértigo. Tampoco recuerda haber perdido el equilibrio, aunque no tiene muy claro qué es el equilibrio. Blanca lee despacio las dos definiciones que ha encontrado: vértigo y precipitar. Las escribe en una hoja del cuaderno azul, las vuelve a leer varias veces, hasta que logra integrarlas: sensación de inseguridad y miedo a precipitarse, y aquí dice que precipitar es caerse. Miedo a caerse. Yo no tengo miedo a caerme, tampoco a estar en lo alto. Mi mamá es la que le teme a las alturas. Nunca me ha querido llevar a la Torre Latino, y a mí me gustaría ver si es cierto que se ven las casas y los coches chiquitos y sobre todo las personas, como si fueran de juguete. Pero no. A ella, ni le menciones eso de estar tan arriba, porque le da vértigo. Así le dicen los grandes a sus miedos. Vértigos. Yo me río de ella, tan grandota y tan coyona, por eso no le voy a hacer caso.

Una tarde de lluvia, de esas en las que no hay mucho que hacer y las ideas revolotean apresuradas, Blanca decidió jugarse el todo por el todo y desobedecer a su madre. Se reunieron Carmen, la hija de doña Chole, ella y Gabriela, la del cuatro, a planear la aventura. A Toñita, la hermana de Gabriela, mejor ni le decimos nada, es muy chica, dos años menos que nosotras, apenas va a cumplir los seis. Luego, luego, le entra el miedo y se le va la lengua con cualquier amenaza, como la vez que le hicimos la broma a doña Chole y le escondimos el bastón, ese que si no le sirve para caminar, le sirve para pegarnos. Nosotras felices de la venganza, pero rápido se dieron cuenta. Ahí andaba la

Toña de chismosa y bien fuerte que nos dieron con el bastón, todo por su culpa. Hace berrinche y nos acusa porque no queremos jugar con ella. Ni modos: que se aguante por lengua floja.

Las tres amigas pasaron toda la tarde secreteándose, sin decirle ni una palabra a la Toñita, hasta que el plan de la pinta les pareció satisfactorio.

—Ustedes dos como si nada, se llevan la mochila —decía Blanca, la organizadora—, y tú, Gabi, aguas con el dinero; si no tienes estuche, mételo en una bolsa de plástico para que no se te caiga y ya saben, antes de llegar a la escuela, sin que nadie nos vea, cada quien por su lado, agarran pa' la avenida y ahí esperamos el camión.

—¿En cuál hay que subirnos para Chapultepec? —preguntó Gabriela escarbándose la nariz con el índice y embarrándose los mocos en el delantal.

—¡Ay, pues eso sí quién sabe! —respondió Blanca muy quitada de la pena—. Si no soy sabelotoda, ustedes también averigüen.

—Yo ya sé —dijo Carmen—, yo sí fui con mis papás a Chapultepec. Es el Sonora Peñón. También vi que costó cincuenta centavos de cada uno, porque mi papá me dio el dinero para que pagara, me dio dos billetes de a peso y el chofer me regresó cincuenta centavos de cambio.

—¿Y de la entrada a la feria? —volvió a preguntar Gabriela como si no supiera.

—Ya te dijimos que un peso y de la montaña no sabemos —le dijo Blanquita—, con eso de que mi mamá no me deja subirme.

—Pues va a ser lo primerito que hagamos —alegó Carmen—, nos subiremos a esa montaña rusa, ¡pase lo que pase!

Esa noche, antes de despedirse, las tres niñas juntaron sus manos en señal de pacto y gritaron al unísono:

—¡Brujas y brebajes, chin, chin la que se raje!

La madrugada sorprendió a Blanquita despierta; no pudo pegar el ojo en toda la noche. Sigilosa, procurando no despertar a su madre, sacó todas las libretas de la mochila y las escondió debajo de la cama. Sólo dejó el estuche de los lápices donde traía el dinero y en una bolsa de plástico, el sándwich de jamón y una manzana. Se puso el uniforme y, al ver que seguía oscuro, volvió a meterse en la cama y se arrimó al cuerpo calientito de Mercedes. Inquieta, con los ojos abiertos, esperó a que clareara el día. Por primera vez tomó conciencia de estar cometiendo una falta grave que tendría sus consecuencias, pero el asunto ya estaba decidido: chin, chin la que se raje…

El sol traspasó la persiana. Blanquita se acomodó el uniforme, corrió a peinarse con su diadema rosa y a ponerse los zapatos de trabita. Se acercó para recibir la bendición materna y, justo en ese momento, se sintió culpable, pero aminoró el malestar con un beso cariñoso. En cuanto pudo, se desembarazó de los brazos de su madre y de la culpa, para correr en dirección a la escuela. Tal como lo planearon una tarde antes, procuró que ningún conocido la viera para dar vuelta hacia la Avenida Insurgentes. Carmen ya había llegado, esperaba recargada en el poste de la esquina. Gabriela no. A ver si no le zacateó y fue con el chisme, igualita de miedosa que su hermana. Pero no. Vieron a Gabi dar la vuelta, correr hacia ellas y abrazarlas emocionada. ¿Listas? ¡Listas!

La entrada de la feria le pareció un sueño maravilloso que se hacía realidad. Desde la reja podía ver los carritos voladores, el enorme gusano de cuerpo verde y cara sonriente y, al final, como una aparición, la gran montaña rusa. Se oían los gritos de los niños que disfrutaban de los juegos. Corrieron a comprar las entradas, no pensaban perder más tiempo. Blanquita y Carmen querían primero la montaña. Gabi dijo que no.

—Porfis, mejor primero los chocadores, al rato hay muchos niños y ya no nos vamos a poder subir.

—¡Sale! —gritó Blanca. Lo que fuera, total, ella no se había subido a nada. Se acercó un momento a los coches y los admiró fascinada. A mí que me toque el rojo, es el más bonito.

Blanquita corrió y se subió al carrito rojo sin dar el boleto. Si no me lo piden, me doy otra vuelta. La suerte estaba de su lado, nadie lo reclamó. Lo único malo era tener que cargar con la mochila en la espalda, que le impedía moverse con toda libertad. Ahí va Carmen, le voy a chocar y va a ver que mi coche es más potente que el suyo. Mientras su amiga estaba de espaldas, la embistió por la parte trasera. Carmen se espantó en un principio, pero cuando vio que Blanca era la culpable del accidente, soltó la carcajada.

—¡Órale, ya verás!

La guerra comenzó de inmediato. Las colisiones se multiplicaron, también los empujones con otros coches y otros niños. El tráfico se intensificó y quedaron los carros varados, apretados como en un avispero, donde no se dejaban pasar unos a los otros. Igualito que en el Viaducto. Todos los niños empezaron a sonar sus bocinas hasta que el gordote de adelante se movió y despejó el camino. Gabriela las descubrió casi al finalizar la trifulca y atacó a su vez. Primero al rojo

de Blanca y luego al amarillo de Carmen.

—Con permiso, con permiso, namás las voy a chocar tantito —repetía Gabi arremetiendo divertida.

Sonó la alarma y se prendió la luz roja. Los coches pararon y los niños tuvieron que bajarse, mareados y felices.

VÉRTIGO. **(lat. *vertīgo;* de *vertere,* girar.) Sensación de inseguridad y miedo a precipitarse desde una altura.**

No importó que fuera jueves y día de clases. La cola para subir a la montaña rusa daba la vuelta. Necesitarían, cuando menos, media hora para llegar a la entrada.

—Ni modos, aquí nos quedamos, formadas hasta que nos toque —decidió Carmen.

—Lo malo es tener que cargar la mochilota —dijo Blanca— y quién sabe si nos podamos subir con tamaño estorbo en la espalda.

—¿Y si se las encargamos a la señora del puesto de los hot dogs? —se le ocurrió a Gabi—. Se ve buena gente.

Carmen se ofreció a dejar las mochilas, mientras ellas seguían en la fila, cuidando el lugar.

—A ver si cuando regrese ya avanzaron.

PRECIPITAR. **Despeñar, arrojar desde lo alto. Caída impetuosa.**

Emocionadas, las tres niñas se sentaron juntas en el carrito. Primero Carmen, que ya le andaba por subirse. En medio, una Blanca decidida, dispuesta a todo y, en la orilla, Gabriela: temerosa, pero sin atreverse a confesarlo. Se movían inquietas mientras platicaban. Los brazos y las piernas les temblaban sin control. El señor que vino a pedirles los boletos, inmediatamente las señaló:

—Ustedes tres no pueden ir juntas, es para dos personas.

Aunque Gabi hubiera estado feliz de bajarse, la que insistió en ceder el lugar fue Carmen.

—Al fin que yo ya me he subido antes y ustedes no. Aquí las espero.

El encargado recibió los boletos y se aseguró de cerrar bien el carro.

—No parecen de doce años. Bueno, si es lo que quieren…

Blanca no podía definir si lo más impactante fue la velocidad, o mirar los ojos vidriosos y asustados de Gabriela, escuchar su grito ahogado y compartir el terror encaramado en el cuerpo de Gabriela. ¡Gabrielaaa! Oyó su propia voz ensordecida por los cientos de alaridos

que se convertían en el aullido infinito de una sirena.

Se aferró con ambas manos a la barrera protectora que la separaba del… ¿vacío?

Si me cayera desde aquí, me rompería la cabezota. Mejor no pensar en nada, hay que concentrarse en resistir. El vacío se le metió en el estómago revolviéndolo como licuadora prendida. No podía hacer nada, sólo gritar y esperar. Esperar a que esto acabe y pronto.

El miedo la fue cubriendo. Parecía que la forzaban a introducirse en un bloque de hielo. Sentía sus manos y pies congelados, al tiempo que un escalofrío bailaba por su espalda. De pronto, en la cima de la montaña, el vehículo se detuvo anticipando el descenso terrible que vendría después. Así se ha de sentir la muerte, como si te quedaras detenido en lo más alto de la montaña rusa, esperando a que

No pudo terminar la idea porque la bajada se reanudó vertiginosa. Cerró los ojos, pero inmediatamente volvió a abrirlos. Ver todo ese negro, en movimiento, la aterró. Así ha de ser la muerte: se llevan tu alma, flotas en la oscuridad y ya no puedes regresar nunca, no sabes dónde te piensan y mucho menos sabes si

Una vuelta forzada hizo que Gabi se acostara encima de ella. La miró. Notó que de los ojos de su amiga surgían lágrimas traicioneras. Lloró también. Ya falta poco.

La caída es definitiva, imposible quedarse en las alturas y desde ahí, contemplar el mundo.

Madrugada de insomnio. Blanca, aburrida y sin opciones, enciende la radio. La cadencia de un vals la cautiva: advierte en la música una belleza olvidada. Intenta reconocer la melodía, pero no puede identificarla. Sin embargo, su aguda sensibilidad percibe el sonido renovado, convertido en un fluido de energía que se aloja en el centro de su pecho y le provoca una sensación de plenitud insólita. Al cerrar los ojos, la música se vuelve lluvia luminosa.

La melodía se desliza, parece danzar entre sonidos vivaces. Como una estela se despliega y recorre la habitación. Blanca la sigue, gira al compás de un acorde que, de vez en vez, se detiene en el tiempo. Comprende que vive un instante sublime, las lágrimas de emoción caen lentas por sus mejillas, pero algo no encaja en el conjunto, algo le molesta, rompe el encanto. Es este pijama de franela horrible y estas pantuflas que no resbalan, así no se puede bailar. Apaga la radio y entra a su cuarto, decidida. Enciende la luz del vestidor y busca entre las cajas de cartón, apiladas en lo más alto del armario. Revisa

varios paquetes hasta que da con el vestido blanco que había guardado celosamente, envuelto en papel de China, semanas después de su boda. Acaricia la suavidad de la tela y se desnuda para probárselo. Claro que todavía me queda, estoy más delgada que cuando me casé.

Enciende de nuevo la radio en el pequeño despertador de su mesita de noche y busca el vals en el cuadrante. Sí, ésa era, tan suave… apenas se oye. Sube el volumen sin dar importancia a que Alfonso duerma. Blanca reinicia, alentada por la oscuridad, la danza de una reina. Falta la corona, no puede ser. Arrastrando el vestido, regresa al baño, y saca unos pasadores del cajón. Enrolla su cabello en un moño y, con una peineta, se prende el velo, el que había encontrado en una caja. Su propio recuerdo, vestida de novia, invade su mente como agua fresca. A su lado, Alfonso lucía joven y feliz. Qué guapo era Alfonso.

El *Danubio azul* continúa imperturbable. Da los primeros pasos con timidez. No, así no era, resbalan demasiado. Recuerda las zapatillas de tacón y decide probar suerte con ellas. Un, dos, tres, un, dos, tres, vuelta. No necesitas contar, decía la maestra de baile que los preparaba para la ceremonia de graduación. Un, dos, tres, un, dos, tres, vuelta. No bajes la cabeza, arquea el cuerpo, sonríe, así, orgullosa. La altiva novia en su vestido blanco, rumbo al altar.

El licenciado Montijo, todavía somnoliento, apenas distingue a su mujer rodeada de sombras. Un destello se refleja en el blanco de la seda y en la claridad de su rostro. Se frota los ojos con ambas manos, para cerciorarse de que la visión no forma parte de un sueño prolongado.

—¿Blanca? —pregunta, al tiempo que termina de despertar.

Ella se estremece. Siente que él la ha sorprendido en medio de una travesura. Sonríe ingenua, tratando de disculparse. Alfonso, halagado, recuerda la primera época de su matrimonio y los juegos que inventaban. Ella lo esperaba disfrazada, siempre sensual, lo hacía disfrutar desde el preámbulo, de una noche especialmente diseñada para él. Cree que el vestuario elegido por Blanca ha sido, como entonces, preparado para él.

—Qué ideas tienes, preciosa. ¿Revivir nuestra noche de bodas? ¿Recuerdas?

Él se levanta de la cama y se acerca a su esposa con el deseo de abrazarla, de bailar con ella. Siente su calor, la respiración agitada, su miedo, como el de una novia.

—Amor… ¿has sido feliz? —Alfonso pretende saber de antemano la respuesta.

Él no logra captar las nuevas señales. No puede darse cuenta de que algo ha cambiado en el alma de su mujer. La hace girar al compás de la música y, en la intensidad, crece también su deseo.

Detiene la danza para retirar, primero el velo, y luego el vestido. Se acerca a su rostro, la besa con delicadeza. Pero algo lo frena, se retira asombrado. Nunca había percibido esa actitud en su mujer. Blanca hace una mueca, ¿un gesto de repulsión?

—¿Pasa algo, mi reina?

—No, claro que no —responde, insegura.

Ella intenta acercarse a su vez, besarlo, pero se retira a mitad de la caricia. No puede dominar el asco que siente. Desconoce su piel, su olor, la vida en común, el hábito placentero.

Desconcertado, procura atraerla, imprimir, como tantas veces, su cuerpo en la piel de su mujer. Recorre sus formas hasta introducir los dedos en su vulva. La acaricia rítmicamente, con sabiduría. Conoce con exactitud la protuberancia minúscula donde empieza y culmina el placer. Siente la respuesta esperada. Ella se agita, se balancea, gime. Él se incrusta aún más, acaricia sus vertientes, redondas y perfectas. La guía hasta la cama, la recuesta y abre con cuidado sus piernas.

—¡No, quítate! —Blanca, violenta, lo hace a un lado—. No puedo.

—¿Qué te pasa? ¿Te sientes mal? —Alfonso no sabe cómo actuar, se siente traicionado.

—Es que no soporto… —Blanca gira sobre sí misma, se cubre con la sábana, instintivamente protege su sexo con las manos.

—¿Qué es lo que no soportas?

Ella prefiere no contestar, no comprende lo que le ocurre, no sabría cómo explicarlo.

—Dime —insiste él, desesperado.

—No soporto tu piel de viejo, tu sudor asqueroso que se me pega al cuerpo…

—¿Qué te pasa, te has vuelto loca?

—¡Me das asco! ¡Quítate, no me toques!

—¡Cómo te atreves a hablarme así! Cuando te protegí no te parecía tan viejo ni tan asqueroso. Todos estos años has estado ocultando lo que realmente eres… ¡maldita hipócrita!

El vínculo entre ellos se rompe como el cristal más frágil. Alfonso se aleja furioso, culpándola, aunque en su inconsciente sabe que la actitud de su esposa puede ser algo más que un rechazo. Sospecha que

ya no es la misma, que algo grave le está pasando, pero el enojo no lo deja ser objetivo. Se siente rechazado, lastimado en su hombría. Presiente que lo que acaba de suceder no tiene arreglo.

Se pone el pantalón y la chaqueta deportiva y, sin decir palabra, sale a respirar el aire fresco de una mañana que comienza: dolorosa, absurda, gris.

“No me voy a dejar caer, todo va a estar bien, ya lo verás, tú no te preocupes”.

No me voy a dejar caer
todo va a estar bien, ya lo verás
tú no te preocupes.

Mamá no tuvo fuerzas para soportar una caída tan grande. Al principio, durante el día, ella intentaba alegrarse. Se quedaba sentada en el sillón donde su padre acostumbraba leer el periódico, quietecita y risueña. Parecía feliz pero si uno se fijaba con atención, podía ver los cientos de lágrimas resbalando desde sus mejillas hasta el cuello; eran tantas, que ya no se molestaba en limpiarlas. Sonreía y lloraba. Así pasaron los días. Uno y otro, y otro más.

Blanquita preparaba una sopa de pasta de las de sobre y se la daba en la boca, a cucharadas, como si pudiera comer. Luego se acabaron las sopas y el pan y los frijoles; el café y el dinero del cajón y el del botecito. ¿A quién le pregunto qué hago? Cata se fue una tarde, le pidió el radio prestado y no volvió nunca. Se quedaron ellas, solas.

El run run de la máquina de coser se había desvanecido. De vez en cuando aparecía en medio de la noche, para anunciar el inicio de una pesadilla. La niña se asomaba con sigilo, abría despacio la puerta y contemplaba a su madre que, sentada frente a la máquina, cosía sobre una tela imaginaria con un hilo inexistente. El ruido arrebatado hacía dar vueltas al supuesto carrete, mientras que la madre presionaba el pedal sin detenerse ni por un instante. Cosía, sin descanso, sobre la tela de nubes salpicada con hilos de luna, el traje que papá ya no usará jamás. Mientras proseguía con la sesión de costura, mamá lanzaba unos aullidos de animalito herido que se mezclaban con el ruido de la máquina y se intensificaban, hasta convertirse en rugidos feroces. Era cuando Blanca más se asustaba: me tapo los oídos con ambas manos y me envuelvo en las cobijas, de pies a cabeza, con tal de no escucharla. ¿Dormir? No puedo dormirme.

CAÍDA. f. Acción y efecto de caer. // Declive. // fig. Fracaso.

La caída continuó en la escuela. Primero desaparecieron las compañeras. Ninguna de las niñas estaba dispuesta a seguir siendo amiga de la hija del ahorcado. El cura había dicho que el suicidio se castiga con el infierno. Sus padres les pedían que no se acercaran, estaban preocupados de que la locura de esa familia fuera contagiosa. Sólo Carmen le seguía hablando. Rechazada desde siempre, la hija de la portera compartía con ella sus sueños y su torta de niña pobre.

Instaladas en la crisis, Blanca y su madre subieron en vez de bajar. No pudieron pagar la renta, así que después de recibir un montón de papeles con el membrete del gobierno, les sacaron sus cosas y las corrieron del departamento. La muñeca de cera sonreía desde su sillón, contemplando las baldosas del patio. Hartos de verlas inmóviles, rodeadas de sus pertenencias, obstruyendo el paso, sin intentar resolver a dónde irían, los vecinos intercedieron: les darían el cuarto de la azotea, el de los triques.

Blanquita, con ayuda de Carmen y de don Nicolás, el portero y padre de su amiga, empezó a subir las cosas. Las niñas las acomodaron lo mejor posible, pero igual quedaba muy poco espacio, apenas cupo la cama.

Así vivieron. Entre cientos de objetos apilados.

Pensó que les hacía falta más lugar, así que se le ocurrió comenzar su primer negocio. Cada mañana ponía algunas cosas en una carretilla vieja y salía a venderlas tocando de puerta en puerta. Aunque las ganancias eran escasas, al menos juntaba unas monedas.

Lo peor era el apodo. Los niños de la vecindad se reían de su empresa. Al verla, la rodeaban, le cantaban a coro y la llamaban la Güera Ropavejera. Para el vecindario fue toda una sorpresa que justamente la hija de la extranjera, de la española que se daba ínfulas de alcurnia, acabara trabajando en la calle para mantener a su madre.

Me olvidé de la escuela. Estaba tan ocupada en el trabajo que dejé

de ir y con lo mal que me trataban las amigas, mejor juntaba mis cositas y me iba a vender.

Pasaron las semanas. La maestra le mandó decir con las niñas de la cuadra que, de regresar, repetiría el año. Qué suerte, Carmen también reprobó. Si regreso a la escuela, estaremos juntas.

A pesar de sus cuidados, la madre no mejoraba. Comprendió que no eran suficientes la sopita de pasta, ni el pan remojado en el café con leche. Mercedes tenía hambre de otra cosa y ella no entendía de qué. Blanquita la abrazaba, le peinaba el cabello como si fuera una niña, le cantaba las canciones de cuna que alguna vez escuchó de sus labios y le decía cuánto la quería. Fue inútil. Comprendió que hay una clase de afectos que nadie puede suplir.

¿Por qué tengo que recordar esto? El dolor volvió, se instaló sobre su pecho oprimiéndolo. Era un ropaje antiguo y demasiado conocido. Si le preguntaran en qué había consistido el desayuno que compartió con su familia hacía apenas unos minutos, Blanca no tendría la menor idea. Pero el pasado lejano, el que deseaba olvidar y había mantenido escondido en el fondo del inconsciente, ése se empeñaba en volver, en ser revivido con la misma intensidad, idéntico a como había sucedido años atrás.

Abrió su cuaderno azul y rayoneó, con una pluma, las dos palabras que había buscado.

Vértigo y Precipitación se ahogaron en un mar de tinta negra.

La invadió una comezón ligera en el rostro que se fue transformando en un escozor, especialmente intenso en sus mejillas. La quemazón empezó a molestarla, al principio sólo un poco; sin embargo, fue aumentando hasta que el malestar se volvió insoportable, al grado de sentir deseos de quitarse la cara, como si fuera una máscara que pudiera desechar.

Por fortuna, gracias a una reacción instintiva, corrió al lavabo y se enjuagó durante varios minutos. El agua fue disminuyendo la molestia, pero la sustancia pegajosa seguía quemando su rostro. Se enjabonó y logró desprenderla del área de la barbilla. Curiosa, se enjuagó de nuevo y frotó con las yemas de los dedos hasta que pudo deshacerse de la ¿crema? Al contacto con el líquido, la sustancia transparente se tornó azul. Antes de disolverse por completo, se volvía gelatinosa. Intentó olerla, pero no pudo percibir ningún aroma. La sintió entre sus dedos, intentando reconocerla.

De pronto entendió. Gustar y tocar la llevaron a conclusiones

definitivas. ¡Pasta de dientes! Qué idiota, me embarré pasta de dientes en la cara, ¿no es chistoso? Su reacción inmediata fue reírse. Cuando suceden las confusiones por vez primera, sorprenden: resultan divertidas; después, ya no. Te embarraste pasta de dientes en la cara. Te pusiste pasta de dientes en vez de crema. ¡Qué locura!

Era una estupidez confundir la crema, un pomo redondo y blanco que además tenía escrito con letras doradas *crème de nuit,* con el tubo de pasta oprimido sin piedad, casi a punto de terminarse. Son tan diferentes. ¡Pendeja! ¿En qué cabezota cabe que esto sea lo mismo que esto?

La piel lucía muy enrojecida. Tendría que aplicar un maquillaje espeso para disimular la irritación. Seguro soy alérgica a la pasta de dientes. Un frasco y un tubo. No me explico cómo pude confundirlos, ni siquiera se parecen. ¿Me estaré volviendo loca?

Obviamente, su deseo de lidiar por sí sola con la situación no estaba funcionando. Su mente la tomaba desprevenida, le ocultaba detalles, hacía que olvidara hasta lo más insignificante. Me metes en problemas pero no me ayudas a salir de ellos. ¡Maldita cabeza! ¿Será que ya estoy loca?

Se aplicó la crema, esta vez blanca y de consistencia suave. Terminó su arreglo con un maquillaje espeso. Era inútil. Llegó el momento de darse por vencida. Ya no puedo ocultarlo, hasta en la cara lo traigo pegado como mis letreros.

Los olvidos se sucedían con más frecuencia, las equivocaciones constantes parecían surgir de una comedia de enredos de mal gusto.

Estoy loca.

El límite de la cordura se había afinado para convertirse en una línea delgadísima, apenas perceptible. Sería tan sencillo cruzarla. Un impulso, un insignificante movimiento en falso. ¿Y si de verdad estoy loca? Tan sencillo como accionar el interruptor de la luz y quedarse en la oscuridad.

Estoy loca.

Blanca se sintió desesperada porque, a medida que pasaban las semanas, su condición se complicaba. Se le hacía cada vez más difícil reaccionar ante situaciones nuevas, perdía el control de sí misma, le costaba trabajo reconocerse.

Lo curioso es que, en la familia, nadie lo hubiera notado. Todas las mañanas, justo a la hora de vestirse, Alfonso le reprochaba el desorden. ¿Me puedes explicar qué tiene que hacer mi cepillo de dientes en el cajón de los calcetines? Los calcetines de Alfonso. Desde

que su marido era niño y vivía feliz en casa de su venerable madre, sus calcetines tenían que estar doblados por la mitad y acomodados por colores. Del negro al gris, del café al verde y del verde al… ¿cómo se llamaba este color que es más claro? El que parece café con leche, el de mi traje sastre, ese que me gusta. No puedo creer que se me esté olvidando el nombre de un color: se golpeaba en la cabeza intentando despertar su memoria. Se jalaba el cabello desesperada, se lastimaba a sí misma obligándose a reaccionar. Era inútil.

El marido reclamó sus derechos y se negó a romper el orden que con tanto esmero estableció desde el inicio de su matrimonio. Sin embargo, debía reconocer que su mujercita había cambiado. "Blanca tiene un amante, por eso el rechazo, por eso tantos olvidos y mentiras. A mí no va a verme la cara de su pendejo".

Mariano, su hijo, estaba demasiado ocupado en los asuntos de la escuela y a pesar de ser un joven sensible y cariñoso con su madre, su vida giraba alrededor de la búsqueda de sí mismo y no le quedaba mucho espacio para los otros.

Se sintió invisible. Ni Alfonso ni sus hijos tenían la costumbre de fijarse en ella. Mejor, así no tengo que dar explicaciones de esto tan raro que me pasa. Es preferible que no se den cuenta, así me dejan tranquila.

Para no equivocarse con ellos, ensayaba sus respuestas, sus saludos, la forma en que se dirigía a cada uno.

—¿Cómo estás, mi vida? ¡Qué bueno, mi vida!

Solamente en Patricia le parecía haber visto reflejada una preocupación genuina. Siento que ella ya sabe. Le daba miedo acercarse, porque la hija tenía la capacidad de llegar al fondo de las emociones. Verse en los ojos de Patricia era desnudarse por completo y al menos, por ahora, prefería evitar los reflejos. Aunque en ese momento no pudo resistir la tentación. Miró en el espejo de aumento su cara enrojecida y diagnosticó: alergia aguda a la pasta de dientes que nadie se embarra en la cara, sólo yo. Esto tendrá que verlo un doctor.

Tal vez por haber sido hija única, o acaso por culpa de Mercedes y sus aires de superioridad, que con tanta pasión supo inyectar en su hija, a Blanca le fue muy difícil hacer amistades. La belleza era su peor enemiga. En vez de utilizarla para convertirse en la joven admirada por todos, su atractivo provocaba envidia y celos entre sus compañeras, quienes la hacían a un lado. Ese cúmulo de rechazos le

generó una profunda timidez. Las jóvenes interpretaban su actitud como presunción y antipatía.

Los muchachos, en cambio, la deseaban, aunque jamás se sentían lo suficientemente seguros para abordarla. Era una estrella demasiado lejana, ajena al universo cotidiano en el que se desenvolvían. Así, aprendió a vivir en soledad. A quererse, a hablar consigo misma. Llenó sus horas vacías con lecturas y vivió una vida paralela a la juventud rebelde de su época. Por eso se desfasó y maduró antes de tiempo. Le atraían los hombres experimentados, mucho mayores que ella, quienes deseaban protegerla.

No fue sino hasta su madurez cuando pudo entregarse a la amistad genuina con Lorena Ampudia, abogada de gran experiencia, dispuesta a apoyar a Blanca, no por ser ella la esposa del jefe, sino por el deseo de superación que percibía en su amiga.

Blanca y Lorena entablaron amistad desde el día que se conocieron en la oficina. Procuraban disfrutar del descanso juntas y compartían sus casos, con los que la licenciada Ampudia acababa dando cátedra a la recién estrenada abogada.

Blanca veía en ella a la hermana que tanto anheló y se sentía agradecida con la vida por haber encontrado a esta mujer cálida y generosa. Por eso le dolía su ausencia, más ahora que le sucedían estos episodios extraños. No puedo ir a trabajar tanto como quisiera y me da miedo salir, no quiero perderme. Pero le hablo y no contesta el teléfono, por eso ya no nos vemos.

Decidió mandarle a Lore un mensaje para saludarla. Le pido que venga a verme, se tome un cafecito conmigo y le cuento lo que me está pasando. Ella siempre me aconseja.

Abrió el correo electrónico y de nuevo se encontró con el texto que Lorena había mandado semanas antes.

> No es posible que ni siquiera respondas a mis correos. Nunca esperé que llegaras a lastimarme tanto. Creo que lo mínimo que puedes hacer es dar la cara. Escríbeme.

Blanca entendió que su amiga estaba muy enojada por algo que había hecho. ¿Qué cosa? No tenía cómo recordarlo. ¿Qué pudo ser tan grave para que me reclame así? Mortificarse no le serviría de nada. Necesito aclarar mis ideas, hablar con ella.

Salió de la casa y, a pesar de su inseguridad, sacó el automóvil del estacionamiento y con las indicaciones a la vista, se dirigió al despacho, a la oficina de la licenciada Ampudia: sales de la casa,

vuelta a la derecha, seguir dos cuadras hasta la Avenida Reforma y vuelta otra vez a la derecha. Seguir derecho en la avenida grande, y de ahí buscar el café y el edificio de cristales.

—¿Qué hice? —encaró Blanca a su amiga, en cuanto entró al privado y cerró la puerta.

Lorena, sin contestar, abrió el cajón de su escritorio y sacó un broche cuya figura representaba una flor de lis.

—¿Lo reconoces?

Blanca lo observó detenidamente y, aún dubitativa, contestó:

—Sí… creo que sí.

—Yo misma te lo regalé el día de tu cumpleaños —Lorena mira la pieza como una experta—. Es hermoso, ¿no?

—Sí —contestó Blanca, insegura.

—¿Y me puedes explicar qué hacía tu broche en el bolsillo del saco que mi marido utilizó hace unas semanas para una supuesta junta de negocios?

—No sé, no tengo idea —respondió Blanca, sin comprender.

—Pues él sí la tiene. Me describió con lujo de detalles su encuentro contigo, mi mejor amiga. Me duele menos lo que él haya hecho y mucho más lo que hiciste tú.

—¿Qué hice? No sé de qué me hablas —Blanca reflexionó unos minutos antes de contestar, la acusación le pareció una broma de mal gusto—. ¿Yo, meterme con Jorge, con el vejestorio ese? ¡Ni que estuviera loca!

La licenciada Ampudia se levantó lentamente de su sillón, abrió la puerta del privado y discretamente, bajando el volumen de su voz, añadió:

—Te aviso que…

—Pero, Lore, te juro que yo no…

—Adiós, Blanca.

—¿Licenciada Hernández? —preguntó la voz en el auricular—. Soy la secretaria del doctor Martín del Campo. Le hablo para confirmar su cita de hoy, a las cuatro de la tarde.

—¿Yo pedí una cita con el doctor?

—Hablamos hace unos minutos. Usted solicitó una cita urgente y yo quedé de confirmarla. ¿Es usted la licenciada Hernández?

—Sí, yo soy. ¿Usted habló conmigo?

—Licenciada, soy Laura, la secretaria del doctor Sergio Martín del Campo.

—Laura —lo dudó, pero reaccionó de inmediato—. Tiene razón, usted me llamó y mi cita es hoy… ¿a qué hora es mi cita?

—A las cuatro de la tarde.

—¿Me puede dar la dirección?

—Seguimos aquí, en el mismo consultorio de siempre, señora Blanca.

—¡Claro, en el de siempre! —respondió nerviosa—. Si no es mucha molestia, ¿me puede decir en dónde queda?

—Disculpe, señora… ¿Blanca? Estamos en el edificio de consultorios. Avenida de las Palmas 745, cuarto piso.

—Permítame, déjeme apuntarlo. Hoy a las cuatro, cita con el doctor Martín del Campo en Palmas 745. ¿Yo pedí la cita?

—Sí, licenciada, usted me habló hace ratito.

Dentro de su confusión, algo recordaba. Sabía que deseaba ver al médico, aunque no le quedaba claro para qué o por qué la urgencia. Al menos ya lo apunté, así no se me olvida y de una vez voy a la cita, si ella dice que yo la pedí, pues voy.

El desconcierto concluyó en cuanto Patricia entró a su habitación y, espantada, miró su rostro. Entonces entendió que efectivamente había llamado al médico.

—¡Mamá! ¿Qué te pasó en la cara?

—No es nada, hijita —respondió Blanca tranquila, sin darle importancia al asunto—. Al rato voy a ver al doctor. Mira, aquí lo apunté, tengo cita a las cuatro.

—Voy contigo. ¿Sí, mami?

Dudó unos instantes. No quería mortificar a su hija y tampoco enterarla, mucho menos advertir al resto de la familia. Sospechaba que algo muy grave estaba sucediendo, no sabía de qué se trataba, pero tenía miedo de convertirse en una enferma sin control de sí misma. Temía perder su independencia. Ahora todos me tendrán lástima, me mirarán con tristeza, como si me fuera a morir. Por otro lado, el hecho de que Patricia se ofreciera a llevarla la hizo sentirse más tranquila, así no tendría que buscar dónde quedaba la calle de Palmas y dar con la ubicación del consultorio que ella ya conocía desde hacía tanto tiempo. Además, se sintió más ligera al pensar que podría compartir con alguien sus inquietudes. Sola ya no sé qué hacer.

Patricia la convenció de volver al lavabo para enjuagar de nuevo su cara con agua helada.

—Hay que apurarnos, mamá. Apenas nos va a dar tiempo de comer algo y de ahí luego, luego, nos vamos al doctor. Mira, ya van a dar las

tres.

—A poco, ¿van a dar las tres?

Alfonso avisó que no vendría a comer y a Mariano, mejor no esperarlo. Mi hijo siempre encuentra quien lo invite a su casa y mientras tenga amistades, para qué pararse por aquí. Así que comerían ellas solas, como lo hacían a menudo.

Madre e hija se sientan en el extremo de la mesa del comedor esperando a que Lupe traiga la sopa. La joven retiró el plato de ensalada, colocó el hondo de la sopa y sirvió a cada una la porción habitual.

—¡Qué bárbara, Lupe! ¿Otra vez de verdura? Es la tercera vez en esta semana.

—Es que nadie me dice qué van a querer comer.

—De todas formas cámbiale, no seas.

Paty prácticamente devoró. La sopa repetida igual servía para apaciguar el hambre. Blanca se quedó inmóvil. Por fracciones de segundo, sus neuronas se desconectaron, habían perdido la secuencia indispensable para llevar la cuchara del plato a la boca. Durante un breve instante, miró el objeto metálico como si fuera una amenaza.

—Mamá, ¿no quieres sopa?

—Sí, mi hijita —se reconectó en forma automática.

Blanca observó a Patricia y copió sus movimientos, el error no era aún tan evidente como para que se notara.

Mientras Lupe se llevaba los platos sucios y arrimaba la charola del café, se le quedó mirando.

—¿Quién puso ese florero ahí?

—¿Cómo, mamá? —respondió Patricia asombrada—. Que yo me acuerde, siempre ha estado en esa consola. Creo que lo tienes en ese lugar desde antes de que yo naciera.

—¡Pero si es espantoso! ¿Cómo puede haber en mi casa algo tan horrible?

—Mamá, ese florero, según tú misma me has contado, es una antigüedad muy valiosa y mi abuela te lo regaló cuando se casaron tú y mi papá.

—¿La abuela?

—Sí, mamita, la abuela Isabel.

—¡Pinche vieja! Siempre tuvo un gusto asqueroso, y de refilón me vino a dejar aquí sus porquerías.

—¡Mamá! ¿Qué te pasa?

—Nada, mi hijita —contestó Blanca mientras se dirigía al jarrón y

lo estrellaba contra el piso—. No me pasa nada.

—¡Mamá! ¿Por qué lo rompiste? —regañó Paty, tratando de reunir los pedazos—. Además, tú nunca hablas así y menos de la abuelita Isabel, que en paz descanse.

—Pues sí, que en paz descanse, porque en este mundo, no le paraba la boca, ¿cómo pensaba descansar la mujer? Nunca, en toda mi vida, conocí a alguien tan chismoso como esa odiosa, Isabel de Montijo. ¡Qué va! Ésos se cambiaron el apellido para presumir de alcurnia.

—Mami —intentó Patricia detenerla—, ten calma, igual estás hablando de la familia de mi padre.

—Sí, ¿verdad? Qué familita. La hermana más fea que el foco, de tan fea que nunca se casó. ¡Cómo me envidiaba la estúpida! Celaba a Alfonso, como si su hermanito fuera el hombre más cotizado del mundo. A ella sí le pusieron Eugenia, para que fuera Eugenia de Montijo como la de… ay, no sé de dónde, pero como ésa. Una auténtica pendeja, metida en las vidas de los demás, criticando lo que hacemos y lo que no hacemos. Doña Perfecta. ¡Perfecta basura! Ah, pero eso sí, todos los días se confiesa sin pecado concebido, ¿quién va a querer pecar con ella?

—¡Mamá! ¡Por favor, ya bájale!

Patricia no podía creer las reacciones de su madre. Jamás la había escuchado hablar en ese tono. Su mamá, toda una profesional, siempre tan propia, ahora se atrevía a insultar abiertamente. Lo único que se le ocurrió fue cambiar de tema.

—Mamita, mejor nos vamos. Nos está esperando el doctor.

"Al menos la va a ver el tío Sergio. Ya me explicará qué está pasando con ella".

El doctor Martín del Campo revisó el rostro de Blanca detenidamente. En el área de las mejillas, limpió el exceso de maquillaje con un algodón remojado en agua, para evaluar el enrojecimiento.

—Se ve como si te hubieras quemado —comentó, mientras revisaba con una lupa—. ¿Qué te pusiste?

—¿Qué me voy a poner? La misma crema que he usado toda mi vida —contestó Blanca preocupada.

—¿Segura? Parece una alergia.

Blanca buscó dentro de su bolsa, sacó y mostró la pasta de dientes.

—Mira, hasta la traje para que la veas.

El médico titubeó por unos segundos; se sorprendió al descubrir

que la crema de Blanca era un dentífrico, pero volvió, casi de inmediato, a su postura flemática. Antes de aclarar la confusión, prefirió corroborarla.

—¿Ésta es la crema que acostumbras usar? —preguntó, jugando con la pasta de dientes entre las manos.

—Sí —respondió Blanca vacilante—. ¿Tengo algo malo?

—No lo creo —continuó el médico—, pero será mejor volver a limpiar y aplicar un antiinflamatorio.

Martín del Campo procedía mientras explicaba. Humedeció el rostro de su paciente con una gasa remojada en agua helada y aplicó después el ungüento.

—Se siente más fresco, ¿no es así? —sonrió el doctor.

—Sí, mucho mejor —contestó la enferma.

El médico regresó al tema de la confusión con el fin de descubrir qué la había causado.

—¿Has dormido bien últimamente? —indagó.

—Sergio, ¿por qué me preguntas eso? ¡Claro que duermo muy bien!

—¿Has tenido algún disgusto? A ver, aquí en confianza, ¿Alfonso te ha hecho enojar por alguna razón?

—No. ¿Por qué habría de hacerlo? Tú bien sabes que él es muy cariñoso.

—Por supuesto, tienes razón, aunque las cosas pudieron haber cambiado entre ustedes.

—Si tanto te interesa, te puedo decir que Alfonso y yo estamos muy bien —respondió un poco fastidiada. No le veía el caso a tanta pregunta—. Además, ¿a ti qué te importa?

El médico notó una agresividad inusual en su paciente. Debía tomar en cuenta esta clave como pieza de un rompecabezas que empezaría a construir para ella. Sorprendido y confuso por su respuesta, siguió cuestionando.

—Ninguna preocupación, entonces —confirmó el médico—. ¿Has tenido una época de mucho trabajo, de mucha tensión?

—No sé —contestó Blanca pensativa.

Martín del Campo, al tiempo que observaba cuidadoso las reacciones de Blanca, hizo algunas anotaciones y sacó una carpeta del cajón de su escritorio.

—¿Me puedes decir qué día es hoy? —preguntó el doctor, llevando el diagnóstico a un terreno que nunca hubiera querido utilizar con su amiga.

Ella empezó a desesperarse, aunque prefirió no decir nada. Sergio era un amigo de la familia, muy cercano a Alfonso, había que tener paciencia. Esperemos a que el doctorcito pregunte todo lo que se le ocurra. Le han de haber llegado pocos pacientes, si nos piensa retener aquí toda la tarde.

—¿Me vas a recetar algo para mi cara o no? Porque a eso vine, no a que me hagas un montón de preguntas estúpidas.

—Por supuesto que te voy a dar una crema para tu cara, pero antes necesito que me contestes. ¿Qué día de la semana es hoy?

—La verdad no me fijé, no leí el periódico.

—¿Y el mes? ¿En qué mes estamos?

—Deja de joder… ¡Ya te dije que no leí el periódico!

—¿Te acuerdas del año? —insistió Martín del Campo.

—El 2006. Alfonso y yo cumplimos veintitrés años de casados.

—Así es. Qué bien nos la pasamos en esa fiesta. Desde entonces no nos reunimos en tu casa. Deberías invitarnos a mí y a Alejandra, me gustaría mucho ver a tu esposo.

—¿Y yo por qué tengo que invitarte? —reaccionó Blanca—, ¿por tu chula cara?

—¡Mamá! —Patricia trató de contener las palabras de su madre.

El médico hizo una señal a la joven, procurando tranquilizarla, y prosiguió con el cuestionario.

—Discúlpame, querida, pero debo hacerte más preguntas. ¿Sabes el nombre de la calle donde estamos?

—De dónde, ¿de aquí?

—Sí, de aquí, de mi consultorio.

—Espérame, déjame ver… —Blanca hizo un esfuerzo por recordar, pero no lo logró. Para ella, la Avenida de las Palmas, una de las más importantes del D.F., había dejado de existir.

Martín del Campo se sentía incómodo. Le costaba trabajo proseguir con la entrevista. Por más que intentaba mantener la compostura de un profesional, la iba perdiendo sin remedio.

—Sin duda puedes contestar a esto: si yo digo: Camarón que se duerme…

—¿Camarón que se duerme? ¡Qué idiotez! ¡Tenía sueño! —declaró Blanca muy segura.

—Tenía sueño… pues sí —añadió el doctor.

Patricia miró a su madre. No podía creer lo que estaba escuchando.

Blanca se dio cuenta que había fallado en su respuesta y reaccionó tratando de cubrir la falta.

—Oye, Sergio, ¡ya no chingues! No sé a qué viene tanta pregunta, ya está bueno. Mejor de una vez dame algo para la cara, ése es mi problema, ¿no? Además, me arde muchísimo y a ti no te importa.

—Por supuesto que me preocupa. Voy a darte una crema muy efectiva, pero antes necesito que dibujes un reloj y en las manecillas señales las doce y media. ¿De acuerdo?

A la licenciada Hernández le fue imposible ubicar los números donde correspondían. Se sintió inútil, frustrada y tratada injustamente por el ardor que aún sentía en sus mejillas.

—¡Déjame en paz! ¿No ves que me arde la cara? ¡Y tú me tienes dibujando pendejadas!

—Ahora mismo lo resolvemos —reaccionó el médico—. Te voy a aplicar un anestésico y asunto resuelto. Ya no te va a arder más.

Martín del Campo confirmó sus sospechas. Según estadísticas, la prueba del reloj, utilizada para detectar demencia en etapas tempranas, es 90% infalible, sólo un mínimo de pacientes afectados lo logra.

—¿Sabes algo? —se dirigió a Blanca—, aprovechando que ya estás aquí, deberías dejar que te realice un examen completo, que para eso me pagas la consulta —el médico la invitó a pasar al cubículo contiguo—. En un momento está Laura contigo.

Llamó a la enfermera y le dio indicaciones. Había que verificar el peso de la paciente y pasarla al cubículo para la revisión.

Patricia, en silencio, desde un rincón, había presenciado la escena sin intervenir. Después de escuchar la conversación entre el médico y su madre, confirmaba lo que sospechó durante semanas. Si bien al principio no podía o no lo quería reconocer, ahora sabía que el desconcierto y las confusiones iban más allá de las típicas faltas de atención y los olvidos involuntarios. *Camarón que se duerme tenía sueño.* Comprendía con toda claridad de qué se trataba el asunto. Sergio estaba aplicando el Minimental, el examen obligado cuando un médico sospecha que su paciente presenta un posible diagnóstico de demencia. *Camarón que se duerme tenía sueño*. No lo podía creer. "Mamá no. No ella. Pero, ¿qué le pasa a mi mamá? Demencia… ¿senil? Ella es muy joven. ¿Estará todavía consciente de su edad?".

—¿Es Alzheimer? —preguntó al médico.

—No le pongas nombre todavía —contestó Sergio—. Sería un diagnóstico precipitado.

—Entonces esas confusiones, los olvidos… —insistió Paty preocupada.

—Mi querida niña, en medicina tenemos que aprender a no incurrir en deducciones fáciles aunque parezcan obvias. Primero habrá que realizar una serie de análisis, descartar… ¿Sabes que podría ser una infección? No estamos al tanto de cómo se encuentra tu mami de sus hormonas, habrá que asegurarnos que no es una depresión. ¿Le han hecho un estudio de tiroides? ¿Toma algún medicamento que pueda afectar su memoria?

—Perdón, pero no tengo idea.

Al doctor le quedaba claro que la mayoría de los jóvenes se encuentran casi todo el tiempo fuera de casa, pero Patricia era muy observadora, no dudaba de su agudeza. Tal vez podría darle la clave de lo que ocurría con su madre.

—¿Ha tenido cambios emocionales notables?

—La verdad no me he dado cuenta, estoy más tiempo en la escuela que en la casa.

—Sin embargo, algo habrás notado, ¿no es así?

—Tío, mamá está muy mal —Patricia finalmente expresó su preocupación—. Dice cosas raras, se olvida hasta de lo más insignificante y lo que nunca, insulta a todo el mundo.

—Querida, no te angusties. Vamos a aplicar la batería de pruebas y a esperar los resultados —el médico explicó con firmeza—. Pero mientras hacemos eso, necesito que estén con ella. La tienen que acompañar a hacerse los análisis y, por lo pronto, mejor que no maneje, que no ande sola por la calle.

—Tío Sergio, yo no me puedo quedar con ella todo el día, tengo que ir a la universidad.

—Platícalo con tu papá, ya verán cómo lo resuelven y, ahora, déjame revisarla.

El médico hizo un gran esfuerzo por esconder lo que en verdad sentía con respecto a su amiga. La conocía desde que se hizo novia de Alfonso, su compañero de clases. Blanca había demostrado ser una mujer inteligente, segura de sí misma, que supo sobreponerse a la pobreza y escalar cada peldaño con esfuerzo. Sergio la admiraba y la respetaba como mujer y ser humano. La esposa del licenciado Montijo, trabajando, mano a mano, en el famoso despacho de abogados. “Mucho más que una cara bonita. Y después de lo que ha sufrido, ahora esto”.

—Blanca, vamos a ver…

El doctor la examinó con extremo cuidado. Los pulmones se escuchaban limpios. El corazón latía acompasadamente, “la presión

arterial de una joven”; total ausencia de ganglios; ningún indicio de anemia; “los oídos sanos, aunque la garganta parece un poco irritada, algo común en esta ciudad”.

Martín del Campo puso especial énfasis en revisar los reflejos de las extremidades y las pupilas. Le pidió a su paciente que hiciera ciertos movimientos para medir su coordinación.

—Toca la punta de tu nariz con una mano y luego con la otra.

Una salud impecable, parecía tan sana como una recién nacida. De regreso al escritorio, anotó en la receta los exámenes imprescindibles para determinar un diagnóstico.

—Biometría hemática, química sanguínea, niveles de glucosa, urocultivo —enumeró el médico—. También una tomografía de cráneo y una resonancia magnética.

—¿Una tomografía? —se asombró Blanca—. ¿Para qué? ¿A poco tengo un tumor?

—No lo creo, pero no nos vamos a dar el lujo de no averiguarlo —se acercó a Blanca—. Vamos a descartar todo lo que se deba descartar. Ya verás cómo no es nada.

—Claro que no tengo nada. Sólo es mi cara que está muy roja.

—Bueno, te vas a aplicar esta pomada —escribió en la receta: Dermocare—. Te la pones después de lavarte bien la cara, en la mañana y en la noche. Con eso vas a estar del otro lado. Y para que no te confundas, le vamos a pedir a Paty que haga dos letreros, uno que diga crema y otro que diga pasta de dientes. Así será más fácil.

El médico, antes de dar fin a la consulta, se dirigió a Patricia.

—En cuanto tengas los resultados me los envías y concertamos otra cita. Cualquier cosa, me hablan al radio. Y ya sabes —dirigiéndose a Blanca—, no te olvides de mi invitación a cenar.

—¡Qué bruto, qué gorrón! —Blanca reaccionó molesta—. ¿Cocina tan mal tu mujercita que tienes que buscar quién te prepare de cenar?

La verdadera intención de Martín del Campo era evaluar a Blanca dentro de su entorno. Sin embargo, dijo lo primero que se le ocurrió.

—Quiero ver a Alfonso —se ruborizó—. Hace mucho que no sé de él, pero ya me invitarás en su momento.

Blanca y Patricia se despidieron. Mientras que la madre no podía comprender en toda su magnitud lo sucedido, la hija se sentía desconsolada. No sabía dónde esconder esa nueva tristeza que la embargaba sin remedio. Sus miradas se cruzaron. Blanca descubrió en Patricia un sentimiento nuevo que le provocó incomodidad: tomó conciencia de la lástima que provocaba.

Sergio cerró la puerta. Necesitaba reflexionar, asimilar sus propias conclusiones. Sin embargo, deseaba convencerse a sí mismo que su amiga saldría airosa de esa situación. “Ojalá se trate de un cuadro infeccioso. Debe serlo, es muy joven”.

—Laurita —llamó a su asistente a través del intercomunicador—. Comuníqueme con el licenciado Alfonso Montijo.

Le pidieron que permaneciera inmóvil durante el examen, recostada boca arriba, con las manos a los lados. Frente a ella veía acercarse, de forma paulatina, la máquina enorme con la que se realiza la resonancia magnética. Después de un suspiro sostenido, cerró los ojos. Ruidos intermitentes evocaban el run run tan conocido que, al hacerse presente, la invadía de inusitada tranquilidad.

Un reflejo penetraba en sus órbitas, a pesar de los párpados cerrados como muros. La luz se introducía por los diminutos poros de su piel impregnándola de un suave resplandor dorado. Blanca se sintió cobijada, rodeada de una nostalgia que la hacía viajar hacia el pasado remoto. Flotaba lacia en el remanso iluminado: un túnel. El pasadizo de un tiempo quieto.

Mientras mantenía los ojos cerrados, adentrándose en el recuerdo, Mercedes los abría. Una mañana parecida a cualquier otra, la muñeca de cera despertó de su letargo y lanzó un grito desgarrador que, de un tajo certero, atravesó el silencio.

Su madre había logrado salir de la inconsciencia en la que estuvo sumergida varias semanas, y renacía después de un esfuerzo enorme.

Miraba a su hija sin reconocerla del todo. Los ojos de un verdor profundo la observaban aterrados. Cual una ráfaga, invadió a Mercedes la imagen del marido muerto, colgado del techo de la cocina, en medio de los trastos sucios del almuerzo.

Asimilar la tragedia que había escondido con tanto esmero entre los surcos de su mente, la hizo sollozar y gritar enloquecida. Volvió a sentir como una llaga abierta, el dolor intenso que provoca el desamparo.

La niña pensó: mejor tener a mamá inmóvil y lejana, que verla así, descompuesta y rota en pedacitos. Por suerte para Blanquita, Mercedes finalmente atravesó el pasadizo; empezaba su duelo.

Blanca se aferraba, desde la estrecha camilla, al mismo corredor iluminado que, moviéndose atrás y adelante, en medio de extraños sonidos, hacía volver el recuerdo.

La madre, secando las últimas gotas de llanto, empezó a dar

muestras de cordura llamándola por su nombre.

—Blanquita, hija —acarició el cabello rubio de su niña—, abre las cortinas que esta oscuridad acabará por matarnos… ¡Tú estabas ahí! ¡Lo viste! Pobrecilla, cuánto has sufrido tú también.

—¡Mami! —la pequeña la abrazó—. ¡Regresaste!

Mercedes se levantó sorprendida. Qué extraño y oscuro le pareció el cuarto, tan distinto a como lo recordaba.

—Blanca, abre las cortinas. ¿Es ya de mañana? Deja que el sol entre. Mi hijita, ¿sabes qué día es hoy?

La misma pregunta. Todos quieren saber qué día es hoy, Patricia quiere saber qué día es hoy, el doctor quiere saber qué día es hoy y ahora, también mamá quiere saber qué día es hoy. Y cómo no voy a saberlo. Jueves 21 de marzo, día de la primavera, natalicio de Benito Juárez. Estaba segura, porque le había ayudado a Carmen a escribir el poema: bendita la primavera de las flores con olores y los pájaros de muchos colores; además, Gabi le contó que todos los niños de su clase iban a ir a las pirámides. La maestra propuso que llevaran un refrigerio y las mamás cooperaron para comprar el pastel. A ella le hubiera gustado ir, pero después de haber faltado a tantas clases, ni modo de presentarse así como si nada a la excursión.

—Hoy es jueves, 21 de marzo.

La madre insistió en que abriera las cortinas. Tuvo que explicarle que el cuarto de azotea no tenía ventanas, así que no necesitaban cortinas y mucho menos había cómo abrirlas.

Tampoco el pasaje del tiempo tenía cortinas. Sólo el fulgor cálido la envolvía, la remontaba a otra época.

—¿Por qué estamos aquí? —preguntó Mercedes, aún desubicada.

Blanquita platicó la historia brevemente, sin mencionar demasiado el letargo materno.

—Debíamos la renta y nos dejaron quedarnos —explicó la chiquilla.

—¿Qué dices? ¿Nos dejaron? —reaccionó la madre furiosa—. ¿Cómo se atrevieron a confinarnos en este sitio inmundo?

—No está sucio, mamita —afirmó Blanca, ofendida—. Yo misma lo limpié.

—¡Qué bajeza! Esto no se va a quedar así, yo voy a demostrarles quién es Mercedes Zumárraga de Hernández. Por lo pronto —se dirigió a la niña—, no quiero que te mezcles con esa gentuza, ni hables con ningún sátrapa de este edificio. Yo te prometo, princesa, que nos iremos al lugar que tú te mereces.

—¿Tampoco puedo hablar con mi amiga Carmen? —preguntó la niña asustada—. El papá de Carmen es muy bueno, él me ayudó a subir nuestras cosas.

Mercedes escuchó atenta los infortunios de Blanquita. Así se enteró del gran negocio que había ideado con lo que otros desechaban. De cómo la aseaba con un trapo viejo y la alimentaba a cucharadas. Avergonzada, tuvo que hacer un gran esfuerzo para mirar a la niña de frente. Qué dolor le habría causado perder al padre, mientras su madre se volvía loca y se mantenía ajena a lo que sucedía. “Cómo pude abandonarme, olvidarme de mi propia hija”. Su preciosa niña, convertida en una huérfana, viviendo en una pocilga plagada de desechos.

Sintió por ella un gran respeto. Ya no era la pequeña que había que proteger. Blanca había demostrado su capacidad de supervivencia y, de la noche a la mañana, se transformó. “¡Qué hermosa es!” Su hija, una joven seria y responsable. Cómo habían cambiado las cosas en unas cuantas semanas.

—Cuánto hemos envejecido —musitó Mercedes.

A Alfonso le pareció increíble que Martín del Campo, con una sola llamada, hubiera logrado reunir a la familia. Sus dos hijos, Mariano y Patricia, esperaban tranquilamente los resultados. Habían hecho a un lado sus actividades para darle prioridad a la salud de su madre. “¿Estarían también aquí, si yo fuera el afectado?”, se preguntó Alfonso sin saber, con exactitud, cuál sería la respuesta.

—Decidí reunirnos a todos antes de hablar con Blanca —dijo como preámbulo el médico, mientras acomodaba el expediente y los resultados de los estudios sobre su escritorio.

Mariano, aburrido, con la cabeza baja, se entretenía jugando con su teléfono celular. No tenía la menor idea de por qué lo habían llamado, pero tampoco le importaba mucho. En su reloj miraba avanzar los minutos sin remedio. Se acercaba la hora de su partido de tenis; perdería por inasistencia.

Patricia, muy seria, sentada frente al escritorio, se mantenía atenta a los movimientos del médico. Lo percibía nervioso, dubitativo. Su actitud la llevaba a presagiar lo peor.

El doctor revisaba de nuevo los resultados de laboratorio, como si no los hubiera leído varias veces. Todo le parecía una mala jugarreta del destino, una extraña paradoja. Si se guiara sólo por los exámenes de rutina, no podría haber mujer más sana que Blanca Hernández,

pero el resultado de la resonancia magnética era contundente. Ahora, debía explicarlo a la familia, decirlo a uno de sus mejores amigos.

—A ver, qué tenemos aquí… —Sergio hojeaba los estudios—, el total de los resultados de los exámenes de laboratorio son normales. No hay indicios de infección, su tiroides y sus hormonas funcionan en niveles adecuados… el azúcar, un poco baja, pero sin mayor problema. Me imagino que no bebe mucho alcohol, ¿o sí?

—¿Mamá, tomar? —respondió Patricia—. ¡Claro que no! ¡Odia la bebida!

—De vez en cuando, en una cena, bebe una copa de vino tinto —agregó Alfonso.

—Muy bien —contestó el médico.

Mariano, inquieto, se preguntaba, “Si todo está bien, ¿qué hacemos aquí?”.

Martín del Campo se levantó de su escritorio y mostró la tomografía sirviéndose del cuadro luminoso pegado a la pared.

—No hay indicio de tumores. Ningún daño cerebral se aprecia en las radiografías.

—Eso es bueno, ¿no? —preguntó Mariano, impaciente.

—Sí, en primer lugar, es muy positivo —respondió el médico mientras sacaba los estudios del último sobre.

El médico revisaba de nuevo las imágenes de la resonancia magnética, sin poder expresar el veredicto. Un silencio expectante los envolvió hasta que interrumpió Alfonso, dispuesto a escuchar lo que fuera.

—Bueno, Sergio, deja de andarte con rodeos y di de qué se trata, ¿es tan grave?

—Es que en la resonancia magnética, donde se pueden apreciar imágenes más detalladas del cerebro, aparece una disminución de la masa cerebral.

—Entonces, todos esos olvidos, su extraña conducta… —reaccionó Patricia—. ¿Mamá tiene Alzheimer?

—Sí, Patricia —dijo el doctor—. Por desgracia, lo que tú y yo sospechamos resultó cierto. Lo siento mucho y me duele ser precisamente yo el que tenga que dar esta noticia.

—¿Alzheimer? —preguntó Alfonso, sorprendido—. ¿Estás seguro? Debe haber un error. Mira que algo he leído sobre la enfermedad, ¿no es, más bien, un asunto de viejos?

—Así es. Por lo general, la demencia se presenta en ancianos, aunque hay miles de jóvenes que la padecen —respondió el médico—.

Ojalá me equivocara, Alfonso, pero por el cariño que les tengo, te aseguro que he llegado a este diagnóstico con todo cuidado. Descarté lo que había que descartarse y, aunque parezca increíble, esto es lo que le pasa a Blanca.

Alfonso no podía digerir lo que estaba escuchando. “Blanca enferma, y yo con mis celos absurdos, hasta llegué a imaginar que tenía un amante, que había dejado de ir al despacho por falta de interés. ¡Soy un imbécil! Pensar que estuve a punto de contratar un detective”.

—¿Qué se supone que es exactamente esta enfermedad, Sergio? —se atrevió a preguntar.

—También conocido como demencia, es un padecimiento que ataca directamente la memoria —explicó Martín del Campo—. Blanca, en un principio, olvidará sucesos, citas y palabras comunes. Más adelante, conforme avance la enfermedad, no podrá recordar nombres, lugares, personas… Lo terrible es que los olvidos se vuelven constantes, llega un momento en que les cuesta trabajo ubicarse. De hecho a Blanca ya le es difícil, necesita ayuda para concentrarse. Hay que apoyarla lo más que se pueda.

—¿Mi mamá va a olvidarse de mí? —preguntó Mariano, empezando a comprender la trascendencia de la reunión.

—Mientras más estén con ella —advirtió Sergio—, mientras más atención le brinden, menos se olvidará de ustedes.

Patricia, ante la pregunta de su hermano, no pudo contener el llanto.

—¿Por qué ella?

—Ojalá pudiera contestar a eso —dijo el médico con tristeza—. Desafortunadamente, no tenemos todas las respuestas; nadie las tiene. Los últimos descubrimientos señalan que existe un componente genético que influye en la posibilidad de contraer la enfermedad. Otros factores de riesgo podrían ser la diabetes, la hipertensión; aunque tu madre no tiene nada de eso.

Patricia permaneció en silencio, inexpresiva. Las lágrimas fluían libres por su rostro, no intentaba limpiarlas.

—Pero hay algo que debo decirte, Paty —añadió Martín del Campo tratando de consolarla—, acuérdate que el paciente con Alzheimer no sufre. Padecen más los que le rodean. El olvido será, para tu madre, un bálsamo contra el sufrimiento.

—Pero, ¿qué vamos a hacer? ¿Cómo ayudarla? —cuestionó Alfonso.

—Por lo pronto habrá que vigilarla. Evitar los accidentes. Procurar que lleve su vida normal, pero habremos de mantenernos al pendiente de cualquier cambio significativo, de cualquier indicio que nos haga ver el avance de la enfermedad. Yo desearía evaluarla en tu casa, ver cómo funciona dentro del medio ambiente al que está acostumbrada.

—Tío, dime cuándo vas y yo me comprometo a estar presente —ofreció Patricia.

—¿Existe alguna medicina? —preguntó Alfonso—. Tiene que haber algo que le ayude.

—Alfonso, lo siento, pero como amigos que somos, tengo el deber de ser honesto contigo. No existe un medicamento que "cure" la demencia. Voy a recetar un medicamento que evite la inflamación esperando que retrase el proceso, pero es todo lo que puedo ofrecer… ¿Sabes si sigue algún tratamiento de reemplazo hormonal?

—No lo creo, pero no sé.

—Será mejor que me comunique con su ginecólogo. ¿Tienes los datos de su médico?

—No a la mano —comentó Alfonso—, pero te los consigo sin mayor problema.

—Además —continuó Martín del Campo—, debo decirles que, en esta situación, lo ideal es que la vea un neurólogo o un geriatra.

—¿Un geriatra? —preguntó Alfonso—. Si mi mujer es muy joven, acaba de cumplir cuarenta y ocho años. En este matrimonio, el vejestorio soy yo.

—Los geriatras están más en contacto con esta enfermedad que ningún otro médico. En su momento, yo les recomendaré con alguien de mi confianza. Ahora, lo más importante: los cité a todos aquí porque hay que estar alertas a lo que sucede. Llegará el momento en que, a pesar de nuestros esfuerzos, ella olvidará realizar hasta las más simples tareas de la vida diaria, como bañarse o vestirse. Necesitamos aprender a apoyarnos uno al otro, cuidarla y cuidarnos. Porque ustedes tienen que estar bien para ella, tener la fuerza de atenderla y salir adelante juntos. No es nada fácil, pero si vamos paso a paso… La enfermedad es especialmente devastadora para la familia. Nadie puede enfrentarse solo ante una problemática como el Alzheimer.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Mariano.

—Acompañarla, hacer cosas que sean divertidas para ella. Ensayar todo lo que la estimule a recordar —respondió Sergio—: un diario, un álbum de fotografías, películas de video, ejercicios de memoria, en fin, cada uno tendrá que encontrar su forma personal de ayudarla.

Nosotros nos convertiremos en su memoria.

Esa tarde de finales de junio es hermosa. Le provoca alegría salir del entorno cerrado del consultorio médico. Disfruta del trayecto en automóvil, a pesar del tráfico. Descubre detalles que, anteriormente, en su diario recorrer por las calles de la ciudad pasaban desapercibidos. Reclinada, en el interior del vehículo, observa divertida las copas de los árboles.

Se da cuenta que las flores de los pequeños jardines desean asomarse desde el interior de las casas resguardadas por rejas de hierro. Sólo las buganvilias logran su cometido trepando por los muros, luciendo, desfachatadas, su intenso color. Cuando la velocidad del auto lo permite, se queda observándolas. El color intenso traspasa su mirada, viaja hasta su mente cerca de sus sentimientos, provocándole un dolor suave que la hace llorar en silencio sin comprender por qué.

Piensa, emocionada, que nunca había visto algo tan bello y perfecto. Hubiera querido tocarlas, sentir entre sus manos el púrpura violento. También saborearlas, seguro son dulces. De ahí sacan el algodón de azúcar que compraba mamá cada domingo en Chapultepec. Recuerda, en su boca, la rosada sensación que se deshace deliciosa. Pensó en la perfección del universo. Todo estará bien mientras existan las buganvilias, los domingos y los algodones de dulce. La dulzura de su madre, la voz de su madre. Es Mercedes que la llama.

—¿Qué dices, mami?

—Nada, princesa. Lo que haremos será buscar la manera de salir de este atolladero. Vas a ir a cada una de las casas donde te has metido a vender cacharros y les dices que conoces a una mujer capaz de confeccionar desde sábanas hasta vestidos de novia.

Blanquita se quedó sin habla. Más muda iba a permanecer ante la siguiente pregunta de la madre.

—Por cierto, hija —lo dijo al tiempo que empezaba a buscarla—, ¿dónde te has dejado la máquina de coser?

La niña, nerviosa, intentó cambiar de tema, prolongar ese momento feliz antes de que la catástrofe le cayera encima.

—Mamita, ¿tienes hambre? ¿Te preparo un huevo?

Mercedes agradeció la preocupación, pero insistió:

—Blanca, contesta, guapa. ¿Dónde has dejado la máquina?

—Se la vendí a doña Chole, la portera.

—¡Por todos los santos, criatura! ¿Me puedes explicar de qué le va a servir mi máquina de coser a esa haragana? —preguntó Mercedes tratando de contener su enojo—. Si no es mucha indiscreción, ¿se puede saber cuánto pagó por ella?

—Cuarenta y cinco —contestó Blanca orgullosa—. A mí me pareció que estaba bien. Además, dio el dinero de contado.

La madre se contuvo. Lo pensó unos segundos antes de gritar desbocada, como era su costumbre.

—Escúchame bien: vas donde la arpía ésa y le dices que traiga mi máquina de regreso inmediatamente. Si alega sobre el dinero, le contestas que le pagaremos en cuanto sea posible. Y si por alguna razón se niega a devolverla, le dices, entonces, que me evite la pena de coserla a bofetadas. ¿Entendido?

—¿Qué hacemos si ya la vendió?

—Si ya la vendió —Mercedes se desesperó aún más—. Bueno, niña, con qué cosas sales. Te advierto que si ya la vendió, la que va a acabar metida en un lío va a ser otra, la que ahora me mira de frente…

Después de escuchar las amenazas, Blanca decidió: prefiero a mamá cuando se enoja y me grita, que tranquila y hablando despacito. Da más miedo lo que quiere hacer, ¿pensará coserme a mí también?

—Pero, mamá, ¿cómo voy a pedir que la regrese, si no tenemos el dinero?

—Vendiste una joya en cuarenta y cinco pesos. ¡Una joya! —al ver la expresión de extrañeza en el rostro de su hija, le explicó—: cuando tu padre vino a pedir mi mano, traía de regalo un estuche con un anillo dentro. La joya llevaba, engarzada, la esmeralda más grande que yo hubiera visto. ¿Sabes qué le dije? ¿Te imaginas lo que le dije, pequeña sinvergüenza?

—No, mami.

—Que no necesitaba su piedra. La piedra mejor que se encargara de ponérmela encima el día de mi muerte. Yo lo que realmente deseaba era una máquina de coser.

Mercedes le pidió a Blanquita que se acercara. Después de acariciar su cabello, tomó el cepillo y empezó a arreglarlo hasta formar dos trenzas gruesas y doradas.

—Tú no la vendiste —rectificó Mercedes—. Hay cosas que no pueden venderse, porque no tienen precio. Debiste consultarme antes de realizar una venta de esa naturaleza.

—Pero, mamá, ¿cómo te iba a preguntar, si no contestabas?

La hija tenía razón. Ella había hecho lo que estaba en su mano para

salir adelante. Decidió que no era el momento de reclamos. —Bueno, ya veremos. Ahora vamos a comer algo —la mujer conectó la parrilla, sacó un traste viejo y echó dos huevos—. Princesa, ¿sabes por qué salimos de Murcia?

—Por la guerra. Papá lo decía.

Mientras comían, la madre fue hilvanando los recuerdos que ofrecía a su hija en un sinfín de imágenes.

—Antonio y yo recién cumplíamos dos meses de casados, cuando una noche llegó Martín Rebolledo a visitarnos.

—¿El tío Martín? ¿El que manda las tarjetas tan bonitas en Navidad?

—El mismo, el gran amigo de tu padre. Yo estaba feliz de recibirlo, estrenándome como ama de casa. Le ofrecí del queso recién hecho y del vino tinto que acabábamos de almacenar después de la vendimia. Martín alegó que tenía prisa. Le urgía hablar con tu padre. De haberlo sabido, no lo hubiera entretenido con tantos formalismos.

—¿Y era muy urgente?

—Nos dijo que tendríamos que marcharnos del pueblo esa misma madrugada. Sobre tu papá pesaba una orden de linchamiento y a mí me llevarían presa.

—¿Qué es eso de linchamiento? —preguntó la niña asombrada.

—Mira, no me hagas entrar en detalles. Te puedes imaginar que es una forma por demás desagradable de morir.

—¿Querían matar a mi papá? —Blanquita preguntó, ajena a la guerra y a sus complicaciones.

—¡Ay, hija! Cuando hay un bando y otro, los hombres dejan de ser hermanos para convertirse en los peores enemigos. Nosotros éramos republicanos y, del otro lado, estaban los partidarios de Franco quienes no tardarían en llegar al pueblo para arremeter con todo lo que encontraran a su paso. Martín, a pesar de ser un franquista convencido, se ocupó de la familia y de un montón de republicanos, casi el total de los habitantes del pueblo. Me acuerdo que nos lo dijo con su voz grave: “Primero soy amigo de mis amigos y al final soy falangista”.

”Nos dimos cuenta que la fuga era urgente. Tu padre bajó a la despensa, empaquetó jamón, queso, aceitunas y unas hogazas de pan. ‘Hala, María Mercedes, trae los abrigos’, recuerdo que llamó apresurado.

”‘No me voy sin la máquina de coser’, le dije decidida.

”Tu padre reaccionó furioso. Alegó que jamás se iría con ese

armatoste a cuestas, aunque, como te imaginarás, no logró convencerme. Martín, conciliador, dijo que no había tiempo que perder. Cargó con la máquina en el camión viejo que usaba tu papá para recorrer los campos y así partimos. Dejamos atrás la finca, los viñedos y nuestras ilusiones de jóvenes, sin poder despedirnos de tus abuelos”.

Blanquita se imaginaba al amigo de su padre alto y moreno, enérgico, dando órdenes por el pueblo y poniendo a salvo a sus padres.

—¿Entonces se escaparon?

—¡El gusto nos duró muy poco! Lo terrible es que nos esperaban. A unas cuantas horas los franquistas nos detuvieron. A Antonio lo cogieron preso y a mí me contrataron de sirvienta; sin paga, por supuesto. ¿Adivina por qué me salvé? ¡Gracias a la máquina! A pesar de la situación de guerra, los cabecillas organizaban recepciones a todo lo alto. Las esposas de los nuevos funcionarios querían lucir a la moda y, a falta de folletines franceses, yo inventaba lo que estaría en boga esa temporada. Hasta en la guerra me la pasé cosiendo. Ése parecía ser mi destino.

—¿Y de papá, sabías algo?

—Ni una palabra. El que dio conmigo fue Martín. Me llevó de regreso a la casona. Ahí me repuse del trabajo excesivo y la mala alimentación. Durante meses, no hice otra cosa que esperar a tu padre. Recuerdo su regreso, como si lo estuviera viendo en este momento.

”Estábamos en pleno invierno, pero el sol de mediodía daba un calor tenue, agradable. Saqué una de las sillas de madera y me senté a la entrada de la casa. Bordaba la mantilla que me había encargado la esposa del alcalde. ¡Ay, pobrecillo de mi Antonio! A duras penas lo reconocí, ojeroso y más delgado que un junco tieso. Me miró, tratando de sonreír, mientras se le escapaban las lágrimas, incapaz de ocultar su desconsuelo. Los cogieron presos, los enviaron a Alemania en vagones, como animales”.

Mercedes recordó lo poco que Antonio contaba del campo de concentración. La alambrada de púas, las barracas, el maltrato constante, la sensación de soledad a pesar de estar rodeado de desconocidos, el hambre, los miles y miles de muertos apilados.

—A su regreso, Martín lo acompañaba. Curiosamente, el amigo que una noche nos separó, ahora nos reunía. También fue gracias a él y a su influencia en el gobierno, que anclamos en tierras mexicanas. Viajar en un barco carguero fue toda una aventura. Había noches que

nos pasábamos en vela. Un vaivén constante nos mantenía en vilo, a tu padre, a mí, y por supuesto a la máquina de coser.

Blanca, a su vez, sentía los movimientos del barco: hacia atrás, hacia delante, a un lado y al otro. Giraba. El navío se convertía en un extraño cañón envolvente. Se aferraba a la cubierta con las dos manos. Le daba miedo caerse, naufragar, perderse en una carabela sin rumbo. De improviso, cesó el movimiento y se apagaron las luces.

—Licenciada Hernández, el estudio ha concluido. Puede pasar a vestirse.

Blanca mira sin perder detalle a un lado y al otro de la avenida, cuando en el alto que exige el semáforo, ve cruzar a una mujer llevando en brazos a una criatura de meses y, de la mano, a un niño pequeño.

La bebé, inquieta, se retuerce. Intenta evadir la prisión materna, bajarse y gatear por el suelo enorme de la avenida que, a pesar de los automóviles, la invita a la aventura. Blanca se da cuenta, curiosa, cómo de sus bracitos se dispara la luz: dos rosadas linternas flotan en el aire. Un sol, compuesto de millones de destellos diminutos, habita a la criatura. Un río luminoso fluye en su interior.

El niño camina unos pasos y da pequeños saltos. Los cuenta. Uno, dos, tres, cuatro pasos, un salto. Uno, dos, tres, cuatro, cinco pasos, dos saltos. Mira a Blanca sonriente, invitándola al juego. Ella lo contempla fascinada. Con cada saltito, la luz de su cuerpo se proyecta creando un bello espectáculo de pirotecnia. Tiene varios colores encendidos y los combina a su antojo, creando paisajes radiantes, estrellas que caen lentamente en forma de lluvia.

Blanca mira su propia luz inmóvil, casi imperceptible, de un solo tono.

Estoy apagada.

Una lluvia persistente caía sobre el D.F. La tormenta se precipitaba desde hacía varias horas, al grado de inundar las calles, obligando a los pocos peatones a subirse los pantalones hasta las rodillas, procurando escapar de una empapada total. La Avenida Reforma, recién lavada, resplandecía por el agua fundida con el reflejo de miles de faros de automóviles que, en fila, esperaban su turno para avanzar, al tiempo que los limpiaparabrisas bailaban animosos. El agua brotaba de las coladeras atiborradas de basura. Blanca, abstraída, observaba el aguacero desde el ventanal de su recámara. Un primer impulso la

invadió. Deseaba desprenderse por completo de ataduras, de todo lo que le ajustara y molestara: desnuda, correr hacia la lluvia, envolverse en la caricia del agua que no cesa, formar parte del elemento, origen de la vida. Se desabotonó la blusa y la tiró en la cama. Lanzó también los zapatos; desabrochó el sostén y lo dejó caer en la alfombra. Comenzaba a quitarse la falda cuando su imagen se reflejó en el espejo de la cómoda y vio sus pechos desnudos. Blanca se sorprendió y, por instinto, trató de cubrirse. ¿Qué me pasa? Sólo a una loca se le ocurre quitarse la ropa y salir a mojarse. Con el frío que hace. Y si me viera alguien, ¡qué vergüenza! Se miró al espejo haciendo muecas. ¡Estúpida! Cada día estás peor. Se golpeó la frente. ¿Qué demonios voy a hacer contigo?

Recogió su ropa y empezó a vestirse. Lo hacía despacio, luchaba por mantenerse consciente de sus actos. Primero el sostén, hay que subir los tirantes. Luego la blusa, cada botón debe quedar parejo. Le costó trabajo introducir el botón dentro del ojal respectivo, pero lo logró.

Se sentó en la cómoda y empezó a cepillarse el cabello. Las tardes le parecían eternas. Todos tienen algo que hacer, menos yo. Patricia va a la universidad, Mariano acostumbra ir al club y Alfonso tiene una cita. Lupe estará en la cocina o en su cuarto. Qué raro, no vino mamá.

Decidió llamar por teléfono a Mercedes. Marcó los primeros números, 55 8. No pudo recordar la serie completa. Sacó su agenda y en la parte final, la del directorio telefónico, buscó la M. Ahí estaba: mamá. 55 89 67 22. Escuchó el timbre cuatro veces y después la voz monótona. *En este momento no puedo contestarte, deja tu recado y llamaré en cuanto pueda.* ¿Mamá? ¿Por qué no puedes contestarme? Soy yo, Blanca, ¿me escuchas? Mami, ¿estás enojada? Mamá, ¿me oyes? Ante la falta de respuesta colgó. Sigue enojada conmigo. Dio vueltas por el cuarto y se sentó nuevamente en el escritorio. Hojeó su agenda. Buscó la fecha en su reloj de pulsera. MAR 04. MAR, tiene que ser marzo.

Las fechas, en la agenda, aparecen en letra pequeña y negra, al principio de la hoja, del lado derecho. El resto del cuadro, destinado a registrar los pendientes de cada día, permanece en blanco. Ya no hay anotaciones, ningún indicio que le ayude a proseguir con la rutina de su vida. Después del jueves 16 de agosto, cumpleaños de Mariano, sólo un par de datos sin importancia, clase de yoga, salón de belleza, compras pendientes en el supermercado y se acabó. El calendario se desvaneció paulatinamente; desaparecieron las citas de trabajo y los

compromisos sociales. Regresó las hojas. Volver al inicio de la agenda le daba la seguridad de existir, de ser alguien, tener un pasado. Se detuvo en una de las primeras páginas, la que más anotaciones tenía.

Lunes 25 de enero. Vuelo a París 8:45 PM, Aeroméxico.

Por poco perdemos el vuelo, había dejado los pasaportes en la mesita de la recámara. Alfonso estaba furioso, casi me mata. Lo bueno es que habíamos llegado muy temprano y Patricia se había quedado a estudiar en la casa; ella nos llevó nuestros pasaportes y los boletos al aeropuerto. Apuntó en el cuaderno azul: París, 8:45 PM, llevar pasaportes.

Martes 13 de marzo. Pago predial, Delegación Miguel Hidalgo. Llevar documentos.

Jueves 10 de mayo. Desayuno con mamá, comprarle el collar de Tane.

Esa vez sí apunté el desayuno. 10 de mayo, día de las Madres. ¿A mí qué me dieron el día de las Madres? Qué triste, yo no recibí nada. A mí nunca me han dado un regalo del día de las Madres.

Volvió las hojas a la parte de la agenda que tenía sus anotaciones.

Miércoles 15 de agosto, 10:30 AM aplicar examen de Derecho Romano en la UNAM.

Y en la misma hoja, más abajo, escrito al descuido, AMLO. Qué curioso, ¿por qué habré puesto AMLO?

Decidió seguir haciendo anotaciones en la agenda aunque fueran mínimas. Buscó MAR 04 y en el espacio en blanco anotó: SOLA. Al menos estaba Lupe en la casa.

—¡Lupe! —gritó.

La empleada permanecía en su cuarto, inmersa en el melodrama televisivo de las seis de la tarde, el que empezaba poco después de que recogiera y lavara los trastos de la comida y trapeara la cocina. Le faltaba planchar varias camisas. Apenas podría descansar de las faenas del largo día, antes de que regresaran los jóvenes o el señor Alfonso a pedir la cena y otra vez tendría que cocinar, recoger y lavar. Optó por no escuchar el grito de la patrona que cada vez le resultaba más

extraña. “Sale con cada cosa”.

Blanca olvidó, casi de inmediato, que había llamado a la sirvienta. Rondó por la habitación hasta que se percató de la lluvia. Tuvo el impulso de desprenderse de su ropa y correr desnuda, sentir en todo su cuerpo la frescura del agua que caía persistente. Se desabotonó la blusa, la hizo bola y la aventó. Se quitó los zapatos, se deshizo del sostén y miró, divertida, sus pechos en libertad. Empezó a desabrochar la falda al tiempo que su imagen se reflejaba en el espejo. Contempló su desnudez con asombro y vergüenza. Trató de cubrirse mientras se recriminaba. ¿Qué me pasa? Sólo a una loca se le ocurre quitarse la ropa y salir a mojarse.

Buscó el sostén, lo abrochó mecánicamente, se puso la blusa con cierta dificultad; le costó trabajo empatar cada botón con cada uno de los ojales. Olvidó los zapatos que habían quedado ocultos debajo de la cama y se sentó en la cómoda. Empezó a cepillar su cabello. Las tardes le parecían eternas. Escribió SOLA en su cuaderno azul.

—¡Lupe! —gritó. No obtuvo respuesta.

Trató de llamar a Mercedes, 55 8. No pudo recordar la serie completa, así que decidió buscar en la agenda. Antes de ir al final, donde se encontraba el directorio, leyó la hoja que había quedado abierta.

> Martes 14 de agosto, 11:00 AM cita con Lucila, cárcel de menores. (Violación, padrastro).

¿Lucila? Una ráfaga de claridad la invadió. Súbitamente pudo tomar conciencia del paso del tiempo, del abandono en que había dejado a la jovencita, de apenas catorce años, que pagaba una condena por asesinato cuando el caso apuntaba a una cuestión de defensa propia.

Se sintió agobiada. De ella dependía la vida y la libertad de una niña humilde de catorce años, que apenas hablaba español. Tengo que ayudarla. ¿Lucila qué? En alguna parte habrá quedado el expediente. Buscó en los cajones de su escritorio sin encontrar ningún papel con el nombre de Lucila. ¿Pedirle a Alfonso? A él siempre le molestó que hiciera trabajo social, como si yo pudiera olvidar mi origen. No, Alfonso no me va a ayudar.

Tomó de nuevo la libreta azul y apuntó: Lucila, no voy a olvidarte.

La única solución que se le ocurrió fue presentarse en la cárcel de menores como abogada y pedir que la llevaran con su cliente.

Seguramente las guardias las tenían registradas, a ella como abogada y, por desgracia, a Lucila como presunta homicida.

Preocupada, dio vueltas por la habitación, tendría que ver la manera de ir a la cárcel de menores. De pronto tuvo un sentimiento de soledad. Se dio cuenta que el desamparo iba más allá de la sensación física. No tenía a quién pedirle ayuda. Al acercarse al enorme ventanal, el sonido de la lluvia llamó su atención. Miró el jardín recién lavado. Tuvo un deseo repentino de quitarse la ropa y correr desnuda hacia la lluvia. Convertir su piel en líquido rosado y fluir libremente hacia el jardín. Ser ella agua que limpia. Volverse flor, arbusto, vida. Se quitó la blusa con premura y la dejó caer al pie de la cama. Estaba a punto de quitarse el sostén cuando vio con tristeza que la lluvia amainaba: gotas más pequeñas hasta desaparecer. ¡Qué tonta! Sólo a mí se me ocurre mojarme. Ya no llueve. Se puso la blusa y la abotonó con dificultad. Paseó por el cuarto sin tener la menor idea de lo que debía hacer. Se cepilló el cabello unos segundos y cayó en la cuenta que nadie, ni siquiera la sirvienta, la acompañaba.

—¡Lupe!

Bastaron unos cuantos segundos para olvidar que había llamado a la joven. Mamá no habla. ¿Estará enojada conmigo?

Marcó el teléfono 55 8, no fue capaz de recordar la serie completa. Se dirigió al escritorio para consultar el listado de teléfonos al final de su agenda. Ahí estaba el número de Mercedes y después del sonido, su voz monótona respondiendo en el contestador. ¿Mami? ¿No quieres hablar conmigo? Decidió dejar por escrito en el cuaderno azul una frase que le recordara disculparse al día siguiente con su madre. Antes de escribir, leyó sus anotaciones:

> SOLA
> París 8:45 PM, llevar pasaportes.
> SOLA
> Lucila, no voy a olvidarte.

Voy a París a ver a Lucila. Tendré que ir sola, nadie va a querer acompañarme. Sacó del último cajón el papel donde tenía apuntada la combinación de la caja fuerte. Con mucho cuidado y fijándose, marcó cada número. La abrió, buscó los pasaportes. El de Alfonso, Patricia, Mariano y el suyo, estaban en un mismo estuche de viaje. Le llamó la atención un enorme fajo de billetes. Con tantos alcanza y sobra para ir a ver a Lucila. Sacó varios billetes y los metió a su bolsa de viaje. Qué

bueno que los encontré, a mí me quedaban nada más tres. Lucila, pobrecita. Tan joven, con tamaño problema. La tengo que sacar de la cárcel. ¿Por qué la habrán mandado hasta París? No importa.

Tengo que reservar el vuelo de las ocho de la noche. Releyó la anotación de su agenda.

París 8:45 PM

Copió el dato con cuidado en el cuaderno azul y añadió: Llevar pasaporte. SOLA.

Nadie va a querer acompañarme.

—¡Lupe! —gritó, mientras empezaba a quitarse la ropa.

A veces escribo. Cuando las cosas me rebasan y no llego a entender lo que sucede, escribo. Me sirve para ordenar mis ideas, para darles la dimensión correcta aunque la realidad se impone. Hoy es distinto, peor que nunca. Los problemas se convirtieron en una avalancha y están a punto de caerme encima. Por eso me urge escribir.

Escribir es refugiarme en un muro transparente que me permite verme por dentro. También sirve para no quedarme hundida en el silencio, porque, ¿a quién le voy a contar lo de mamá? ¿A mis compañeros de la escuela? ¿Cómo les voy a decir? Ya me imagino, llego a la clase y les digo: ¿se acuerdan de la investigación que hicimos el semestre pasado?… ¡esa misma, la del Alzheimer! Pues ¿qué creen?, mi mamá lo tiene. Hay que decirlo por encima, en forma superficial, como si no se me estuviera quemando algo por dentro. Cuando hay problemas, preferimos darles la vuelta… La mayoría prefiere evadirse, porque si profundiza, aunque sea un poco, descubriría un montón de cosas horribles y es mejor no verlas, seguir en la fiesta, reírse por todo, vivir la fantasía del mundo perfecto. ¿Y el dolor? Es mejor hacerse a un lado, verlo de lejos.

No, no quiero decirlo; mientras no sea necesario comentar nada, no lo haré. ¿Para qué? En la escuela, todos parecen muy involucrados, pero no es cierto. Vivimos en la ley del individualismo y cada quien aprende a rascarse con sus propias uñas. Me acuerdo, en la clase de supervisión, el caso de una paciente anoréxica. Ahí fue cuando Marilupe se enganchó con el tema, se levantó y aceptó delante del grupo su problema de bulimia. Todos simulan ser muy comprensivos, algunas de las supuestas amigas hasta lloraron. ¿Y al día siguiente? Borrón y cuenta nueva, ni quien se acordara y Marilupe igual, vómito y vómito, eso sí, tienes un cuerpazo increíble, le dicen, mientras se burlan de ella cada vez que la ven entrar al

baño. En el fondo son unos vacíos, sólo les interesan los antros y divertirse, emborracharse hasta ponerse hasta atrás… Ni siquiera la universidad les importa. Si por ellos fuera, comprarían el título y se acabó. ¿Aprender? ¿Qué será eso? Así como vomita Marilupe cada día, ellos desperdician su futuro, igual se les va por el excusado. Por mí, que medio terminen la carrera y salgan los más *loosers*, porque yo sí pienso ser una profesional preparada, aunque les pierda el ritmo y no me vaya de reventón todas las semanas. Sí, ya sé, no soy de las requeridas, no soy tan popular como otras… a lo mejor lo digo por ardida, pero me vale.

Esto de la enfermedad de mamá me tiene muy preocupada, no quiero imaginarme lo que ya sé que va a pasar, me muero de miedo. Por eso mejor busco todo el tiempo en Internet, como si tener más información diera consuelo. La verdad no sé si es peor, pero es una obsesión más fuerte que yo; necesito saber más. Así, aunque me sienta triste, y con ganas de huir, me da seguridad. Por Google me enteré que Emerson no es solamente una calle de la colonia Polanco. Lo que el tipo escribió sobre la memoria es impresionante. Pensar que acabó sus días apagado y sin reconocer a nadie. Eso me da tanto miedo con mi mamá, no sé qué voy a hacer cuando llegue el momento, me voy a volver loca. Trato de razonar, nos va a desconocer, mamá nos va a desconocer. Yo creo que ni aunque escriba mil planas, como hacíamos de niños, me va a entrar en la cabeza.

Emerson decía que un hombre sin memoria deja de ser humano. Pensaba que sin la memoria toda la vida y todo el pensamiento es una sucesión inconexa de hechos.

También dijo algo así: el hombre vale por la cantidad de cosas que recuerda. O sea que, ¿toda la gente que tiene demencia y olvida deja de ser persona? ¿Él mismo dejó de ser humano? ¿Acaso valía menos por no recordar?

Lo que más me impresionó fue lo de Reagan. Dicen que ya tenía la enfermedad siendo presidente de los Estados Unidos. Sus malas decisiones podrían haber afectado a millones de personas en el mundo entero. ¡Y qué triste lo de Maurice Ravel! Escuchó su propio *Bolero* y no lo reconoció, sólo comentó: “¿Quién escribió esa música? Es muy bella”. Al menos le siguió gustando.

Las estadísticas son algo tremendo, no entendí cómo encontré ese dato, pero así pasa en Internet. Un *link* te lleva a otro y luego a otro. Ojalá no me hubiera enterado: hablan de millones y millones con demencia, dicen que en el 2050, sólo en Estados Unidos, va a haber quince millones de personas con este mal… ¡Por favor, científicos, pónganse a trabajar, encuentren una cura rápido!

Bueno, hay que ser honesta. La verdad, por ahora, de todos esos millones, a mí la única que me importa es mi mamá. Después de la reunión que tuvimos con el tío Sergio, como que la vida nos cambió y no nos dimos cuenta. De pronto te salen con que tu madre va a dejar de ser como era, que mentalmente se le está disminuyendo el cerebro y se le va a olvidar hasta lo más elemental. Unas placas de proteína están obstruyendo la comunicación de sus neuronas y éstas, sin ninguna consideración, deciden morirse. Todo suena tan simple: diagnóstico médico y profesional. Luego el tío Sergio, se nota que no es su campo y no sabe bien qué hacer. Decir que los enfermos de Alzheimer no sufren me parece una idiotez. ¿Qué, no ve a mi mamá? ¿No ve su confusión, su desesperación, no ve cómo se golpea la cabeza y se jala los cabellos?

A lo mejor pretende darle cierto consuelo a la familia, pero no se vale. Es como si no le diera importancia al problema. Quién sabe si después, al avanzar la enfermedad, ya no se enteren de nada. Ojalá sea cierto y al final no sufran.

Mientras tanto, ¿qué voy a hacer con mi mamá? Se oye tan raro: qué voy a hacer con mamá. No tengo idea de por dónde empezar y, para colmo, no puedo concentrarme en los estudios. No puedo dejar de pensar en ella, en lo que va a ocurrirle, no puedo dejar de llorar. ¿Qué hago? ¿Cómo la voy a ayudar?

Antes que otra cosa, como cuando era niña, escribiré una plana para que se me grabe: mamá nos va a desconocer.

Blanca, inquieta, se agita en la cama. Suda acalorada. Se enrolla en las cobijas. En su inconsciente contempla al hombre de cerca. El anciano se dispone a comprobar su nueva fórmula.

En el laboratorio, sobre la antigua mesa de trabajo, varios líquidos de colores burbujean en recipientes de vidrio de distintos tamaños. El humo que escapa desde los tubos impide ver al hombre con claridad. Blanca desea acercarse para mirarlo de frente: sospecha que puede reconocerlo. Es el mismo personaje que a menudo aparecía en sus sueños de infancia, aunque ahora retorne mucho más viejo. Por supuesto que sabe quién es, lo ha soñado ya tantas veces. Es el alquimista. A Blanca le parece simpático que lleve, en lugar del sombrero negro terminado en pico, una boina.

Su mirada le fascina. Es tan clara que pareciera hecha de gotas de cielo. El hechicero le exige guardar silencio. El brebaje ha hervido lo suficiente y él se dispone a vaciarlo en los moldes. Por unos instantes, Blanca se asombra al descubrir la mirada y la sonrisa de su padre

grabadas en el rostro del anciano. Papá juega un juego que no había soñado nunca.

La mezcla se ha secado en los cientos de charolas que irán al horno de la panadería de la vecindad. El olor es agradable, la transporta a su niñez. Parece que ya están listos. El alquimista desprende la masa de los moldes y satisfecho mira la máscara recién cocida, donde sobresalen las bellas facciones de un joven. Es perfecta. Anuncia desde el altavoz.

—¡Cientos de máscaras para el baile!

Hombres, mujeres y niños esperan las suyas. Varios las han recibido y empiezan a probárselas. Preguntan a los otros cómo les queda. Después de esperar durante largo tiempo, llega el turno de Blanca. El hechicero la observa con tristeza. No tiene alternativa que ofrecerle, sólo una máscara de barro con toscas facciones. Ella la acepta agradecida y culpable, sabe que se la merece. Mira la careta y sonríe: la forma oblicua de los ojos le recuerda, por un momento, las facciones orientales. Prefiere no ponérsela. Me apretará, apenas voy a ver con esos ojos tan rasgados que por poco se cierran.

Admira los magníficos vestidos que llevan las señoras. Brocados salpicados de pedrería, capas de terciopelo y satén cayendo sobre los hombros y, en sus cuellos blancos y largos como cisnes, esmeraldas y rubíes que asoman relucientes.

Nunca le explicaron que debía cambiarse. Viste su pijama, la azul de franela. Nerviosa, argumenta que hacía frío. No hay modo, tendrá que esperar. Sólo existe una góndola donde aceptan pasajeros en ropa de dormir.

Blanca se queda en el muelle por horas. Oscurece, seguramente el baile ya ha comenzado y ella no estará presente. ¿Dónde habrá quedado el viejito barbudo con la mirada de su padre?

—¡Señor Antonio!

Al fin llegó la góndola; más bien, una lancha pequeña de remos. ¡El mago ha venido a buscarla! Le sonríe.

La luna llena se refleja en las aguas del lago y las ilumina. Al ver su vaivén apacible, nadie imagina que está a punto de producirse una tormenta. Sin embargo, la luna traidora lanza sus rayos perniciosos y hace subir la marea hasta volverla incontenible. La barca se agita; el alquimista está a punto de perder el control. Blanca se aferra a la máscara: es lo único que le pertenece. El oleaje amenaza con lanzarla al agua. Levanta los brazos, pero la fuerza de la naturaleza es demasiada: la máscara resbala y se rompe. Los restos, al contacto con

sus manos, se deshacen pulverizados.

Quiso reclamarle al alquimista, pero ha desaparecido dejándola a la deriva, en el lago, en medio de la oscuridad.

Todos tienen semblante, menos ella. Los rostros la miran, la recrean, la reprueban. Caras que se burlan, se acercan, gesticulan; la rodean amenazantes.

Blanca despertó esa mañana angustiada. Tenía la necesidad de mirarse y comprobar si su rostro todavía estaba ahí. Se observó detenidamente en el espejo y se dio cuenta que algo no encajaba. Veía una mujer aún joven, pero muy desmejorada. ¿Qué me pasa? Algo se me está rompiendo adentro y no sé cómo pegarlo. Pensó que tal vez esa mujer que la miraba desde su propio reflejo deseaba adueñarse de ella. ¿Quién eres? ¿Qué quieres? No entendía por qué se empeñaba en destruirla.

—¡Rota! ¡Estoy rota!

Lanzó el pisapapeles del escritorio contra el espejo. El ruido la asustó, pero al levantar la vista, se encontró de nuevo con su imagen fragmentada.

—¡Dime quién eres! ¿Por qué no te largas? ¡Maldita, desgraciada!

Volvió a arremeter contra el espejo, ahora con una figura de bronce: la mujer desnuda acabaría con el enemigo de un golpe. En su desesperación, se acercó y empezó a arrancar el cristal con las manos.

—¡Te vas a quedar rota, igual que yo, toda rota!

Blanca se impresionó al ver brotar la sangre entre sus dedos. Sintió un dolor intenso; de pronto no supo qué hacer y lloró como una niña desconsolada.

—¡Mamá, mamita!

Alfonso salió de la regadera, apenas tuvo tiempo de secarse un poco y ponerse el pantalón.

—¿Qué es ese ruido?

Blanca permanecía hincada frente a la pared, castigada. Sabía que había tenido un mal comportamiento.

—No te vayas a enojar conmigo; te juro que fue sin querer —le dijo, llorando.

—¡Patricia! —gritó Alfonso mientras abrazaba a su mujer y procuraba calmarla—. No estoy enojado contigo, verás como todo se arregla.

Alfonso la abrazó cariñosamente mientras se preguntaba qué habría pasado por su cabeza. Tomó su pañuelo y lo enredó con el fin

de parar la sangre que manaba de sus manos.

—¡Patricia!

La voz de la joven se escuchó desde la entrada.

—¡Llama a Sergio, es urgente!

—No te vayas a enojar conmigo, te juro que fue sin querer —repitió Blanca mientras trataba de limpiarse.

—No estoy enojado, mi reina. Vamos a lavar esa herida —Alfonso la guio hasta el baño, lavó sus manos y enrolló toallas faciales en las cortadas—. Así, apretadito para que no sangres. Siéntate en la cama, quietecita, en lo que llega el doctor.

Se sintió extraño, hablando a su mujer como si fuera una niña. Acarició su cabello y se aseguró de dejarla cómodamente en su cama.

—No me mires así —le dijo ella, molesta—, tú también quieres que me rompa, que acabe en el suelo hecha pedazos.

—¿De qué hablas? ¿De dónde viene eso? Pero, linda, si tú eres mi adoración.

—No me mires así —musitó Blanca.

—No te pongas nerviosa, ahora le digo a Paty que venga a quedarse contigo.

—Que no venga Paty. No quiero que me mire, no quiero que nadie me mire —Blanca repetía en un tono bajo casi inaudible.

—Cálmate, linda, no tarda en venir el doctor.

—No me mires, vete —temblaba Blanca—. Tú también quieres que me rompa.

Patricia entró corriendo y se detuvo en seco al ver el espejo roto y la sangre derramada en la alfombra.

—El tío Sergio viene para acá antes de ir al hospital. Mami, ¿te sientes bien?

—No me mires. Vete. No me mires. ¡Vete!

Los rostros la vigilan, la reprueban, la cercan.

El doctor Martín del Campo se acercó a Blanca tratando de parecer lo más sereno posible.

—¿Cómo estás? Te lastimaste, ¿no es así?

—No me mires, no quiero que nadie me mire —respondió ella, ocultando la cara con las dos manos.

—No te miro —dijo el médico tranquilamente—, sólo voy a curarte las manos. ¿Ves cómo sangran? Y estas toallas, habrá que cambiarlas, están empapadas.

—¿No me miras?

—No, pero necesito que me muestres tus manos. Sólo quiero estar seguro de que no tengas algún pedacito de vidrio enterrado. Luego las limpiamos, ponemos un desinfectante, una gasa y ya está. Verás qué pronto terminamos con este problemita.

—El problemita, el problemita —repitió Blanca.

El médico sacó de su maletín el instrumental necesario. Desinfectó la herida y revisó que no hubiera quedado ningún cuerpo extraño.

—La herida no es tan profunda; hay que coser, pero sólo unas cuantas puntadas —le comentó a Alfonso, quien se veía preocupado, abrazando a su mujer y presenciando la labor de su amigo.

Blanca repetía con voz queda, casi inaudible:

—El problemita, el problemita, el problemita.

—Ahora sí, terminamos —el doctor aplicó los vendajes—. ¿Viste qué sencillo?

—El problemita, el problemita —seguía repitiendo ella, obsesiva.

—No hay de qué preocuparse, querida amiga. Este asunto ya está solucionado. Tú quédate tranquila.

—El problemita, el problemita —insistía Blanca sin escuchar a Sergio.

—Cálmate, preciosa —se desesperaba Alfonso.

—El problemita, el problemita, el problemita —recitaba Blanca. Parecía una avispa revoloteando en su cerebro.

El médico decidió dar un giro a la conversación.

—¿Hay algo que te preocupa? —Martín del Campo la miró a los ojos, tratando de llamar su atención—. ¿Me lo quieres platicar?

—Todos me miran y yo no puedo verlos —señaló a Patricia y luego a Alfonso.

—Te miran y tú no puedes verlos —el médico repitió la frase. Era necesario que Blanca se sintiera escuchada; quería a toda costa lograr su confianza.

—Yo no los veo y ellos me miran.

—Eso te inquieta, que te miren.

—Todos tienen cara, menos yo.

—Tienen cara menos tú, ¿quiénes?

—¡Ellos! —Blanca, enfurecida, señala a Patricia y a Alfonso—. Y también los del sueño.

—Los del sueño. Todo pasó en un sueño, ahora entiendo —se dirigió a la paciente—; entonces, no hay de qué preocuparse. Te veían en tu sueño, pero ya despertaste, estás en tu recámara con tu esposo y tu hija. Eso del sueño no volverá a pasar.

El médico deslizó las manos por el rostro de su amiga deseando tranquilizarla:

—Mira, aquí está tu cara. Ahora, con las manos vendadas, no la puedes sentir, pero yo la estoy tocando. ¿Sientes cómo te tocan mis manos? ¿Sientes?

—Todos me están viendo. ¿No ves cómo me miran? Quieren que me rompa. Papá es el primero que me quiere romper y cuando ya esté toda rota, se va a ir. Me va a dejar como la otra vez. ¡Me va a dejar sola, a mitad del lago! ¡Que se vayan! ¡Déjenme! ¡Que se vayan! ¡Me van a romper!

Blanca comenzó a llorar, haciendo muecas y gestos. Su mirada denotaba angustia. El miedo a romperse la hacía temblar como a una hoja.

Al médico no le fue posible convencerla de que todo lo sucedido en su mente no era más que producto de un sueño. En medio de la confusión, incapaz de distinguir entre la fantasía y la realidad, a Martín del Campo le preocupaba el sufrimiento de su paciente. Era necesario tranquilizarla a toda costa. Decidió recurrir a un calmante que la hiciera dormir.

—Voy a ponerte una inyección que te va a ayudar de inmediato. Te vas a sentir muy tranquila y, poco a poco, vas a dormir. Cuando despiertes, te sentirás mucho mejor.

En unos cuantos minutos, su amiga dormía plácidamente. Sus facciones relajadas la hacían verse hermosa de nuevo.

Patricia se acercó a la cama y le dio un beso. Se estaba despidiendo. Cada vez descubría un comportamiento distinto en su madre que la hacía despedirse. “Es otra, aunque siga siendo mamá”.

Alfonso tenía la impresión de que lo habían traicionado, le estaban tomando el pelo. Lo que habían explicado sobre la enfermedad de su mujer no se relacionaba con este cuadro que rayaba en la locura.

—¿Me puedes explicar qué está sucediendo con mi esposa? —se dirigió, agresivo, al médico.

Sergio se propuso guardar la calma y ser lo más explícito posible. Se sentía ofuscado; le había costado mucho esfuerzo aceptar la enfermedad de esa mujer aún demasiado joven para experimentar un trastorno incurable y fatal. Sentía una doble responsabilidad siendo, por un lado, el médico de cabecera y, por el otro, amigo cercano a la familia.

—Alfonso, será mejor que nos sentemos y analicemos, con toda tranquilidad, el caso de Blanca, paso a paso.

—¿El caso de Blanca? ¡No hables de mi mujer como si fuera un expediente! ¿Ya se te olvidó quién es tu amiga?

—¡Cálmate, papá! —intervino Patricia.

Patricia no encontraba dónde acomodar sus sentimientos. Tenía meses esperando esta conversación, sabía que algo terrible estaba ocurriendo en la mente de su madre; también le quedaba claro que no podría negar por más tiempo la enfermedad, después de la plática que habían tenido en el consultorio del médico, pero no esperaba que llegaría tan pronto este momento. No deseaba que irrumpiera la verdad. "Si tan sólo despertara y siguiera siendo la misma de siempre…". Nunca fue muy creyente. La familia, al menos por parte de su madre, provenía de republicanos españoles, sin embargo, en ese momento, deseaba rezar, pedir con todas sus fuerzas.

Martín del Campo se encontraba preocupado por Alfonso. Quería ayudarlo, pero su amigo se resistía a aceptar la verdad. Por breves instantes desfilaron ante su mente escenas de su juventud. Alfonso y él habían logrado una amistad a toda prueba; el universo que les rodeaba de niños se había acostumbrado a verlos siempre juntos; eran más que hermanos. Se recordó a sí mismo disfrutando de las vacaciones en el rancho de la familia de su amigo; recordó el abrazo sincero el día de la graduación, la felicitación el día de su boda y, en cada oportunidad, la eterna promesa de seguir unidos.

—Por supuesto que no se me ha olvidado quién es mi amiga. Tengo que confesarlo: para mí también es muy difícil aceptar que sea precisamente ella quien padezca esta enfermedad.

—¿Qué le está pasando? —insistió Alfonso—. Nos explicaste que Blanca tiene Alzheimer y que iba a olvidar cosas, ¿pero esto…?

Patricia los invitó a pasar a la sala; deseaba que su padre hablara con el médico, que resurgiera la confianza entre ellos. Salió rumbo a la cocina con el pretexto de prepararles un café, pero su intención era permitir a los dos hombres hablar a sus anchas. También necesitaba estar sola, aunque fuera por unos minutos. Le dio miedo perder el control de sus emociones y estallar en llanto delante de su padre, que ya tenía suficiente con su propia angustia.

—Alfonso —prosiguió Sergio—, en ocasiones relacionamos todas las demencias con Alzheimer, por ser el trastorno más común. No dudo que conozcas a alguien que lo padece o hayas visto alguna película donde se mencione; sin embargo, existen varios tipos de demencia con diferentes características.

—Entonces, ¿mi mujer no está loca?

—Por supuesto que no —respondió Martín del Campo—. Demencia es una palabra que por años se relacionó con locura, pero nada más lejos de la verdad. Este mal puede confundirse con depresión, anemia y varios trastornos. Sin embargo, después de observar su comportamiento, lo que ocurre es…

El médico procuró encontrar las palabras adecuadas, las que lo llevaran a dar un diagnóstico comprensible. Había que orientar a la familia sobre los cambios radicales que enfrentaría tarde o temprano.

Alfonso respetó el silencio. Más bien, se sentía aterrado de romper ese valiosísimo tiempo de espera. Tenía pavor de conocer el veredicto que lo haría víctima y culpable. Todos estos años previendo la vejez, con la absurda fantasía de que, por ser ella mucho más joven que él, cargaría con la responsabilidad de cuidarlo. El destino le tendía una trampa. "Blanca es una mujer llena de vida —pensó—. Yo tenía que haber enfermado, no ella".

—¿Entonces, Sergio? —preguntó Alfonso inquieto.

—No, no estoy seguro. La resonancia magnética da muy pocas señales de algún cambio, el electroencefalograma es normal, pero…

—¿Cómo? —interrumpió cada vez más desesperado—. ¿Todavía no sabes qué tiene mi esposa?

—Voy a ser honesto contigo —comentó el doctor—: por desgracia, la única forma de comprobar la enfermedad con absoluta certeza es mediante los vestigios que se aprecian en el cerebro de un enfermo que falleció. Mientras tanto, nos valemos de algunos estudios como los que hemos realizado, pero no son concluyentes, aunque los síntomas… Te suplico que no pienses que me atreví a darles un diagnóstico a la ligera.

—Supongo que no —Alfonso se sentía cada vez más confundido. Tenía la sensación de que la voz de Martín del Campo provenía de otra dimensión apenas audible, se refería a un paciente desconocido ajeno a su vida y a la de su familia. No lograba entender lo que el médico intentaba explicarle.

—Me imagino cómo te sientes. Yo, por mi parte, voy a ayudarlos en todo lo que me sea posible. Pero, como se los aconsejé en la consulta, deberían ver a un especialista. Alguien que esté más en contacto con la enfermedad; el doctor Augusto Suárez, por ejemplo, es considerado una eminencia.

Patricia regresó de la cocina, dejó la charola en la mesa de centro, invitando a los señores a servirse ellos mismos el café.

—¿Sabes, tío? Nunca imaginé que dar un diagnóstico fuera tan

complicado.

—Por desgracia, en lo que al cerebro se refiere, seguimos en pañales.

Alfonso se dirigió a la joven buscando apoyarse en ella.

—Tu mamá atravesó por una crisis nerviosa, pero no sabemos si algo más allá de la enfermedad pudo haberla causado. Necesito que revises los gabinetes, en sus cajones, en el clóset… Podría haber tomado algún medicamento que le hiciera daño. ¿Me comprendes?

—Sí, tío —contestó ella sin mucha convicción. Revisar las pertenencias de su madre le parecía irrumpir en un espacio privado, una falta de respeto que de ninguna forma hubiera cometido si no fuera un asunto tan serio.

—También es importante que des una ojeada a la cantina. ¿Faltan botellas? ¿Hay algunas que contengan menos de la mitad?

—Ahora sí se te pasó la mano —se sorprendió Alfonso—. ¿De dónde sacas que mi mujer bebe, si en veintitrés años que llevamos de casados, no recuerdo haberla visto tomar una copa jamás? Tal vez un digestivo, pero pensar en algo más serio, ¡por favor!

—Muchas situaciones que nunca sucedieron en su vida, ahora es muy factible que ocurran. El consumo excesivo de alcohol es uno de los síntomas de la enfermedad.

—¿Del Alzheimer? ¿No habías dicho que está relacionado con problemas de memoria? —preguntó Alfonso como si no hubiera escuchado el preámbulo.

—Creo que tendré que ser más explícito —afirmó el médico—. De acuerdo a la sintomatología, Blanca padece la enfermedad de Pick. Una demencia que ataca los lóbulos frontales y temporales del cerebro.

—¿Y eso qué puede provocarle?

—Los primeros síntomas no son la pérdida de la memoria como en el Alzheimer. En este mal, que por cierto no es muy común, aunque curiosamente se detecta más en mujeres y en edades tempranas, se ven afectados la personalidad y el comportamiento social.

—¿Podrías ser más claro, por favor? —insistió Alfonso—. Será mejor que también Patricia te escuche.

—Aquí estoy, papá. Algo entendí del principio, ¿enfermedad de Pick? Nunca he oído nada sobre eso.

—Se van a encontrar con una Blanca distinta. A veces agresiva y muy alterada cuando alguien la contradiga. Desinhibida, desorientada. En ocasiones dirá cosas con muy poco tacto; perderá su capacidad de

tomar decisiones, pensará que todos actúan en su contra y, por supuesto, no podrá manejar. Las llaves de los autos tendrán que desaparecer.

—Todo lo que dices, ¿qué tiene que ver con la habilidad de manejar? —Alfonso seguía escuchando sin aceptar.

—Le será muy difícil, prácticamente imposible, percibir los estímulos que la rodean. Se concentrará sólo en lo que se encuentre frente a ella.

Ante el silencio de sus interlocutores, quienes aún no podían creer sus explicaciones, el doctor prosiguió:

—Habrá días en que despertará muy cansada. Notarán que, paulatinamente, su forma de hablar será lenta, lo hará con dificultad.

—Por todo lo que dices —reaccionó Alfonso—, nosotros no vamos a ser capaces de atenderla. Tal vez será conveniente internarla. Cueste lo que cueste, quiero que reciba la mejor atención.

—Papi, no. Mamá se quedará en casa, nosotros la cuidaremos. Es más, si es necesario, dejaré la escuela, quiero dedicarme a ella.

—No, hija. No estoy dispuesto a que sacrifiques tu juventud, tu educación —Alfonso se veía preocupado—. No lo voy a permitir, aunque sea por cuidar de tu madre.

—Mira, papacito —reflexionó la joven—, desde que fuimos con el tío Sergio la primera vez y me explicó lo que iba a suceder, sólo quiero estar con ella, antes de que ya no sepa quién soy, quiénes somos. ¿Te das cuenta? Mamá nos va a olvidar.

—Pero, hija, dejar la universidad…

—No será necesario —intervino el médico—. Gracias a tu posición económica puedes contratar personal que te apoye aquí, en casa. Nos valdremos de una cuidadora y de una enfermera. Además, Paty tiene razón. Disfruten de ella mientras se pueda, mientras se acuerde de ustedes.

—Perdóname, Sergio, pero sigo confundido —comentó Alfonso—. ¿No explicaste que la enfermedad de Pick no tiene que ver con la memoria?

—Sólo en un principio. A medida que la enfermedad avance, los síntomas serán parecidos al Alzheimer. Olvidará palabras, situaciones, a sus seres queridos, hasta que pierda la capacidad de realizar funciones elementales como vestirse, comer, caminar…

—Me imagino que dejará de trabajar —reaccionó Alfonso—. Ni pensar en que siga dando clases… habrá que avisar a la universidad. ¿Cómo se lo vamos a decir a Mariano? Apenas es un muchacho.

—Debería preocuparte, también, cómo se lo vamos a decir a Blanca. Creo que todavía estamos a tiempo de explicárselo, porque ella querrá saber y será nuestra obligación tenerla al tanto de lo que le ocurre.

A Alfonso le parecía imposible imaginar la vida de su esposa sin actividad, convirtiéndose en una mujer cada vez más pasiva. “Como una anciana”, pensó.

—Tío, ¿no dicen que los pacientes con demencia no sufren? —preguntó Patricia.

—Ésa es una mentira generosa que algunos médicos regalan a la familia. Creo que, sin pensarlo mucho, yo mismo lo dije en alguna consulta y te pido disculpas por ello. Nada más lejos de la verdad. Los enfermos se preocupan, se sienten ansiosos, no comprenden lo que les está sucediendo y tampoco entienden por qué sufren cambios tan radicales en su forma de ser. Tienes toda la razón. Les aterra perder el control de su propia vida.

LUZ. **(lat. *lux, lucis*.) f. Agente físico que ilumina los objetos y los hace visibles.**

Esta vez, la palabra en el diccionario no llegó por azar. Mariano fue quien la dijo: es por la luz. Si bien creyó entender el concepto, no encontró en esa explicación somera relación alguna al ver su imagen reflejada en el pequeño cuadro. No importa. LUZ, apuntó en el cuaderno azul, luz voy a buscar.

LUZ. **(lat. *lux, lucis*.) f. Agente físico que ilumina los objetos y los hace visibles.**

¿Cuándo empezó esta obsesión por la cámara fotográfica? No comprendía por qué le parecía importante retratarlo todo, aunque, por supuesto, se daba cuenta de que podía ver algo ya conocido, convertido en imagen. Y la luz, ¿de dónde salía? Es por la luz, Mariano fue el que lo dijo.

Blanca ya no era capaz de responder a estas interrogantes ni a muchas otras. Las palabras se habían quedado huecas, como si estuvieran desnudas. ¿Cuándo empezó esta obsesión por la cámara fotográfica? No lo sabía; sin embargo, el aparato estaba siempre cerca de ella, como una extensión de su brazo, su mano o su ojo. ¿Una extensión de su cerebro?

Es por la luz. Así dijo Mariano.

Después del largo sueño provocado por los tranquilizantes, Blanca despertó renovada, feliz. La embargaba el deseo de continuar con su vida, proseguir en el momento en que la había dejado.

Se sorprendió cuando captó el rostro de Patricia inclinado hacia el suyo, como si ella fuera un pozo donde hay que asomarse.

—Hola, mi vida, ¿no vas a la escuela? —dijo Blanca la frase automática, tantas veces repetida.

—No, mami, ya es tarde, son casi las cuatro.

—¿Las cuatro? —respondió en eco—. Las cuatro, ¡qué tarde! Hay

que preparar el cumpleaños, no vayan a llegar los invitados. ¿Recogiste mi vestido?

—¿De qué hablas, mamá?

Blanca empezó a actuar con nerviosismo. Se agitaba en la cama, se alisaba los cabellos como si algo la molestara. Se incorporó de manera abrupta, haciendo las cobijas a un lado.

—No fuiste por mi vestido y ya va a llegar tu hermano. ¿Pediste el pastel? A ver si las mesas están listas. ¡Lupe!

—Mamá, ¿tienes hambre? No has comido nada desde ayer. ¿Quieres que te traiga una sopa? —la hija trató de desviar su atención y dejar olvidado el asunto del cumpleaños, pero su madre insistía.

—¿No arreglaron las mesas? Mejor bajo. Es increíble, en esta casa, yo tengo que ocuparme de todo.

Se puso la bata y bajó las escaleras a saltitos, dando muestras de una energía inusual. Buscó en el comedor y en la sala. No encontró las mesas dispuestas como esperaba.

—¡Qué fregadera! No hay mesas y ya son las cuatro. ¡Lupe! Esta desgraciada cada día me hace menos caso.

La joven respondió al llamado, feliz de ver a la patrona recuperada. No entendía para qué la hacían dormir tantas horas, casi un día completo.

—Señora Blanquita, ya anda usted otra vez por aquí.

Blanca comenzó a interrogarla acerca de unas mesas, pero ella no comprendía de qué hablaba la señora, tampoco le habían avisado nada de un cumpleaños.

Patricia tuvo que aclarar la situación; temía que su madre reaccionara violentamente contra la sirvienta.

—Mamá —dijo con firmeza—, aquí nadie ha alquilado mesas o sillas. Y que yo recuerde, ninguno de nosotros cumple años en mayo. Lo que viene es el día de las Madres, así que tú serás la festejada.

Escuchaba a su hija, mas no podía creer lo que decía con tanta seguridad.

—¡Qué mala eres! No quieres festejar a tu hermano. Él es tan lindo con todos. A ver si le gusta la chamarra que le compré.

—¿La chamarra negra de piel? —indagó Patricia, incrédula.

—No le digas… la tengo escondida en el clóset.

—¡Ay, mami, claro que le gustó esa chamarra, pero se la diste hace mucho! La fiesta de Mariano fue hace meses, mamá. El 16 de agosto y ya estamos en mayo. ¡Hace nueve meses!

—Hija, me estás diciendo mentiras. No digas mentiras, no es bonito

decir mentiras.

—No, mamita, no estoy mintiendo. Te juro que la fiesta de mi hermano fue hace mucho.

—Hija, no es bonito decir mentiras.

—Ya sé, mamá. Es la verdad, la fiesta de Mariano ya pasó.

—¿En serio? ¿Por qué no me avisaron? Yo tenía ganas de darle un abrazo a tu hermano.

A pesar de la duda, la única opción de Blanca era confiar en su hija. La sentía emocionalmente cerca, la reconocía. Por eso podía creerle. A medida que pasaba el tiempo, Paty se convertía en una especie de lazarillo, capaz de guiarla a través de la extraña ceguera que empezaba a padecer.

—Ahora hacen todo a escondidas para que yo no me dé cuenta. ¿Qué les costaba avisarme?

—Pero, mamita —contestó Patricia, intentando controlar su impaciencia—, tú sí estuviste en esa fiesta, ya pasó hace mucho. Es más, bailaste feliz con todos los amigos de mi hermano.

Blanca abría los ojos llenos de asombro. Esa reunión, si alguna vez existió, se había convertido en una nube oscura en su memoria. No recordaba ningún detalle, no tenía pista alguna que le permitiera verificar si realmente estuvo en el cumpleaños bailando con los jóvenes.

—¡Mami, tú sales en las fotos!

A Patricia le emocionó encontrar una forma de demostrarle a su madre los hechos. Se dio cuenta del alcance que tendría la cámara fotográfica. “Le ayudará a recordar, suplirá lo que su memoria ya no puede registrar”.

—En cuanto llegue Mariano del club, le pedimos que saque el álbum de la fiesta —se dirigió feliz a su madre—. Te ves guapísima en esas fotos.

LUZ. **f. Agente físico que ilumina los objetos y los hace visibles.**

Miró con detenimiento cada una de las fotografías. Sí, ahí estaba ella. Aún podía reconocer su imagen impresa en el papel. El vestido azul de seda que tanto le gustaba, el cabello recogido, aunque no demasiado; los aretes que Alfonso le había regalado en Navidad; su sonrisa abierta, a todo lo ancho.

—Qué bonita fiesta, ¿no?

Blanca pensó que le hubiera gustado mucho haber estado en el cumpleaños de su hijo. Qué triste, yo sólo estuve en la foto.

—¿Sabes qué decían mis amigos? —comentaba Mariano al mostrarle los retratos—. Que no hay mamá más guapa que tú.

Observó las distintas imágenes y una en especial llamó su atención. Sonreía al lado de una mujer un poco mayor que ella, elegante y de rostro agradable.

—¿Quién es? —preguntó—. ¿La conozco?

—Claro, mamá, es la licenciada Lorena, tu amiga del despacho, hace poco vino a saludarte.

Por unos segundos, Blanca se quedó pensando si realmente reconocía esa imagen. Qué extraño, nunca viene, será que no es mi amiga. No, yo no la conozco.

—A ver, mi hijito, cuéntame de la fiesta —rogó Blanca.

—Llegué a la casa y ya estaban esperándome. Sabía que algo preparaban, pero no me las olí que vendrían todos mis cuates.

Mariano pasó la tarde platicando a su madre sobre la fiesta, intentando hacerla recordar. Contemplaron varias veces las fotografías, observaron los detalles en cada una y mencionaron, hasta el cansancio, los nombres de los invitados, los platillos que se sirvieron —desde las entradas hasta los postres—, la música y los bailes. Recordaron a Blanca enseñando a las niñas los pasitos de sus tiempos, los mismos de ahora con otros nombres y con música parecida.

—¿Mi hijito, me cuentas cómo estuvo la fiesta?

A medida que se repetían los detalles y surgían otros, la historia se iba convirtiendo en una leyenda que fascinaba a Blanca.

—A ver, mi hijito, ¿cómo estuvo la fiesta?

La voz de Mariano la transportaba a un relato no vivido, a la fantasía maravillosa de su infancia, al cuento de hadas. La princesa Blanca, tomada de la mano del apuesto príncipe, inicia el baile. El salón es suntuoso, las cortinas de brocado rojo cuelgan de los enormes ventanales, no como en el patio de la vecindad con papelitos de colores. Su vestido azul aqua es de seda pura. Nada comparado a los que le cosía su madre de los retazos que sobraban, siempre acomodando un lazo o un moño. La música lucía el brillo de la noche, la envolvía en su cadencia, la hacía girar sin descanso. La princesa Blanca sonreía: la historia de la danza eterna.

—Mi hijito, ¿me cuentas cómo estuvo la fiesta?

ILUMINAR. **Dar luz o claridad. // Adornar con luces. // Dar colorido a figuras. // Ilustrar el entendimiento.**

Blanca se preguntó si era posible dar luz. Encendió las lámparas de su buró y las de su cuarto, pero no fue suficiente. Salió a iluminar el pasillo, las habitaciones de sus hijos, la sala y el vestíbulo; observó, complacida, la araña del comedor destellando en cada uno de sus prismas.

¿Cómo se podía dar luz? Imaginó a Lupe ofreciendo pequeñas chispas en platitos de cristal. ¿Señora, gusta una lucecita? Si pudiera beberse… ¿a qué sabría? Tal vez dulce, como la miel, tan parecida a las llamas ambarinas. Regresó a su habitación. Encontró las velas de olor que coleccionaba, adornando la cómoda del baño, y decidió encenderlas. Al fondo del cajón descubrió, satisfecha, la cajita de cerillos. Fue prendiendo, una a una, y las acomodó ordenándolas por tamaños. Disfrutó del olor dulzón que desprendían. Al inclinarse vio, maravillada, las luces multiplicarse en los espejos. Quiso retener una de las flamas entre sus manos, como si aprisionara una luciérnaga, pero el dolor la hizo apartar las palmas casi de inmediato. No se puede atrapar. Quema.

Pensó soplar las mechas y apagarlas, pero le fascinó la magia reproducida infinitamente en los espejos, que habían sido colocados para mirarse de frente o de perfil. Gracias a su aliento tan cercano, las llamas parecían temblar subiendo y bajando de intensidad. Llenaban, saltarinas, el espacio: multiplicadas, incansables. Blanca se acercó a ellas; un calor suave la invadía. Miró en el espejo. En medio de las velas, sobresalía el brillo de su propia imagen. Sus mejillas enrojecidas por el calor la hacían verse hermosa. Sus ojos brillaban humedecidos, se convertían en dos fulgores vivos; dos centellas. Por ahí entra la luz y se reparte. Se da luz con la mirada, comprendió.

Sintió una felicidad plena. Había hecho un importante descubrimiento. Los ojos dan luz. Era preciso anotarlo, no quería olvidar este momento. Los ojos dan luz, lo escribiría en su cuaderno. Después apagaría las velas y las demás lámparas que había dejado encendidas por toda la casa.

No. Espérate. Antes de hacerlo quería guardarse en el pequeño cuadro de la cámara, así podría verse muchas veces. Captar la imagen de su rostro entre resplandores. Entonces sí, la cámara tendrá luz por dentro, como dijo Mariano. Acercó el aparato al espejo, aunque, contra su expectativa, no alcanzó a ver su rostro. Vio su mano sosteniendo un artefacto rodeado de velas. No sirve, no se vale. ¿Dónde quedaron mis ojos de luz? Procuró tomar la imagen desde abajo. Irguió el pecho y sorprendida miró, a través del espejo, su

cuerpo recargado en el mueble del baño. Algo extraño sucedía. Las luces se le escabulleron, había una hoguera encendida en su interior, del lado izquierdo, muy cerca del corazón. ¿Cómo se me habrá metido toda esa luz?

Decidió tomar la fotografía de su torso rodeado de luces, pero al acercarse al espejo, y mientras intentaba enfocar, volcó varios de los frascos de cristal donde estaban las velas contenidas. En su intento de recogerlos y apilarlos de nuevo, no se percató de que la manga de su blusa se encendía con una de las velas. Su primera reacción fue sacudirla, deshacerse de esa flama que ardía, pero no lo logró. Ante el dolor intenso Blanca, asustada, empezó a gritar; revivía una angustia primitiva que la hacía sentirse indefensa, pequeñita, sola en el mundo.

—¡Mamá! —gritó, atemorizada—. ¡Mamita!

Patricia, alarmada, entró en la habitación. En un instante se percató de lo ocurrido, de la cera vertida y del brazo que ardía.

—¡Dios mío! ¡Mira nada más! ¿Para qué querías prender todas esas velas? —gritaba, al tiempo que metía todo el brazo de Blanca bajo el chorro de agua.

Blanca, angustiada, señalaba su mano, mientras seguía gritando.

—¡Mamá, mamacita!

—¿Te quemaste? ¡Qué bárbara, te quemaste horrible! —Patricia procuró hablar con paciencia—. Ay, mami, ¿y ahora qué hacemos? No, no muevas el brazo del agua, mejor que te caiga mucho tiempo. ¿Te duele? —puso la mano de su madre debajo del grifo—. No la quites. Así quédate un ratito.

Después de unos momentos y al darse cuenta que no aminoraba el dolor, la hija decidió no perder más tiempo y llevarla al médico.

—Que te vea el tío Sergio de una vez; si no está, te llevo a urgencias. Te ayuda el agua fría, ¿verdad? Mójala otro poco.

Blanca lloraba, ahora quedamente. A pesar del dolor inexplicable, sentía consuelo al tener cerca a su hija.

—Ándale, mamá, vamos, para que te atiendan rápido.

La joven se quejaba para sus adentros mientras sacaba el suéter de su madre y buscaba las llaves del coche. “Si al fin que no importa —mascullaba en voz baja—, yo no tengo nada que hacer más que llevarte todos los días al doctor. ¡A ver a qué horas regresamos! Con el tareón que me dejaron, voy a acabar a las quinientas de la noche. Ésta la tengo que entregar a fuerzas, si no, me van a tronar”.

—Vamos a apurarnos, mientras más pronto te curen, mejor.

Blanca la siguió sin dudarlo. ¡Le parecía igualita a su hija! Habla

como Paty. Camina como Paty.

Dócilmente se dejó poner el suéter que la joven eligió para ella. Estaban a punto de salir de la casa cuando, en la puerta, sintió que algo le faltaba.

—¿Y mi bolsa? Quiero mi bolsa.

Patricia trató de convencerla, le preocupaba que hubiera mucho tráfico para llegar a Palmas y se infectara la herida.

—No la necesitas, ma. Yo llevo la mía y con mi chequera pagamos la consulta.

—Tráeme mi bolsa —insistió Blanca—. No se debe salir sin bolsa y sin dinero.

—Pero, mamá, ¿para qué la quieres? ¿No ves que vamos al doctor? Mientras más pronto te curen, mucho mejor.

—Yo no voy sin mi bolsa. No se debe salir sin bolsa y sin dinero.

—¡Mami, por Dios! Si lo que tenemos es prisa de llegar a que te atiendan. ¿No te duele?

—Yo sin mi bolsa no salgo. Yo no voy sin mi bolsa. No se debe salir sin bolsa y sin dinero.

Al ver que Blanca seguía firme en su actitud, la hija se dio por vencida.

—Está bien, voy por ella corriendo. Tú aquí espérame, que se nos hace tarde.

Patricia había aprendido, durante esos meses, que era más fácil seguirle la corriente que engancharse en discusiones que no llegaban a ninguna conclusión. Subió por una bolsa al vestidor y sin darle importancia al hecho de que estuviera vacía, se la dio a su madre quien, para su desgracia, se dio cuenta inmediatamente del engaño.

—¡Rateros! ¡Cabrones! ¡Me robaron mi dinero! —exclamó Blanca, angustiada, al abrir y no encontrar su cartera.

—Cálmate —intentó explicar Patricia—, nadie te robó nada. El monedero está en el cajón de tu escritorio, si quieres voy por él.

—Me faltan más cosas —Blanca, angustiada, hurgaba dentro—. Siempre pongo aquí el… el…

Después de una larga pausa, no pudo recordar qué más le hacía falta.

—El… y la… —se angustiaba aún más al no recordar.

—No te preocupes, ahorita te traigo todo lo que necesitas —dijo Paty.

Fastidiada ante tanta exigencia, la joven subió de nuevo a la recámara y preparó la cartera con todo lo que se le ocurrió. En el

monedero puso algo de dinero y metió un pequeño estuche de maquillaje, un paquete de pañuelos desechables y el teléfono celular… el celular, pensó que era buena idea. Tal vez le recordaría algo.

Todavía no salían de la casa y la hija ya estaba agotada. Emocionalmente tenía que realizar un gran esfuerzo para aceptar las demandas maternas. Debía lidiar con su sorpresiva inmadurez y tolerar sus berrinches cada vez más frecuentes. Cuando decidió asumir la responsabilidad de enfrentar la demencia de su madre, no imaginó el trabajo titánico que suponía estar pendiente de ella, día y noche.

El cerebro de su madre, repleto de ideas impredecibles, retaba a su inteligencia, sus actos escapaban a su vigilancia. Ante las infinitas ocurrencias, su preocupación parecía no ser suficiente, tampoco el amor incondicional que sentía por ella, mucho menos la buena voluntad. Nada bastaba. La joven subió al auto y azotó la puerta. Se veía molesta y nerviosa, a punto de perder el control.

Por su parte, Blanca no podía comprender por qué su hija se alteraba de esa forma exagerada. Ni por asomo se le ocurría pensar que el asunto tenía que ver con ella, aunque a veces, más que razonarlo, lo sentía. Le daba tristeza mirar su pecho cerca del corazón. Ella no tiene su luz prendida como yo. Está enojada y se le apagó.

La llama alcanzó a quemar hasta la segunda capa de piel. El doctor Martín del Campo cortó la manga de la blusa con unas tijeras, limpió y desinfectó la herida. Aplicó un corticoide y xilocaína, para desinflamar y disminuir el dolor. Vendó el brazo de Blanca con el propósito de evitar una infección. Se preguntaba cuál sería el episodio a seguir en el desarrollo de la historia. Cuántas veces tendría que rescatar a su amiga de un accidente: “Algunos serán fácilmente reparables como en este caso, mientras que habrá otros que ya no tendrán remedio”.

—Disminuye el dolor, ¿no es así? —preguntó a Blanca, al tiempo que la acompañaba a sentarse frente a su escritorio—. Debes ser más cuidadosa. Es mejor que no tengas velas ni cerillos.

Ella lo miraba, avergonzada. Hubiera querido explicarle al doctor… ¿qué le quería explicar? Bajó la cabeza. Sentía un miedo extraño; se daba cuenta de su dificultad para definir sus ideas y convertirlas en palabras. Sergio percibió su turbación, su expresión triste, su angustia. Notó que lo evitaba. Decidió añadir un medicamento más a la lista. Un ansiolítico ayudaría a disminuir la inquietud y parte de la confusión.

—¿Qué ha recomendado el geriatra? —preguntó el médico, dirigiéndose a Patricia—. Me extraña que el doctor Suárez no se haya comunicado conmigo.

Patricia, nerviosa, titubeaba. Apenada, no sabía qué decir ni cómo empezar a explicarlo, así que prefirió responder con la verdad, aunque procuró suavizarla un poco.

—Papá dijo que mejor tú la vieras; según él, no hace falta otro médico.

—¿Eso dijo tu padre?

Martín del Campo se mantuvo en silencio por unos segundos. Le molestó la falta de atención, porque en casos de demencia prematura, el tiempo es decisivo para detener el avance de la enfermedad. No comprendía la actitud de renuncia de su amigo, vencido aun antes de luchar.

—Qué extraño, yo mismo le recomendé ver al doctor Suárez, quien es de toda mi confianza.

—Sí, tío, pero ya sabes cómo es mi papá.

El médico intentó ponerse en el lugar de su amigo. También él se hubiera resistido a aceptar el problema, si su mujer fuera víctima de una enfermedad irremediable. "Es doloroso comprender que, a pesar de todo el poder o el conocimiento, hay situaciones que escapan a nuestro control; no contamos con la sabiduría, ni con las herramientas necesarias para solucionarlas. Por desgracia, la vida nos hace recordar, a cada minuto, que somos sencillamente humanos; aunque llegar a esta conclusión nos llene de frustraciones, hay que aceptar con humildad y repetirnos cada día, hasta machacarlo en el cerebro: "No somos dioses".

Sergio Martín del Campo lo sabía por experiencia. Para ningún hombre es fácil admitir que la mujer con la que se ha compartido la vida padece una condición de esta naturaleza. El proceso era largo y complicado. Alfonso actuaba de forma por demás normal: se daba una tregua negando el padecimiento de su esposa. Por otra parte, el médico estaba convencido de la urgencia de proseguir con el tratamiento. A pesar de haberla medicado, estaba consciente de que la enfermedad de su amiga no era su especialidad. La demencia debía trabajarse en equipo. Juzgaba imprescindible la intervención de un geriatra y de un neurólogo. Blanca, de acuerdo a los últimos acontecimientos, necesitaba atención personal. Era preciso contratar enfermeras de confianza.

—Tendré que hablar con él, me imagino que no es fácil —añadió el

doctor, intentando tranquilizar a Patricia.

Blanca se sintió inquieta. ¿Qué decía el doctor? ¿Por qué tenía que hablar con Alfonso?

Sergio se dirigió a su paciente dedicándole la acostumbrada sonrisa profesional de “todo va a estar bien”.

—Mira, linda, aquí está tu nueva receta. Estos medicamentos son muy necesarios, los debes tomar una vez al día, por la noche. No puedes olvidarlos, te van a ayudar mucho. Es más, que Patricia te los dé, así sirve que se acompañan un poco antes de dormir.

El médico las escoltó a la sala de espera y, con un falso ademán, pretendió dar la impresión de que había olvidado algo, le pidió a Blanca “esperarlo un momentito” sentada en el sillón de piel. Depositó una revista de moda entre las manos de su amiga y regresó al cubículo en compañía de Patricia.

Debía plantear la situación en toda su complejidad y sabía que, en esa familia, la hija sería su única aliada. Así que entró al cubículo con la joven y cerró la puerta.

Blanca, molesta, hizo a un lado la revista. Las preguntas sin respuesta empezaron a rumiar en su mente. Le extrañó que la dejaran fuera del cubículo cuando, obviamente, ella era la que necesitaba del médico. Yo me quemé, a mí me duele. ¿Qué tiene que hablar con ésa, por qué me dejan aquí sola?

También le inquietó el hecho de que el doctor quisiera llamar a Alfonso. Seguro me va a acusar, qué poca, es un chismoso, todos son unos malditos.

Cada día, un poco más, Alfonso dejaba de ser su pareja para convertirse en la imagen de un padre que premia o castiga. Durante años se había rebelado ante esta situación autoritaria y a la vez simbiótica. Sin duda, Alfonso había sido su compañero, el hombre capaz de llenar todas sus necesidades afectivas. Tenía su encanto enamorarse del jefe, del hombre poderoso, exitoso en su profesión, por supuesto, sin olvidar lo que ofrecía: la sólida plataforma capaz de proporcionar el nivel económico que tanto anheló y la seguridad que añoró con nostalgia cuando niña. Y ahora Alfonso se va a enojar por culpa del doctor y de la metiche que se quedó hablando a solas con él. Se levantó a interrumpirlos. Si me quieren decir algo, que me lo digan en mi cara.

Blanca abrió la puerta intempestivamente; justo cuando Sergio resumía la plática en tres palabras:

—Habrá que vigilarla.

—¿A quién hay que vigilar? ¿Yo necesito vigilancia?

El médico intentó salir del paso.

—Me refiero a vigilar la dosis de los medicamentos. Es muy importante que los tomes como indica la receta.

—¿Y para decir eso me dejaron afuera? ¡No me trates como si fuera una imbécil!

Patricia procuró evitar la confrontación con Martín del Campo. Ya había presenciado los arranques de su madre en otras ocasiones y sabía que la única manera de evitarlos era dando un giro a la conversación.

—¡Mami, vámonos! ¡Es tardísimo! Yo tengo un montonal de tarea y si no la termino, me van a reprobar.

La joven tomó las llaves del coche y con un gesto cariñoso y a la vez firme, logró sacar a su madre del consultorio médico.

Blanca intuyó que se tramaba una confabulación en su contra. Se habían puesto de acuerdo para vigilarla. El doctor va a hablar con Alfonso y ella también va a hablar con Alfonso y me van a encerrar. Me van a vigilar como si fuera una ladrona. Se han vuelto unos desgraciados, unos malditos, me quieren hacer daño, me quieren lastimar, desgraciados, malditos, desgraciados malditos.

Una nueva idea se instala en su mente. Le da vueltas, va y regresa, no la deja tranquila. Su voz interior se ha propuesto fastidiarla. Susurra constantemente un eco apenas perceptible: escápate, escápate, escápate. Vete y no regreses, sal por la puerta, por la ventana, vuela por el techo, escápate, libérate, aléjate. Corre hasta lo más lejos donde no haya casas, ni ruido, escabúllete hacia la nada, hacia la luz que deslumbra y ciega. Escápate, huye, aléjate, libérate, escápate, escápate, vete, huye a lo más lejos, escápate.

La ronda nocturna empezó más temprano que de costumbre. Hacía tiempo que Blanca despertaba sin razón aparente, vestía su bata sobre el pijama y salía de la recámara procurando no hacer ruido. Vagaba por la casa como una aparición. Descendía las escaleras muy despacio, cruzaba la sala, abría con sigilo la puerta del desayunador y seguía hasta la cocina, desde donde se escabullía al jardín para caminar sobre el pasto húmedo y sentir las plantas de sus pies entumecerse de frío. A veces bailaba por el simple gusto de percibir su cuerpo en movimiento. La embargaba una excitación nueva que no era capaz de definir con palabras: la alegría de saberse viva.

La familia, acostumbrada al sueño inquieto de Blanca y a sus pasos recorriendo las habitaciones, dormía sin más preocupación que recuperar el vigor necesario para enfrentar el día siguiente.

En cambio, para ella, esta noche es distinta. No le interesa salir al jardín y mucho menos disfrutar descalza del pasto húmedo de rocío. Camina rítmicamente, marcando con fuerza el paso y, centrada en sí misma, se abraza; intenta protegerse. Mantiene la mirada en un solo ángulo, fría y perdida, inexpresiva. Contrae los músculos, aprieta la mandíbula hasta sentir dolor en las sienes, restriega sus manos como si las estuviera lavando constantemente y camina, se desplaza, continúa con la marcha interminable, pisada a pisada.

Siente que una angustia tenaz la sofoca; casi le impide respirar. Es el miedo al encierro. Ellos me van a vigilar, me quieren hacer daño. Desgraciados, malditos, malditos desgraciados. Así que decide obedecer a la pequeña voz que, implacable, insiste en la única salida. Tengo que escapar. Malditos, desgraciados.

El clamor es tajante, atroz, no hay alternativa. Debe irse, lo más lejos, donde nunca la encuentren.

Regresa a su recámara que permanece oscura, y se orienta gracias a los resoplidos esporádicos del hombre que ronca por momentos. Entra al vestidor y cierra la puerta antes de encender la luz, así Alfonso no se dará cuenta.

Se quita la bata y, aún vestida con el camisón, se pone un traje deportivo. Los pantalones debajo de la ropa de dormir, la chamarra encima. Saca sus calcetines gruesos y unas pantuflas; le servirán para caminar largas horas. Anuda en el cuello una elegante mascada de seda, adquisición de su viaje al Oriente.

No le interesa peinarse, tampoco se lava la cara ni se cepilla los dientes. Los rituales de limpieza van quedando rezagados a segundo plano. Utiliza las palmas para alisar su cabello con un movimiento más bien reflejo, sin intención alguna de arreglo personal. Se acerca a Alfonso y lo mira dormir por unos segundos. Recorre las habitaciones de los hijos, contempla a Mariano y sonríe. En cambio, al ver a Patricia, confirma que es necesario partir. La observa con remordimiento, como si la acabaran de descubrir en falta y, sin volverse, se despide de ella.

—Adiós, mamá.

Justo antes de abandonar la casa, recuerda su bolsa. No debe salir sin bolsa y sin dinero. Registra varias de las carteras apiladas en su vestidor, hasta que encuentra lo que busca. El fino maletín de mano

que todavía contiene su pasaporte y el grueso fajo de billetes que, meses antes, había sustraído de la caja fuerte.

Intenta abrir la puerta principal, pero la encuentra cerrada con llave. Por un instante recuerda sus escapadas desde el jardín y la pequeña puerta de hierro que utiliza el personal de servicio. La buena suerte la acompaña, han dejado la llave puesta con el fin de no olvidarla, así que le resulta sencillo abandonar la casa de tantos años. Sin embargo, al momento de salir, un instinto la frena. Siente como si alguien le hubiera puesto una mano en el hombro y le ordenara detenerse. Mira a su alrededor. La oscuridad y el silencio la asedian. Un miedo indescriptible termina por invadirla. Intenta volver a la casa, pero ya no es posible abrir la puerta. El cerrojo ha funcionado por dentro y por más que trata, su mano no cabe entre los barrotes.

No sabe hacia dónde dirigirse y todo su cuerpo tiembla fuera de control. Es mejor pensar con calma, respira. Se sienta en un rincón, sobre el maletín, a un lado de la entrada de su casa, y espera. El frío de la madrugada arrecia y su ropa es demasiado ligera para protegerla. Trata de guarecerse. Mete las dos manos en los bolsillos del pantalón, se encorva, saca las manos, abraza sus rodillas y se mantiene envuelta en sí misma, en posición fetal. Baja la cabeza, se cubre con la mascada intentando convertirla en una pequeña cobija, cierra los ojos y espera. A pesar del frío, el sueño termina por ganar la batalla. Blanca duerme, en medio de la oscuridad de la noche, iluminada levemente por el farol de la casa vecina.

La misma incomodidad la despierta; el día empieza a clarear. Bajo la luz del amanecer, todo parece más fácil. Sonríe, complacida. Le fascina la gama de colores que embellece el cielo. Jamás había visto la perfección en todo su esplendor y en toda su humildad. Es el día que acaba de nacer, es ella, que acaba por salir de la oscuridad y nace también.

A lo lejos se aprecia la Avenida Reforma con su todavía escaso movimiento. Algunos automovilistas desmañanados que van al trabajo a horas tempranas cruzan la avenida. Varios camiones escolares comienzan su ronda, espabilan a los niños, quienes esperan con sus nanas al frente de las mansiones. Blanca, contenta, observa el trajín cotidiano y camina hacia la avenida. Piensa que le gustaría ser dueña de un destino como todos los demás. Tener un trabajo, asistir a una escuela, vender los periódicos que ahora avientan desde una camioneta, o acomodar las flores recién cortadas. Su vida profesional hace tiempo que se desvaneció. Paulatinamente desaparecieron el

coche, el monedero, su portafolio, su título y sus casos en la Corte. Yo ya no tengo nada. Me voy a subir al primer camión que pase, aunque no sepa a dónde va.

Adiós.

Espera varios minutos, pero no aparece ningún autobús. Son pocos los que transitan a estas horas y los que llegan pasan de largo, repletos. Los pasajeros la miran asombrados, aunque ella no entiende por qué la señalan.

Al fin, divisa un automóvil con un letrero rojo que indica LIBRE, Blanca comprende y hace la parada.

—¿A dónde la llevo?

—Al trabajo.

El chofer la observa curioso.

—¿Trabaja usted?

—Sí —contesta ella segura de sí misma—. En la Facultad.

—¿Trabaja usted en la universidad?

—En la UNAM, lléveme a la UNAM, por favor.

El hombre se pregunta si esta mujer vestida de manera estrafalaria tendrá suficiente dinero para pagar el pasaje. Recorrer el trayecto desde las Lomas hasta el sur merece la garantía de una paga segura.

—Sale bastante caro de aquí a la UNAM. ¿Tiene dinero para pagar?

Blanca saca del fajo de billetes, tres de quinientos pesos.

—¿Alcanza con esto?

El conductor se sorprende ante la enorme cantidad de dinero pero aprovecha la ocasión.

—Falta.

Ella saca otro tanto de billetes y se los entrega al chofer quien, sin decir una sola palabra, asiente y empieza a conducir rumbo a la universidad.

SEDANTE. **p. a. de sedar. Que seda. // adj. Sedativo.**

Comprendió que la diferencia radicaba en lo que podía verse desde la ventana. Recuerda con aprensión que, cuando niña, su casa de varios meses —si así se le podía llamar al cuartucho oscuro de los triques— no tenía un orificio siquiera. Imposible asomarse y evadir la noche perpetua.

Varios años después, la ventana de la vivienda daba a un estrecho callejón. Todas las mañanas miraba los desperdicios acumulados, las botellas de licor vacías y las colillas de cigarro, restos de una noche de juerga que se filtraba por los huecos, como el frío, impidiendo su

descanso. Era apenas una adolescente cuando lo decidió: resolvió que deseaba ver un jardín florido cada vez que despertara y sólo percibir el silencio. Su madre se burlaba un poco.

—Tendrás que trabajar hasta caer exhausta o, en todo caso, casarte con un millonario.

La broma quedó olvidada hasta que se cumplió. El jardín irrumpía en su recámara a través de la terraza. Podía contemplar, sin temores, los geranios en flor y los pequeños retoños del árbol de durazno. Blanca era dueña de cada estación, convencida del continuo renacer del universo.

Últimamente su hermoso jardín se desvanecía al grado de no poder disfrutarlo. Un hoyo negro aumentaba hasta amenazar con ahogarla. Veía con desesperación la negrura crecer, viajaba dentro de su cuerpo, incitándola a la destrucción, a la nada. Su mirada, antes inquieta, perdía vivacidad, se diluía en el paisaje que ahora aparece lúgubre y sombrío.

—Veo muy triste a la señora —dijo a Alfonso la mujer de la bata blanca—. Será conveniente consultar al doctor Martín del Campo. Si prefiere usted, licenciado, yo puedo llamar al médico.

—Comuníquese hoy mismo, señorita Ana Lilia.

Alfonso salió apresurado de la habitación de su esposa, después de despedirse con un beso lanzado al aire.

Hacía apenas unas cuantas semanas que la señorita Ana Lilia, la de la bata almidonada y la cara tiesa, se dedicaba a cuidar de la señora Blanca Hernández de Montijo. Había encontrado la casa idónea para estar a cargo de una mujer muy rica y todavía joven, víctima de una enfermedad de viejos en un cuerpo sano. El mal prometía durar varios años. Durante un buen tiempo no tendría que sufrir la angustia de quedarse sin trabajo. Podría respirar tranquila, sin verse obligada a pedir prestado o a recorrer la ciudad en busca del sustento diario. "Vivir al día" le parecía una frase odiosa, más aún desde que la abandonara el marido con el pretexto de ir a buscar suerte "al otro lado". Una mujer sola, como ella, debía velar por el bienestar de sus tres hijos pequeños, sin más ayuda que su título de enfermera y la agudeza de su inteligencia.

La experimentada enfermera sabría sacar buen provecho de la situación. Poco a poco y a medida que tomara las riendas, la paciente sería abandonada por la familia que, para su sosiego, aprendería a apoyarse en ella, siempre en ella.

El proceso es por demás sencillo: hacerse indispensable,

proporcionar, de inmediato, la solución a cada una de las dificultades que se presenten y convertirse en la sutileza personificada. Deberá mantener a la enfermita contenta y bien atendida, hasta lograr la confianza absoluta y el control total. Sabrá ser dulce, respetuosa y amable, aunque le fastidie el sitio que le han asignado, al lado de la sirvienta, sin derecho a departir en la mesa de los patrones, como si ella pudiera ser comparada con una doméstica ignorante, sin estudios y roce social. De ninguna manera piensa caer tan bajo: "Ni cocino, ni lavo trastos; tampoco hago la limpieza. Yo sólo me encargo de la señora".

SEDANTE.

Blanca escuchó a la enfermera hablar con el médico y pedir un *cedante.* Así como suena, sedante. Escribió la palabra en la pequeña libreta de notas que quién sabe quién había dejado en su buró. Por supuesto, en la hoja final donde nadie la viera. Tendré que buscar cedante, pero… ¿en dónde? Decidió buscar dónde buscarlo, en cuanto la mujer de blanco saliera de su cuarto. Cedante, apuntó de nuevo en cuanto la mujer se distrajo.

Ana Lilia necesitaba disponer de unas cuantas horas por la mañana, así que había decidido dejar a la señora Blanca lo más tranquila posible. Pensó que, en definitiva, le haría bien descansar a esta enferma tan inquieta y demandante.

Después de unos días, entendió que no era lo mismo cuidar a un anciano víctima de demencia senil, con una condición física de por sí deteriorada, que estar al pendiente de una mujer joven y llena de energía, que no necesita dormitar y ha decidido convertirla en una especie de compañera de juegos. Procuró, entonces, al hablar con el médico, exagerar el comportamiento de Blanca.

—Le es imposible dormir, grita constantemente que su familia no es la suya y la tienen secuestrada… está muy agresiva la señora, hasta ha llegado a tratar de golpearme, no, doctor, no sólo a mí, también al licenciado Montijo. Debería mandarle un sedante.

Al doctor Martín del Campo le extrañó la petición de la enfermera, que más bien parecía una orden. ¿Cómo se atreve a indicarle a un médico lo que debe recetar?

—Disculpe, señorita…

—Ana Lilia Gómez, para servirle, doctor.

—Los sedantes están contraindicados para este tipo de pacientes, ¿no lo sabía usted? Mire, señorita Ana Lilia —decidió explicar el

médico con más calma—, el ansiolítico que toma la señora Hernández es suficiente. Hemos tenido excelentes resultados con él. Ahora que hemos aumentado la dosis, en cuestión de días se adaptará y los cambios serán sorprendentes. Ya me dará usted la razón.

La enfermera no podía esperar; de hecho, tenía otras prioridades. Le hacía falta tiempo para revisar el vestidor de la señora Blanquita y decidir qué llevarse primero, si las blusas y los trajes sastres o los vestidos de noche, “al fin que ella, tarde o temprano, ya no los va a necesitar; ni se acordará que alguna vez existieron”.

A su paso por el baño y el vestidor, ya había echado una ojeada. No podía dejar de reconocer el gusto exquisito de su enferma. La mercancía será muy apreciada entre sus clientas, en su mayoría jovencitas que viven cerca de su casa, quienes jamás hubieran soñado con usar un vestido de diseñador. Pagarán la ropa a plazos accesibles y ella se sentirá feliz de ayudarlas. El negocito la hacía compararse con una especie de Robin Hood de la era moderna. Quitándole a la rica para dar a las pobres, alcanzaba una especie de justicia para las demás y también para ella, ya que con las ganancias “acompletaba” el salario miserable que le daban por atender día y noche a una mujer, cuya única diferencia con ella, era el volumen de su cartera.

Tampoco dudaba en recompensar a la señora. “En cuanto tenga todo bajo control, haré algo para ella. Propondré paseos; odio quedarme encerrada, metida en la casa todo el día”.

Blanca se sintió liberada. Al fin la vieja metiche la había dejado sola, “descansando” en la habitación de Patricia. Se dio cuenta que hacerse la dormida era una forma de librarse de la intrusa.

Le gustaba permanecer en la recámara de su hija y acariciar cada uno de sus peluches. La joven los coleccionaba desde niña, así que el cuarto estaba lleno de ellos. Muñecos simpáticos de rostro agradable. Animales indefensos, inmóviles. Por momentos observaba las fotografías sobre las repisas, dispuestas en portarretratos de diferentes formas y tamaños. Le recordaban a su hija aún pequeña, inquieta y traviesa, capaz de anular por completo su autoridad. Patricia, de carácter recio, le traía a la mente a Mercedes: tanto su madre como su hija destilaban audacia, mujeres seguras de sí mismas que consiguen lo que se proponen, capaces de enfrentarse a molinos de viento. Ver a su niña sonriendo desde el papel brillante le produce mucha satisfacción. La imagina feliz, sin ningún acontecimiento que hubiera podido ensombrecer su infancia. Ojalá yo fuera Paty y no Blanca.

Quiso dar a su hija lo que ella no pudo tener: amigas, paseos, fiestas y un sinfín de vestidos hermosos. Si yo fuera Paty y no Blanca, ¿sería tan buena conmigo? ¿Si ella fuera Blanca y yo Patricia, sería bueno para mí?

Se le ocurrió que ese día debía permanecer un tiempo en el cuarto de su hija, no precisamente para divagar sobre el pasado, sino por culpa de la palabra que usó la enfermera y la tenía que buscar, la palabra que dejó escrita en el cuaderno azul, al final de las hojas.

Procuró evitar hacer cualquier ruido que llamara la atención de la vieja estirada y sacó el diccionario del último cajón del escritorio, el que Patricia utilizaba esporádicamente y donde guardaba papeles sin importancia. Decidió que era un buen lugar para esconderlo: ahí nadie lo buscaría. Era necesario mantenerlo en secreto. Sería horrible si me lo quitan. El diccionario representaba su única defensa contra el mundo: su más fuerte vínculo con la parte racional de ese universo que cada vez entendía menos.

Intentó utilizar el libro como siempre, pero le fue muy difícil encontrar la C ya que por su forma, se imaginaba que estaría cerca de la G, así que dio varias veces vuelta a las páginas, pasando su índice por un laberinto de palabras desconocido, lo que la hizo perderse entre la F y la I.

¿Qué me pasa? ¡Se me revuelven las letras! Intentó recordar el alfabeto, pero se confundía en el orden. Debió escribirlo en su agenda, como los mapas de las calles. Había perdido el alfabeto, así, de repente, igual que cuando extravió las llaves del coche.

Y ahora, ¿cómo voy a saber la palabra? No puedo preguntarle a la señora de uniforme blanco. Estoy dormida, no se puede hablar dormida, y si le digo que voy a buscar su palabra, me va a quitar mi cuaderno y mi cuaderno es un secreto. Estoy dormida; dormida no se habla.

Pensó en acudir a Lupe, pero la muchacha pasaba la mañana en la cocina y hasta allá no la escucharía, a menos que gritara. Dormida no se grita. Patricia y Mariano seguro están en la escuela. Últimamente, desde la llegada de la mujer de blanco, se les veía menos por la casa. Alfonso, en el trabajo. Se ocupa todo el día y llega hasta la noche, cuando ella ya está descansando.

La única opción que le pareció viable fue recurrir a Mercedes. ¿Dónde andará mamá? Decidió llamarla por teléfono. Procuró marcar despacio cada número. ¿Cuál era? Lo tenía apuntado en el cuaderno azul, en la parte de atrás, donde registraba las cosas importantes,

como la palabra que había dicho la mujer de blanco.

—¿Bueno?

—Hola, mami.

—Disculpe, ¿con quién quiere hablar?

—Con mi mamá, la señora Mercedes.

—Aquí no vive nadie con ese nombre.

No comprendió el insistente sonido del teléfono indicando que el interlocutor había interrumpido la conversación.

—¡Óyeme, necesito hablar con mamá, mi mamá es Mercedes! ¡Pásamela! Por favor, ¿qué te cuesta?

Esperó una contestación y finalmente entendió que le habían colgado.

—Vieja cabrona.

Puso el auricular en su sitio y de inmediato olvidó que había tratado de llamar. Sin embargo, el sentimiento de que algo le faltaba se mantuvo presente, provocando una tristeza indefinida.

Dio una vuelta por la habitación y, después de acariciar uno a uno los peluches de Patricia, se detuvo en el escritorio, miró encima el diccionario y optó por buscar la palabra que había dicho la mujer de cara almidonada. Estaba escrita en el cuaderno azul y cuando la vieja esa la dijo, supo que tenía que ver con ella. Cedante. Dio vuelta al diccionario, tal vez si buscaba al revés la encontraría fácilmente. No. En la Z con la E, no encontró más que zebedeo, zebú, zebra y zedilla.

¿Dónde andará cedante? Decidió separarla en sílabas, tal vez así la podía entender. Ze-da-ante. Ce da ante, se da antes. ¿Antes de qué? Antes es hace mucho tiempo, es muerte antes de mí.

Antes es Dios convertido en un viejito de barba larga y alma blanca, tan blanca como la bata de la mujer, o más bien, leche derramada en el universo: el traje blanco de Dios hecho de nieve pero calientito: leche espumosa sin chocolate o vainilla.

Antes es antes de la tarde que pintó el infinito de negro y llenó su casa de gente llorando al ver al ahorcado. Los ojos asustados de su padre la miraban desde lo alto previniéndola. Este mundo te hará daño. Huye, libérate, desaparece.

Antes estaba papá, ahora sólo viene a verla de repente, cuando quiere ser Dios y se pone la cara de Dios y se convierte en un viejito blanco derramando leche de su traje blanco y espumoso.

Antes es antes de las noches de insomnio, cuando entró en la habitación de su madre y la encontró tendida sobre la cama, dispuesta, anhelante, esperando que la penetrara el hombre, el del falo

gigantesco. Escondida y en silencio absoluto, escuchó los resoplidos, los movimientos rítmicos y constantes, los gemidos. Sólo cuando estuvo segura de que no estaban lastimando a su madre, regresó a su habitación a no dormir, a no volver a dormir noches enteras. La cabeza metida debajo de la almohada, silenciando los quejidos incontenibles, muerta del susto, me moría del susto, antes es antes de la angustia de volver a toparse con el pene erecto y amenazante del tipo que se mantuvo una eternidad sobre su madre, haciéndola gritar.

El recuerdo de esa noche se perdió en el silencio. La mirada verdísima e inocente de Mercedes se convirtió en un muro que la separaba de las palabras. Nunca se atrevió a confesar que conocía su secreto.

Hay que construir un muro. Resguardarse en el velo protector del silencio, cubrirse de mentiras, pretender que la vida continúa como si nada hubiera pasado. Fingir con desenvoltura, hasta dudar de esa noche que posiblemente sólo existió en su imaginación. Bloquear. Destruir el recuerdo que lastima, convertirlo en oscuridad total, antes de todos los antes.

El olor a quesadilla, recién salida del comal, es delicioso. Blanca siente hambre, se acerca a la mujer que prepara la masa para después rellenarla de diferentes guisados: flor de calabaza, hongos, queso o requesón, nopales. No se acuerda bien cómo se llama la cosa negra que tanto le gusta.

—¿Me das una de ésas?

—¿De puro huitlacoche o con queso?

—De ésas.

La mujer se afana frente al brasero, no tiene tiempo de esperar su respuesta. Es mediodía, la clientela se le junta y las dobladitas tienen que salir rápidamente; entonces decide que la de huitlacoche con queso estará bien. Hace días que la extraña señora se le acerca, señala el huitlacoche y se retira silenciosa a comer en un rincón. Si no fuera por la bolsa tan fina y la paga constante, con billetes de alta denominación, pensaría que es una pordiosera.

"¡Qué vieja tan rara! No se ha lavado y mucho menos se ha cambiado de ropa; apesta, la pobre". La ve como un fenómeno natural. Una chiflada como tantas que ha visto pasar por los pasillos de la Facultad. Se habrá propuesto realizar una investigación a lo hippie; podría ser guerrillera, miembro de las adelitas del PRD, autora de poesía, cantante tipo la Tania Libertad o, de plano, estará metida

hasta las chanclas en la droga, “¡uy!, lo que no se ha visto por aquí”.

Decide no cobrarle. Con los billetes de quinientos pesos que le ha ido dando durante la semana, ya tiene pagado el consumo de todo el año.

Por un momento pensó que la pobre loca necesitaría ayuda. Lo correcto sería reportarla al grupo de vigilancia de la universidad; pero, después de pensarlo cautelosa, resolvió que no. “Yo no me meto. Luego por andar de redentora, me vayan a echar la culpa de algo o me quieran subir la cuota y una no gana para mantener a esa bola de huevones”.

Pensó que con alimentarla y un poco de atención, la mujer estaría bien. Lo bueno es que le gustan las quesadillas; no se harta de comer siempre de la misma.

Blanca termina su desayuno. Se limpia con la mascada que luce marchita colgando de su cuello, bebe lo que queda del refresco rojo y se sienta en el prado, a la sombra de un árbol. Ve pasar, inexpresiva, a los estudiantes y a los maestros. Intenta comprender: ¿qué hace ahí sentada con su maletín en mano? No puede evocar ninguna imagen. Tampoco se siente perdida o angustiada, no. Simplemente está.

Es la hora en que llegan los puesteros a ofrecer su mercancía por el pasillo de la Facultad. Le llaman la atención los blusones bordados a mano que despliegan colorido en cada una de sus figuras. Hay uno de manta trabajado con girasoles en tonos de amarillo. Le fascina, decide comprarlo.

—Quiero éste —levanta el blusón del suelo y lo admira.

—Ése le sale en doscientos.

—¿Doscientos? —Blanca saca varios billetes del maletín—. ¿Me alcanza?

—Le alcanza y le sobra. Nomás deme un billete y le doy el cambio.

Los otros vendedores observan la escena. Les parece imposible que una mujer como aquella pueda llevar tanto dinero en su bolso. Entre los comerciantes se encuentra el Talibán, el del puesto de pulseras y collares de cuero quien, por debajo de la manta y sin hacer mucho alboroto, ofrece la droga. Todo el mundo lo sabe, pero nadie dice nada, el tipo es muy violento y prefieren no enfrentarlo. El traficante es un hombre ya mayor: fósil en la UNAM desde los ochenta. Como no pudo con los estudios, anduvo una época con la guerrilla en Colombia, pero le fastidiaban las obligaciones militares. Mejor se regresó a su México lindo y querido, donde encontró una forma fácil de ganarse la vida.

Blanca trata de ponerse el blusón encima de su ropa. Tiene que quitarse la chamarra deportiva porque, con ella puesta, no le entra la prenda. Cuando logra meter las dos manos y el cuello, se mira satisfecha. Le gusta cómo se ve su reflejo en los ventanales, aunque sobresalga el camisón de dormir. Está feliz con su nueva adquisición. Toma su bolso y camina unos pasos como si fuera a entrar a la Facultad. Cruza erguida, con elegancia, desfila en el largo corredor, convertido en pasarela. Surge en su mente una vaga imagen de sí misma entrando a un recinto parecido.

En su deambular por el pasillo, olvida la chamarra tirada en el suelo. El Talibán la recoge y llama a Blanca.

—A ver, güerita, ¿no quiere llevar una pulsera? De una vez, le combina con su blusa.

Ella mira la mercancía detenidamente, pero no hay nada que atraiga su atención.

—¿Cuánto me das por ésta? —el Talibán le muestra la prenda que ella había dejado olvidada en el suelo—. Mira, si hasta tiene cierre.

Le gusta mucho la chaqueta, claro que la quiere, le queda perfecta con su pantalón deportivo, parece que fuera suya desde siempre; hecha a su medida. Emocionada, saca otro billete de quinientos y se lo da.

—Gracias, qué bueno que me la vendió a mí.

El hombre confirma sus sospechas: “La vieja está deschavetada, rayada y alucina. ¡Chido! No necesita un pasón para sentirse poca madre; ésta viaja de a gratis”. Se propone una estrategia, con la esperanza de que funcione.

—Te voy a regalar la chamarrita, porque me caes muy bien. Tan retebién me caes, que te voy a cambiar tu dinerito, para darte más, güey.

—¿Cómo le vas a hacer?

—Cada billete que tú me des, yo te doy tres. Así vas a tener muchos.

—¿De veras? —preguntó Blanca, incrédula.

—Neta. La pura neta —respondió el traficante, preparando sus billetes de veinte y cincuenta pesos.

Blanca se sintió feliz. Abrió su maletín y contó alrededor de cuarenta billetes de quinientos pesos.

—A ver, de uno de éstos me das tres —repitió Blanca, acomodando los billetes en fila.

El Talibán sacó de su mochila todo su dinero de baja

denominación, pero no tenía los billetes suficientes para cubrir la cantidad que Blanca mostraba.

—Ni modo, ahorita te voy a canjear diez, pero si vienes mañana, te canjeo todos los demás.

—Eres mi amigo —le dijo ella besándolo en ambas mejillas.

—Sí, ándale pues —contestó, asqueado, el vendedor.

Blanca tomó su cartera y caminó sin fijarse mucho en el rumbo a seguir. Sus pasos sabían a dónde llevarla de manera inconsciente. Dejó atrás la Facultad para internarse en una zona pedregosa rodeada de árboles, su lugar favorito desde los años de estudiante: el Espacio Escultórico.

El sonido del dominó golpeando contra la mesa de juego la emociona, le provoca miedo y gozo a la vez. A ti te toca hacer la sopa, le decía Mariano. Una sopa de fichas, qué tonto. Luego tienes que repartir siete. Sin ver, mamá, ¿okey?

Blanca, con actitud traviesa, no piensa quedarse con las ganas, así que voltea todas las fichas para dejar los puntos negros al descubierto. Pero, mami, el chiste es que no veas mi juego. ¿El chiste es que no veas mi juego?, eso no tiene nada de chiste.

—¿Chiste? Cuéntame uno —contestó Blanca.

—A ver, mamá. ¿Cuál es el animal más viejo?

—¿El animal más viejo? El animal, el animal… yo no sé.

—Mejor jugamos. Reparte siete. Cuenta del uno al siete.

—Uno, dos, tres… —obedeció Blanca, feliz de recibir la atención de su hijo.

Mariano, en cambio, pierde la paciencia. Desea acabar con el juego lo más pronto posible. Intenta ayudar de alguna forma, pero la situación lo incomoda. Se enoja, se altera. Le molesta tener que corregir a su madre en cuestiones tan simples. Sin embargo, procura no desesperar y continúa.

—Mamá, fíjate bien. Si hay un tres, no puedes poner después un cinco. Tiene que ser una igual a ésta, a la última —el joven señala y cuenta los puntos.

—¿De veras?

—Sí, mami, hay que poner, donde haya un tres, otro tres.

Blanca busca entre sus piezas y, a pesar de tener suficientes con tres puntos negros, se confunde y elige cualquier otra.

—No, mamá, ésa es un cuatro, no te sirve. La que necesitas debe tener tres puntos, como ésta.

Ella se pone nerviosa, no sabe qué hacer con sus fichas, ni con sus manos. Mira con detenimiento cada una y, confundida, las vuelve a acomodar en su sitio.

—¿Ésta? —elige al azar.

—No, mamá, tampoco te sirve —contesta el hijo resignado—. Mejor volvemos a empezar.

—Yo hago la sopa —decide ella, feliz de provocar ese extraño sonido contra el mármol de la mesa—. Sopa de fichas, eso es un chiste.

—Sí, es un chiste. Órale, tienes que repartir siete para mí y luego siete para ti. A ver, cuenta conmigo.

—Uno, dos, tres, cuatro… ¿siete también a mí? —pregunta Blanca, extrañada.

Entre las dificultades del dominó, Mariano se da cuenta de la felicidad que experimenta su madre en cuanto la deja ganar. Así que elige por ella, para ver de nuevo la sonrisa reflejarse en su rostro.

—Ma… pusiste un cinco y necesitas un dos. Tienes dos-uno y dos-tres, ¿cuál quieres, ésta o ésta? El dos-uno es la que más te conviene, mami.

Ella coloca el dos-uno, Mariano el uno-tres, así que sólo queda una ficha para ella.

—¡Muy bien, mami! Ésa que te queda, la acomodas después del tres, y… ¡me ganaste otra vez! ¡Qué tal, eres una campeona!

Su madre sonríe satisfecha. Es bueno tener a Mariano cerca; es bueno ganar.

—¿Jugamos otro?

—Mejor hacemos una torre. Mira, ponemos así las piezas al revés. Verás qué divertido.

De golpe, para Blanca, las fichas se convierten en pilares de un inmenso rascacielos que llega a las nubes. Desde ahí se puede ver la ciudad con miles de edificios parecidos, altos como torres de dominó. La torre es magnífica, imponente. Sin embargo, su estructura débil parece incapaz de sostenerse sobre las columnas que se tambalean. Imposible impedir la destrucción. Un estruendo sorpresivo y el edificio, que con tanto cuidado hicieran Blanca y Mariano, termina desparramado sobre la mesa.

El ruido seco del mármol se mezcla con las carcajadas de ella, excitada y temerosa por la sorpresa. Divertidos, entre los dos juntan los restos.

Habrá que construir de nuevo. Destruir de nuevo.

Edificar.
Levantar y derrumbar, armar y demoler.
Hasta que el deterioro sea definitivo.
Hasta que sea imposible reconstruirse.

No comprende su fascinación por el lugar, pero la atrae con fuerza irresistible.

Camina. Siente crujir las pequeñas piedras bajo sus pies. Las pisa con cuidado, no quisiera lastimarlas, tiene la impresión de que respiran con dificultad: están vivas.

Desciende hacia el Espacio Escultórico, se interna en lo profundo, respira con fuerza ella también. Se dirige a la entraña del volcán dormido hace millones de años, al sitio donde confluyen las energías del universo.

Las esculturas, silenciosas, la envuelven. Se integran precisas al espacio del gran Maestro. La obra de Dios no sólo le resulta hermosa, sino perfecta. Existe, simple y sencillamente porque debe existir igual que ella, situada, ahora, en medio del mundo.

La sensación de libertad circula en su cuerpo inyectándole adrenalina. Se siente feliz y absoluta. Deja a un lado la mochila, vuelve al centro del espacio y, con los brazos abiertos, entona una melodía apenas audible, más parecida a un murmullo: el fluir suave de su río interior que, en contraste con la piedra, la hace sentirse parte del todo. Blanca contra la piedra. Su vida contra la muerte. Su voz frente al silencio yermo.

El Talibán, temiendo perder el resto de sus ganancias, la sigue desde la Facultad, la observa a lo lejos y sonríe irónico. La vieja ridícula, parada en medio del Espacio Escultórico, con los brazos abiertos en gesto de beatitud, le recuerda a la Julie Andrews en la misma postura mientras, gracias a la magia del cine, los Alpes suizos giran, se desplazan rodeándola.

El tipo se aproxima y, en cuanto nota el maletín abandonado en un rincón, reacciona apresurado. “Que siga actuando su numerito”. Se acerca, cauteloso. Con un movimiento rápido toma el codiciado bolso, lo cuelga de su hombro y, apresurado, se aleja.

Blanca se detiene por instinto. Se siente amenazada, algo muy importante le hace falta. Descubre que ha perdido su bolso y ella sabe que no puede, de ninguna forma, salir sin bolsa y sin dinero. Angustiada, busca a su alrededor y, cuando alza la vista, alcanza a ver al hombre caminando tranquilamente por la avenida. Corre, entre las

piedras, desesperada, hasta llegar a los módulos enormes que rodean el Espacio. Tengo que alcanzarlo. Ella, sin su cartera, perdería el último vestigio de seguridad que aún la mantiene en marcha. A pesar de su prisa, el trecho que la separa del hombre es demasiado largo, imposible darle alcance corriendo, por más que lo intente.

Pero no todo está perdido, a unos cuantos metros se encuentra un automóvil parado a mitad de la calle. Le pido que me ayude y me lleve a perseguir al ratero, le quitamos la bolsa y le doy las gracias.

Se acerca al auto compacto y al ver la puerta abierta, se asoma en busca del conductor. Cuál sería su asombro al ver el asiento sin chofer, el motor encendido y las llaves brillando desde un llaverito rojo. La vida le hacía justicia: el intenso deseo de recuperar su bolso había traído el coche, como cuando era niña: pidió con tanto anhelo un pastel de cumpleaños, que esa noche apareció en la cocina como por arte de magia. No se le ocurrió que el joven estudiante dueño del vehículo se había detenido para revisar la llanta trasera del lado derecho, la que perdía aire sin remedio, a través del pequeño agujero en la goma, por culpa de un clavo enterrado.

Subió al auto y sin pensarlo mucho, aceleró. Recordó, por unos segundos, la época en que Andrés, su novio de estudiante, la dejaba manejar el vocho, un Volkswagen viejo y destartalado, compañero de todas sus aventuras. Andy utilizaba las clases de manejo a su favor, a cambio de manoseos cada vez más íntimos. A Blanca se le confundía la emoción de conducir, con la calentura que le recorría el cuerpo haciéndola vibrar. Nunca pensó que manejar pudiera ser tan placentero. Evoca la voz de Andrés dando explicaciones: metes primera, sueltas despacio. Metes segunda y le metes al acelerador como loquita, porque tienes que alcanzar al tipejo ese que cree que se puede quedar con tus cosas. Blanca acelera exageradamente y, en cuanto le da alcance, amenaza con arrollarlo.

El Talibán no tiene forma de defenderse. Acostumbrado a la agresión con arma blanca, de buena gana hubiera apuñalado el vientre de esta chiflada, pero en ese momento su cuchillo no le servía de nada. No previó que la mujer respondería con tal decisión.

Cada vez más cerca de su presa, ella se reía a carcajadas, acelerando sin piedad.

—¡Dame mi bolsa, hijo de puta!

Emocionada, aceleraba hasta el fondo. Volvía a disfrutar de los domingos en la tarde, cuando, después de la leche malteada de chocolate, se organizaban los arrancones en pleno Insurgentes.

Lástima del pinche coche que traemos, si no, las ganaríamos de todas, todas. No importa, vamos, a fondo, hay que acelerarle.

Ante el acoso de Blanca, el hombre corría de un lado al otro tratando de esquivarla, pero no pudo evitarlo, ella embistió su trasero con tal fuerza, que el hombre quedó montado sobre el cofre. Desde el parabrisas empezó a amenazarla. Le enseñó su cuchillo y le gritó que acabaría en cachitos. Eso a ella le dio mucho miedo, así que decidió frenar con toda la fuerza de que fue capaz, haciendo que el ratero, sin poder detenerse, cayera del auto. Mientras que el bolso volaba al otro extremo de la calle. La mujer metió reversa y volvió a arrancar amenazando ahora con atropellarlo. El Talibán, apenas pudo incorporarse, huyó.

Blanca detuvo el auto. Buscó el bolso, su única posesión en el mundo, ahora tirado en medio del camino, abierto y con varios objetos desparramados en la acera. Manejó unos metros en reversa, frenó y bajó del coche para tomar sus pertenencias y subir de inmediato. Arrancó. Se marchó sin mirar atrás, sin percatarse del joven estudiante que corría reclamando a gritos su automóvil.

Libre de peligro y recuperadas sus posesiones, pudo respirar más serena. Decidió que ya no era necesario acelerar con tanta exageración. Condujo tranquilamente hasta dar con la Avenida Insurgentes.

El problema no es que fuera demasiado rápido. El asunto se complicó por un semáforo en rojo que ella no pudo registrar. Por suerte, los automovilistas lograron esquivarla. Blanca se espantó con el ruido estrepitoso de las bocinas y los gestos de furia de los conductores. Avanzó lo más rápido que pudo, aunque le costaba trabajo controlar las velocidades. El volante del coche estaba cada vez más rígido.

La llanta posterior sonaba curiosa, trac, trac, lo mejor era salir de la avenida, así que en la primera calle dio vuelta a la derecha. Como no registró que circulaba en sentido contrario, tuvo que girar el volante y meter el pedal hasta el fondo, con toda su fuerza. Evitó chocar con el auto que la hostigaba de frente, mas no con el árbol.

Asustada por el impacto, tomó su bolso, se bajó del coche y corrió. Por su mente atravesó una idea fija. Mejor me voy a mi casa.

En su recámara, el dibujo de la alfombra decidió cobrar vida. Las flores se desprendieron, una a una, hasta quedar suspendidas en medio de la habitación, recién transformada en jungla atemorizante.

El movimiento aumentó con una ventisca inesperada: la danza de la naturaleza interminable, reflejada en el diseño del tapete.

Sintió un deseo imperioso de vaciar la vejiga, pero le dio pavor atravesar la selva poblada de seres desconocidos.

Después de un rato, la urgencia se intensificó, así que decidió enfrentar la amenaza: armarse de valor, cruzar el campo minado y, desde su cama, llegar al baño. Bajó el pie derecho y, a pesar del mal tiempo, con cautela deslizó el izquierdo. Las hojas del diseño flotaban en el aire, se entrelazaban rodeando las flores. Sobresalían los tallos, verdes y sinuosos, que Blanca convertía en reptiles dispuestos a atacarla.

Haciendo un esfuerzo heroico y luchando contra su propio juicio, se incorporó. Las piernas le temblaban. Dio algunos pasos torpes, oscilaba perdida entre insectos voraces y lianas que se enredaban a sus tobillos. Era necesario desatarse, correr hacia puerto seguro pero, a unos cuantos pasos del baño, los tallos convertidos en enredaderas la cubrieron y se quedó paralizada.

No pudo aguantar la presión. Se volvió insoportable, dolorosa. Contra su voluntad, dejó salir el tibio líquido entre las piernas mientras escapaba de su garganta una especie de sollozo, antes de encontrar la palabra correcta.

—¡Por favor! ¡Por favor!

Patricia interrumpió la lectura y llegó al cuarto de su madre casi de inmediato. Al verla inmóvil e indefensa, se dio cuenta de lo mucho que había envejecido. “Mañana la llevaré a pintarse el pelo”, pensó. Tal vez para Blanca esconder las canas y lucir más joven ya no tenía la menor importancia. Sin embargo, su hija necesitaba mantener, por el mayor tiempo posible, la ilusión de que seguía siendo la gran señora.

—Mami, ¿qué tienes?

Blanca no contestó. Llorando señalaba la alfombra, mientras intentaba apartar de su cuerpo la tela húmeda del pijama que la incomodaba al adherirse a sus piernas.

—¡Ay, mamá! Ya te mojaste. Mejor te bañas y te pones ropa limpia.

La madre seguía visiblemente alterada. Suspendida, sin poder dar un paso, aunque su respuesta, por el contrario, sonara firme, categórica.

—No. No me voy a bañar.

—Pero, mami —insistió Patricia—, si está toda tu ropa empapada y huele feo. Mejor te bañas, te cambias el pantalón y te pones guapa. Vas a estar más fresca. Si quieres, después podemos ir a caminar un

poco.

El ritual se complicaba. No estaba segura de que fuera buena idea mojarse aún más. La jungla en su exuberante espesura podría continuar hasta la regadera y, desde ahí, quién sabe si podría salvarse.

—No, no me voy a bañar.

La joven trató de no perder la paciencia, como en otras ocasiones, y trató de convencerla con más argumentos, algunos ya lejanos a su comprensión.

—Con el baño te vas a sentir muy relajada y si te quedas así, te puedes resfriar, o lo peor: te dará una infección. Apenas hace poco saliste de la pulmonía.

La mirada de Blanca le pareció terminante. No lograría meterla bajo el chorro de agua y cambiarla ella sola. Necesitaba ayuda y la señorita Ana Lilia tenía el don de desaparecer en los momentos de crisis. Paty pensó que lo mejor sería buscar alguien más eficiente y despedir a la enfermera que había demostrado tantas pretensiones y tan poca eficacia. "Hablaré con papá", murmuró para sí misma.

Mientras tanto, no podía dejar a Blanca parada en el centro de la habitación, inmóvil y aterrorizada. La miró compasiva.

—¿Tienes miedo? ¿De qué tienes miedo? —Patricia se acercó y le acarició los cabellos—. No pasa nada, ¿ves? Estamos en tu cuarto.

Blanca repitió la frase como un conjuro.

—El baño no, el baño no.

—Está bien, mami. No te bañes. Espérame aquí, ¿sí?

La joven puso una toalla doblada sobre el sillón pensando que absorbería un poco el exceso de líquido y llevó a su madre, paso a paso, hasta dejarla sentada.

Minutos después regresó acompañada de la señorita Ana Lilia, quien todavía masticaba el pan dulce del desayuno.

—A ver, reinita —apenas se le entendía a la enfermera—. ¿Qué pasó? No llegamos al baño, ¿verdad? A lo mejor ya vamos a tener que usar unos pañalitos.

Ana Lilia abre la regadera y se acerca a Blanca.

—Mire, doña Blanca, le voy a quitar la ropa y se mete a la regadera. Va a estar bien a gusto con su ropita limpia.

Se acerca a quitarle el pijama y, en el momento de desabotonar el cuello, Blanca le clava los dientes y aprisiona la mano derecha de la enfermera.

Sin poder sobreponerse de la sorpresa, Ana Lilia reacciona.

—¡Óyeme, pendeja! ¡Me mordiste!

—¡Tú más pendeja! —gritó Blanca, agresiva.

La señorita retira su mano y cuantifica el daño. Se enjuaga en el lavabo mientras continúa murmurando.

—Vieja loca, desgraciada.

Patricia la escucha y no puede creerlo. Se supone que la mujer es una profesional.

—¿Cómo se atreve a gritarle así a mi mamá? ¿No sabe que está enferma?

—Pero, señorita… mire nada más cómo me mordió.

—Mejor vaya a la cocina, su presencia sólo altera más a mi madre. Y de paso, dígale a Lupe que suba… Mami, ¿cómo crees? No debes morder a las personas.

—No se muerde a las personas —repite Blanca, como autómata.

Se siente avergonzada, no sabe qué responder ni comprende tampoco qué la hizo reaccionar de esa manera. Tal vez el tono meloso y falso de Ana Lilia, o el simple hecho de llamarla doña Blanca, como cuando le hacían burla los niños de la escuela y le cantaban *doña Blanca está cubierta de basuras de oro y plata*.

Su hija, amorosa, comienza a desvestirla mientras se dirige a ella con suavidad, procurando hablar lo más serena posible. Intenta, de nuevo, convencerla de que todo volverá a la normalidad con el simple hecho de asearse y cambiarse de ropa. Blanca permanece dócil y la deja hacer.

—Te quiero mucho, mi hijita.

—Yo también te quiero, ma.

Paty no suena muy convincente. Las reacciones hacia su madre la sitúan en una escala que va desde el amor al rechazo, pasando por todos los matices. El deseo de cuidarla y protegerla la enfrenta contra el impulso natural de vivir su juventud. Mientras la enferma se convierte en su responsabilidad, añora cada vez más la alegría que sólo puede experimentarse en la despreocupación.

Los sentimientos encontrados le provocan una lucha interna, desgastante.

La mirada de Blanca se ilumina en cuanto Lupe entra en la habitación. Se siente emocionada. Pensó que nunca volvería a verla y ahora, cuando menos lo esperaba, se reencuentra con ella. A sus ojos, la joven sirvienta se ha convertido en Cata, la nana de su niñez. Como un oleaje fresco que llega a su recuerdo, revive la hora del baño, aderezada de juegos y cantos.

Aceptó entrar en la regadera y con voz infantil se dirigió a la

sirvienta:

—¿Cantas, nana?

Blanca no tiene cómo medir el paso del tiempo. Éste se intuye a través de su cuerpo que revela un desaliño y un deterioro terrible. Cualquiera, al verla, diría que ha sido pordiosera toda su vida.

Su rostro impasible, su falta de conexión con todo lo que la rodea, la convierte en parte animada del paisaje: un árbol al borde de la acera, el letrero de ALTO justo antes del cruce, la figura esquelética de la antena del televisor asomando desde la azotea.

Hay una dureza nueva en su mirada. Algunos considerarían su forma de ver como una ofensa. ¿Siente odio? No. ¿A quién podría odiar, tan alejada de los otros, revestida de sí misma? Ha perdido su capacidad de expresión, mas no deja de sentir. Ahora mismo se siente desesperada. Tengo que ir a mi casa, se repite.

La frase da vueltas en su cerebro desde hace varios días. No es capaz de recordar el hogar que tanto anhela; sin embargo, vuelven a su mente rostros del pasado, destellos efímeros que se desvanecen en segundos, rumores de un universo desaparecido.

Finalmente, después de deambular durante semanas, recuerda el nombre de la calle y logra dar con su casa. Sabe que es ésa, aunque ya no la reconoce. La entrada de la vecindad ha perdido su tono original. Una mezcla de yeso verde esmeralda oculta las peligrosas grietas. Al verla, tiene una sensación de estar protegida. La emoción que experimenta en su interior le asegura que esa entrada es la misma que emerge en sus sueños.

Ronda varias veces alrededor de la zona. Da vuelta en la avenida, regresa a la pequeña calle interior, descubre la reja y otra vez espía desde el portón de esa casa, que ya no es la suya pero que sigue ahí. Idénticos el corredor y el patio de sus juegos infantiles, aunque ella los vea ahora diminutos.

En cualquier momento aparecerá doña Chole con su escoba-escopeta a barrer la entrada. Será mejor que me apure; mamá me está esperando. Imagina la mesa puesta y el gran plato de sopa caliente despidiendo un olor delicioso. Con el hambre que tengo. Ya voy, mamacita, no te enojes.

Decidió esperar a Carmen, así podrá invitarla a comer y a jugar un rato. Su amiga siempre llega tarde de la escuela. ¿Por qué la dejarán castigada? Por burra.

El exquisito aroma del pan recién horneado la transporta a esa

época que añora. Decidió sorprender a Mercedes y llevarle dos bolillos y dos chilindrinas.

Qué raro, no está la tiendita de doña Eulalia. La tienda de dulces, al lado de la panadería, ha desaparecido. En su lugar se yergue un edificio de departamentos. Le pareció feo, triste, sin patio dónde jugar, aunque los niños corrieran de un lado al otro en el oscuro pasillo. Casas como ratoneras.

Ni cuenta me di cuando quitaron la tiendita. Con las ganas que tengo de comerme un conejo de chocolate. ¿Dónde andará doña Eulalia? Ella siempre está detrás del mostrador de los dulces.

Era tanta su hambre, que prefirió resolver el misterio más tarde y entrar a la panadería. La empleada la miró con desconfianza. Decidió atenderla personalmente para evitar que ensuciara la mercancía o fuera a robarse alguna pieza. Dos bolillos y dos chilindrinas. Blanca pagó y recibió el cambio. Cada vez se abultaba más la bolsa con tanto cambio.

Regresó feliz a su casa y se detuvo de nuevo en la entrada. Esta Carmen que no llega, yo no la pienso esperar hasta que le dé la gana. A lo mejor se fue con Gabriela y a mí ni me avisaron.

Apresurada, intentó abrir la puerta pero la habían asegurado por dentro. Le extrañó la novedad. Ellas nunca cierran la casa durante el día, la señora Mercedes utiliza el área de la estancia como negocio, para que los clientes entren y salgan a ordenar los arreglos y a recoger la ropa terminada.

—¡Mamá, ábreme! Traje el pan.

Un niño moreno de ojos grandes se llevó el peor susto de su vida, en cuanto abrió y vio a la extraña mujer.

—¡Una bruja! —gritó, nervioso.

Aterrado, echó a correr en busca de su madre y, sin pensarlo, olvidó cerrar la puerta. Blanca entró, preguntándose quién sería esa criatura tan peculiar y dónde estaría Mercedes. También notó que habían desaparecido la máquina de coser y la vieja mesa de corte. Su lugar lo ocupaba una sala maltratada que aún dejaba ver las grandes flores rojas sobresaliendo del viejo terciopelo. En el muro, colgado a manera de adorno, se encontró con un espejo que la reflejó sin piedad. Con razón se asustó el niño, qué vieja tan horrorosa. Ella en el espejo: el rostro de una desconocida. Un espectro.

Por un instante, se detiene ante su propia imagen. Experimenta una atracción inexplicable. Hay un brillo conocido en los ojos de esa mujer. Sabe que ha visto antes ese destello verdoso y presiente que

está ligada sin remedio a ese personaje de pesadilla, aunque no acabe de entender por qué. ¿Quién será ésa que la mira con tanta insistencia?

Mientras se pierde en sus cavilaciones, la dueña del departamento llega agitada, dispuesta a defender lo suyo.

—¡Fuera de aquí! ¡Fuera de mi casa!

La empujó con las dos manos y la golpeó con los puños cerrados hasta que consiguió sacarla y cerrar la puerta. Desde adentro siguió gritando, amenazante.

—¡Váyase! ¡Si no se larga, voy a llamar a la policía!

Blanca llamó golpeando a la puerta y desesperada preguntó:

—¿No sabe dónde está la señora Mercedes?

—Aquí no hay ninguna Mercedes. ¡Lárguese o hago que la metan a la cárcel!

—¿Sabes a dónde se fue mi mamá?

La mujer no contestó, a pesar de que Blanca seguía tocando la puerta y gritando angustiada. El que se acercó fue el portero de la vecindad. Un hombre taciturno que, desde la entrada, había visto la escena. Debía deshacerse de la intrusa, aunque a la vez le provocara mucha lástima la extraña pordiosera. ¿Por qué habrá querido meterse a una casa ajena? La observó con detenimiento. No le pareció agresiva, más bien sería una loca. "Estará perdida, tendrá hambre o ganas de usar el baño".

—Señora, no puede quedarse aquí —dijo el hombre aparentando calma—. Ya ve que doña Gertrudis es retebrava, no se anda con cuentos como otras. No vaya a ser que de veras le traiga a la policía y la encierren.

Mientras el hombre argumentaba, con mucha suavidad llevaba a Blanca hacia el portón de la entrada. Le dio confianza su tono amable y se dejó conducir.

Fuera de la vecindad, recargada en el muro, lejos de un mundo que ya no le pertenecía, Blanca se dio cuenta de su situación. Sola. Abrumada por un sentimiento de abandono infinito.

Abrió la bolsa del pan y despacio, casi sin darse cuenta, empezó a comer una chilindrina. Las lágrimas rodaban por sus mejillas. Ya no intentaba limpiarlas con la manga de la chamarra.

Era la hora de la salida de las escuelas. Los niños corrían en tropel hacia sus casas, armando el alboroto acostumbrado. La maestra de la primaria cercana caminaba rumbo a su vivienda después de un día agotador. No prestó mucha atención a la mujer andrajosa que ocupaba

un espacio de su paisaje cotidiano. En su imaginación, le encontró cierto parecido con su amiga de la infancia. "No es posible". Carmen sonrió ante el absurdo. "No, no puede ser ella". Según se enteró, años antes, por el periódico que acostumbraba comprar los domingos, Blanca, la compañera de sus juegos infantiles, se convirtió en una mujer elegante, esposa de un hombre adinerado. La fotografía que descubrió en la sección de sociales la retrataba con un vestido de noche y unas joyas que ella ni en sueños podía imaginar en su propio cuello. "Pero por supuesto que esta pobre mujer no es Blanquita".

Siguió su camino rodeada del velo de nostalgia que provoca recordar la infancia.

A medida que el cuaderno azul de Blanca enmudecía, en una libreta similar Patricia registraba el transcurrir del tiempo: una rutina ideada por el médico, se repetía prácticamente sin cambios. Sin embargo, de forma lenta, casi imperceptible, su madre iba perdiendo habilidades que ya no sería capaz de recuperar.

Hoy mamá tuvo un buen día. Desayunó muy bien la fruta y el huevo que le preparó la enfermera y todavía pidió una pieza de pan dulce. A veces me da miedo que coma tanto, no vaya a engordar; ella, que siempre se preocupó por la dieta. Antes, cuando estaba Ana Lilia, a fuerzas quería darle de almorzar en su cuarto, según decía, para que no se desubicara. No, a mí no me gusta que coma sola. Así que bajamos al comedor y lo hacemos juntas.

Al principio se quedaba viendo los cubiertos y no quería usarlos, pero Idalia, la nueva enfermera, le explicó con mucha paciencia para qué servían y puso en su mano el tenedor, así que con un poco de ayuda, empezó a usarlo de nuevo. Aunque hay que explicarle, una y otra vez, para qué sirven los cubiertos.

Desde que se fue Ana Lilia, las cosas han mejorado. Al menos yo me siento más tranquila y creo que mamá también. ¡Vieja ratera la tal Ana Lilia! Se robó un montón de ropa y por poco se lleva también el abrigo de piel. Por suerte, Lupe se dio cuenta y la detuvo. La desgraciada, con su carita de ángel, ni quién se las oliera. Bueno, igual a mamá ya no le sirven esos vestidos de noche. ¿A qué fiesta va a ir, así como está?

El robo no fue todo. Lo que hizo esa maldita con los calmantes es imperdonable. ¡Dormirla a propósito para llevarse la ropa! La enfermedad de mi madre avanzó más rápido por culpa de esa droga que le daba. Pero ya las pagará. No sabe con quién se metió, la pendeja. Papá la demandó

por negligencia y, conociendo a mi padre, seguro acabará en la cárcel.

Ahora viene una enfermera en el día y otra en la noche. Idalia en el día y Aurora en la noche o al revés, ellas se ponen de acuerdo. Le ayudan a bañarse temprano, porque entre las dos se les hace más fácil. Cuando entro a su cuarto, mamá ya está vestida y arreglada. ¡Sigue siendo tan bonita! La acompaño un rato y luego me voy corriendo a clase de teorías. Entre Freud, Adler, Melanie Klein y Jung no encuentro ningún indicio que me ayude a simplificar la situación. A lo mejor Skinner no estaba tan errado y todo se limita a un estímulo-respuesta. ¿No hacemos eso con mamá? ¿No vive una especie de condicionamiento?

Lo bueno es que al menos la llevan a pasear en el coche y a caminar por el lago de Chapultepec. En la tarde vendrá la terapista y ella se divierte con sus juegos.

Antes de terminar su escrito, Patricia registró la fecha y los horarios de los medicamentos que Blanca debía tomar. Un ansiolítico, un diurético, sus vitaminas y hormonas, el típico para la gastritis y un laxante suave. *Todos ellos la mantendrán cómoda, en equilibrio con su cuerpo, aunque ninguno sirva para sanarla del mal que padece. Para eso, no existe ninguna medicina.*

Patricia suspira, impotente. Sin embargo, siente alivio. Esta rutina en el manejo de la enfermedad materna le ha dado cierta estructura, la seguridad de que puede controlar la situación, al menos por un día más. Está consciente de la incertidumbre del mañana. Supone que es mejor no encerrarse en la angustia de vislumbrar el futuro. Prefiere aferrarse al momento presente como a una tabla de salvación.

A pesar de la ayuda con la que cuenta ahora, siente mucha rabia. Sabe que su padre la ha manipulado y, con el título de "señora de la casa" que le ha impuesto, la ha convertido en la responsable de una realidad que rebasa sus capacidades. Como "hombre de la casa", Alfonso ha sido un proveedor inigualable: "Hijita, no te detengas en nada, gasta lo que sea necesario". Paty sabe que el dinero ayuda, pero no es suficiente. ¿Dónde está su papá en los momentos de crisis? ¿Dónde, en los ratos que todavía son placenteros?

"En el fondo nunca la quiso", piensa Patricia. Le parece extraña la relación de sus padres: él, un hombre mucho mayor que ella. "Jamás me casaría con un tipo que me lleve tantos años".

Durante meses intentó quedar al margen. La hija no podía invadir su intimidad e involucrarse en la relación de pareja. "Allá ellos, por algo decidieron seguir juntos", se decía, tratando de entender. Sin

embargo, el rencor la dominaba, crecía como una bomba de tiempo. Estaba convencida de que, si no encaraba a Alfonso, acabaría odiándolo, convirtiéndolo en el responsable de todo lo que acontecía, en especial, de lo negativo.

Su padre se había encerrado en sí mismo, abandonaba la lucha sin haber siquiera comenzado. Le dolía ser testigo de la transformación de Blanca. Optó por negarla; era menos doloroso. La mujer de la que estuvo perdidamente enamorado había muerto. Una desconocida, con su misma identidad, ocupaba su lugar.

Lo que Patricia no era capaz de comprender era todo lo que el propio Alfonso había perdido. La mitad de su memoria; tal vez la mejor parte porque, ¿quién le iba a recordar a él los lugares que recorrieron juntos? ¿Quién le pondría nombre y fecha a sus fotografías, quién daría sentido a los recuerdos? Perdió la mitad de su persona. El plural de sí mismo. El "nosotros" que lo acompañó todos estos años. Las vivencias en común, las alegrías compartidas, los encuentros furtivos, el romanticismo maravilloso que había llegado como un bálsamo a su madurez.

Por eso, durante la conversación que sostuvieron padre e hija, los reclamos de Patricia perdían significado. Entendía la desesperación de la joven, pero sentía una impotencia terrible. No era capaz de ayudarla. Ni siquiera podía ayudarse a sí mismo. A pesar de tener a Blanca tan cerca, en la habitación de huéspedes, al lado de su cuarto, no tenía fuerza para acercarse. A veces un saludo simple desde la puerta, eso era todo. No podía reconocer a su esposa en esa otra. Prefería negarla antes de aceptar que ella lo había olvidado.

—Papá, no se vale actuar como si mamá ya hubiera muerto. ¡Ella sigue aquí, con nosotros y hay que atenderla!

—La extraño… —dijo Alfonso sin poder contener el llanto.

Jamás lo había visto llorar. Por un momento, el dolor paterno la invadió, pero sólo por un momento. Debía reaccionar, asumir de nuevo la responsabilidad, hacerse cargo de la situación.

—Papá, también ella te extraña. Ella no ha dejado de ser Blanca Hernández de Montijo.

—Es que no puedo —contestó Alfonso todavía sollozando.

—Sí puedes. Tenemos que poder, nos necesita… En este tiempo he aprendido algo. Necesita nuestro cariño. Tal vez no está segura si soy su hija, su hermana o su madre, pero su parte emocional me reconoce, sabe que soy importante en su vida, siente que la quiero, que estoy con ella.

Alfonso se detuvo en el umbral antes de entrar a la habitación de huéspedes. El encuentro con Blanca le producía inseguridad y aprensión, a pesar de haberlo planeado y razonado varias veces durante ese día. Acostumbrado a controlar su entorno, a conocer las causas y las repercusiones de los sucesos, le preocupaba no saber qué esperar respecto a su mujer. No tenía la menor idea de cómo reaccionaría a su intento de acercarse. Le asustaba enfrentarse al momento de la verdad: ella y él, solos. Porque si bien se reunían cuando el resto de la familia lo hacía, la veía sin verla, como un adorno más en la sesión familiar, que se encuentra en ese lugar, sin ninguna razón aparente.

Respiró despacio intentando calmarse y llamó a la puerta. Se sintió ridículo teniendo que llamar a la puerta para ver a su esposa. Aceptó que se encontraba a leguas de distancia de su mujer. Una barrera casi infranqueable de enfermeras, terapistas y medicamentos había obstruido por completo su intimidad. ¿Su intimidad? ¿Añoraba lo que él mismo había dejado a un lado?

Al principio la noticia del padecimiento lo tomó por sorpresa. No entender lo que sucedía lo había hecho protegerse. Su única forma de sobrevivir emocionalmente era mantenerse ensimismado, ausente, rechazando todo. Sin embargo, al negar la enfermedad, la negó también a ella. En su largo proceso de duelo había perdido un tiempo irrecuperable, infinidad de oportunidades valiosas que podrían haber compartido juntos, cuando ella todavía estaba ahí para él.

La enfermera abrió la puerta e hizo un gesto de extrañeza que de inmediato cambió por uno de sumisión.

—Buenos días, licenciado Montijo.

—Déjeme solo con la señora, por favor —pidió Alfonso.

En un sillón de descanso que habían comprado para ella, Blanca permanecía sentada, con las manos cruzadas en el regazo y la mirada perdida. El sonido estridente, a la vez monótono del televisor, se escuchaba invasivo.

Su mujer sonreía con una expresión de paz absoluta. La paz de quien ya no tiene que preocuparse por el trajín cotidiano, del que ha perdido la noción del pasado y la angustia por el futuro incierto. Sus facciones relajadas la hacían verse más joven y hermosa. Se percató de la presencia de Alfonso y saludó con naturalidad.

—¿Qué hay, mi vida, cómo estás?

—¿Tú cómo estás? —preguntó él a su vez—. ¿Estás bien atendida? ¿Te tratan bien las enfermeras?

Blanca no podía captar tanta pregunta a la vez, así que se conformó con entender la última.

—Sí, bien —respondió sin saber qué más añadir a la frase.

Alfonso apagó el televisor. Acercó una silla y con una falsa sonrisa se sentó junto a su esposa. Tomó una de sus manos y empezó a juguetear con sus dedos largos y sus uñas bien arregladas.

—¿Qué hay, mi vida, cómo estás? —repitió ella, jugando a su vez con la mano que entrelazaba sus dedos.

Él volvió a sentir la habitual suavidad: la piel de Blanca. A través de esa piel que tantas veces había acariciado, del contacto que le había dado placer durante años, él logró, finalmente, reconocer una parte de ella que aún amaba. Rozó su brazo con las yemas de los dedos como si lo dibujara, descubrió su cuello, sujetó entre sus dos manos el bello rostro de su esposa y delineó sus labios entreabiertos para después besarlos con cuidado.

Blanca respondió al abrazo y besó a Alfonso en la nuca mientras lo estrechaba con fuerza, como si tuviera miedo de que él se alejara de nuevo.

—¿Qué hay, mi vida, cómo estás? —insistió Blanca, mientras él intentaba desabotonar su blusa.

—Bien, querida —respondió Alfonso como si lo hubiera preguntado por primera vez—. ¿Tú, cómo estás?

Besó con cuidado sus pechos, se acercó aún más para percibir el olor de su cabello que acabó alisando como si fuera el de una niña pequeña. Buscaba la ternura ingenua que le había despertado cuando la conoció.

Evocó por unos instantes a Blanca, aún joven, el día que llegó a la oficina a pedir trabajo como recepcionista. Su presencia lo cautivó desde el primer encuentro. Supuso que lograría pulir a esa niña que humilde bajaba la cabeza cuando él le hablaba. “Tiene una aristocracia escondida”. Le llamó la atención su belleza, algo en su mirada que no sabría definir, una claridad y paz interior que no había percibido en nadie más.

A los pocos meses, la empleada logró la fórmula perfecta. Una combinación de esfuerzo, inteligencia e intuición innata le ganaron un puesto importante en el despacho de abogados. Era su mérito personal, la joya brillaba por sí misma. Se enamoró de su juventud, queriendo prolongar aún más la suya, Blanca se aparecía como una tabla de salvación en su aburrido y formal matrimonio. Como un sediento, necesitaba beber de su ingenuidad y fuerza. No pensaba

dejarla ir, deseaba guiarla el resto de su vida. Se casó con ella.

Por eso Alfonso seguía sin aceptar cómo era posible que su mujer, la más inteligente que hubiera conocido nunca, se deteriorara día a día. La joven que se convirtió en su colaboradora indispensable, que manejaba la asesoría legal de varias empresas sin necesidad de ayuda, no podía ser la misma que ahora permanecía sentada, casi inmóvil, con la mirada perdida y la sonrisa vacía.

Tomó de nuevo sus manos entre las suyas. Necesitaba el roce de su piel. Así podían reconocerse, tal vez inventar un lenguaje que, a través de las sensaciones pasadas, los regresara en el tiempo al instante del primer encuentro. Ellos como principio y final de su universo. Ellos. El alma de frente al cuerpo. El cuerpo, entrada al alma.

—¿Qué hay, mi vida, cómo estás?

—Bien, querida. ¿Y tú, cómo estás?

La fisioterapista recomendó que Blanca caminara, por lo menos tres veces al día, acompañada de la enfermera. Era necesario ayudarla a ejercitar su tono muscular y hacer que mantuviera, por todos los medios, su coordinación motriz en las mejores condiciones posibles. Así que después del desayuno y la cena, la paciente sale, siempre al lado de Aurora, quien se ha convertido en una sombra callada y dulce.

Cuando el clima lo permite, hacen el recorrido matinal por el jardín. Blanca contempla cada flor, mientras la enfermera menciona su nombre. “Es una rosa. Huela, vea qué rico huele… ¿Las moraditas? Ésas se llaman hortensias, son lindas pero no tienen olor”. Blanca sonríe, aunque es incapaz de percibir olor alguno.

Las mañanas transcurren tranquilas al abrigo del sol, mas no así las tardes. La tarde es el preámbulo de la noche: insomnio y desesperación, angustia y terror.

Con el frío que ha caído sobre la ciudad es imposible que el paseo cotidiano se realice en el jardín, así que Aurora decide efectuar un recorrido dentro de la casa. Hace ya tiempo que la señora no visita la cocina.

Descienden con lentitud y enumeran cada escalón. Últimamente cuentan los dedos de las manos, las medicinas, los cubiertos, las perlas del collar y las flores que, gracias a Mariano, nunca faltan en su cuarto. Son dieciocho peldaños de una imponente escalera que alguna vez vio bajar a las mujeres de la casa, ataviadas con vestidos de fiesta, deslizando magníficas telas y repiqueteando sobre el mármol con finas zapatillas de tacón.

Aurora, más que una enfermera, parece la demostradora de una casa en venta. Su intención es que Blanca relacione los objetos con su significado.

—Ésta es la sala. Vea los sillones, qué cómodos, ¿no? Mire, el comedor.

Blanca asiente en silencio. Pasa su mano por la mesa pero, al tacto, el cristal le parece frío y la retira decepcionada. En cambio, disfruta al percibir la suavidad de la seda con que están tapizadas las sillas.

—Es una tela delicada, ¿verdad? —la cuidadora la deja sentir, experimentar sensaciones que para ella vuelven a ser nuevas.

—Sí, Lore, qué bueno que viniste.

—Aurora, señora. Soy Aurora —la enfermera no da mucha importancia a la confusión y la acompaña hasta la cocina, donde Lupe se encuentra guisando una carne.

—Señora, qué gusto verla por aquí —dice la cocinera mientras sonríe con un gesto franco, amigable.

—¿Qué haces? —pregunta Blanca, intrigada al ver los jitomates a punto de ser triturados por la licuadora.

—Es la salsa para la carne —contesta la sirvienta.

Añade cebolla y ajo, una cantidad suficiente de agua, un poco de sal, tapa la licuadora y enciende el motor.

Comienza el potente ruido de las aspas que, girando, muelen todo hasta convertirlo en un líquido espeso. Blanca se sorprende, observa la transformación del universo a través del vaso de cristal. Lupe detiene el aparato y le muestra a la señora el resultado.

—¿Ve? Ya está. Ahora se lo voy a echar a la olla.

—¡Qué maravilla! —Blanca no puede creer lo que acaba de presenciar—. ¡Este invento es una maravilla!

—Se llama licuadora —recalca Aurora, procurando que realice la asociación entre el objeto y la palabra.

—Licuadora —repite.

Lupe piensa que sería divertido para la patrona verter ella misma el líquido sobre la olla.

—Ándele, ayúdeme.

Entre las dos vacían el recipiente y añaden un poco de consomé antes de taparlo.

—Ahora ya no se toca, porque lo vamos a poner en la lumbre —comenta la sirvienta como si hablara a una niña.

La enfermera invita a la señora a sentarse a la mesa y le sirve un poco de jugo, mientras señala los elementos que pueden interesarle

dentro de la cocina: cubiertos, sartenes, botes de plástico con especias.

—La estufa es peligrosa, no hay que acercarse.

Blanca se dispone a salir al jardín por la puerta de servicio, pero Aurora la detiene.

—Hoy no se puede; hace mucho frío, no se vaya a enfermar.

Así que ambas regresan a la escalera, ahora cuesta arriba, contando uno a uno los peldaños hasta llegar al mágico dieciocho. Antes de entrar a su habitación, Blanca se detiene en el cuarto de Patricia.

—Aquí.

—¿Quiere entrar al cuarto de Paty?

Blanquita observa satisfecha la habitación de su hija. Recorre con la mirada las fotografías de caras sonrientes en días felices y, sin saber por qué, experimenta satisfacción al verlas. Descubre el escritorio, se sienta y registra los cajones, sin entender con claridad qué es lo que busca, pero sospecha que algo suyo, muy importante, permanece ahí escondido.

—¿Busca algo, señora? —pregunta Aurora.

No hay respuesta. Sigue revisando las gavetas sin prestar atención a la pregunta de la cuidadora. Del segundo cajón, al final del paquete de hojas especiales para imprimir, aparece un diccionario. Blanca lo abre y lee una palabra al azar.

ALLANAMIENTO.

—Alla… na…

No le interesa la definición. Le cuesta trabajo leer tantas letras. No tiene sentido, las palabras han perdido significado. Cierra el diccionario y lo deposita nuevamente al fondo del segundo cajón. Observa a la enfermera, anhelante, pidiendo una explicación. La mujer asiente compasiva, pero no sabe qué decirle.

Aurora procura cambiar de situación y le muestra a Blanca los muñecos que Patricia conserva acomodados en una repisa, como recuerdo de su niñez.

—¡Mire qué lindos! —toma uno entre sus manos y le arregla su ropita—. ¿No es hermosa?

Blanca sonríe. Le gustan esas personitas, mira los zapatos diminutos, revisa que estén peinadas y bien sentadas en su lugar. De pronto, descubre uno pequeñito, escondido entre los otros: es un bebé que duerme plácidamente con los ojos cerrados. Al levantarlo, el muñeco abre los ojos brillantes y azules.

En un instante, su expresión cambia, de una plácida alegría, a una

visible angustia. La enfermera, siempre alerta, nota su reacción: hay rabia y recelo en su actitud. Su cuerpo tiembla ligeramente.

—¿Quién dejó a mi bebé sin comer? ¡Lo quieren matar de hambre!

Aurora trata de calmarla, pero la señora parece cada vez más alterada. Teme que se desencadene una crisis difícil de controlar. Opta por seguirle la corriente.

—¿El bebé no ha comido? No se apure, señora, yo le doy. Si quiere llamamos a Lupe para que traiga leche.

—¡No, qué tonta eres! Yo le doy de comer a mi bebé. ¿No ves que está chiquito?

Blanca se levanta la blusa, hace a un lado el sujetador y se acomoda el muñeco.

—¿Ves? —dice a la enfermera señalando lo obvio—. Es mi niño.

Ella siente cómo su pequeño hijo succiona de su pecho.

Las terapias no le están sirviendo a mamá, aunque al menos tiene algo que hacer. A las ocho, antes del cambio de turno, Aurora e Idalia la ayudan a bañarse. El baño ya no es problema. Aprendimos que hay que dar una orden a la vez y esperar a que la entienda; así no se confunde. Luego el desayuno y los medicamentos. Las pastillas las tienen que triturar y revolverlas con yogurt porque no puede tragarlas y como deja mucho tiempo la pastilla en la boca, le ha de saber a demonios. Reposa alrededor de una hora y luego llega la terapista de lenguaje. La maestra es joven y alegre, está más acostumbrada a tratar con niños, pero mientras a mamá le guste trabajar con ella, vale la pena. Tiene lleno el cuarto de letreros. Pequeños letreros de colores que nombran cada objeto: SILLA, LÁMPARA, MESA, CAMA, BAÑO, TELEVISIÓN, TELÉFONO… *sólo falta que nos cuelgue alguno también a nosotros, un cartón con letras grandes y rojas:* PATRICIA, HIJA; ALFONSO, ESPOSO; MARIANO, HIJO; LUPE, SIRVIENTA.

Ya no disfruta sus paseos. ¡Camina tan lento! Es desesperante ver cómo da un paso y luego otro. Apoyar el pie le da mucho miedo, quién sabe por qué, como si el suelo fuera una tabla ardiendo.

Trato lo más posible que siga comiendo por sí misma, pero cuando está muy cansada, de plano le meten las cucharadas en la boca. Luego se queda horas con el bocado. Tenemos que llamar su atención para que siga masticando y acabe tragando. Me dan ganas de llorar al verla, tan dependiente, ya no es dueña de su vida.

A veces es al revés, cuando terminamos de desayunar, no pueden recoger la mesa enseguida, porque ella se olvida que ya comió y pide que le sirvan. A las enfermeras les ha gritado varias veces que son unas

miserables y la quieren matar de hambre. Lo peor fue el otro día cuando regresé temprano de la universidad y ella… No sé para qué escribo todo esto, si me hace sentir tan mal.

Patricia suspiró dejando a un lado su diario. Cerró los ojos un largo rato. Imaginaba que desaparecía la enfermedad de su madre, procuraba olvidar la situación de agobio y seguir siendo, al menos mentalmente, la hija consentida, pero en vez de sentirse más tranquila, la invadió una impotencia, un dolor profundo.

Había regresado de la escuela y necesitaba encerrarse en su cuarto. Era semana de exámenes y le hacía falta todo el tiempo posible para rescatar el semestre. Llamó a la sirvienta para que le preparara una jarra de café cargado, con el propósito de estar alerta. Media hora después, Lupe trajo la charola.

—Oye, Paty, yo veo retemal a tu mamá, como que no me atrevía a decirte, pero mejor sí me voy a atrever…

—¿Qué, Lupe? ¿Necesitas algo? —preguntó Patricia, asombrada.

—Es que yo sé de una señora de allá de mi pueblo, que es bien buena para las limpias. Te pasa el huevo por el cuerpo para ver si alguien te está haciendo el mal. También te mete en un círculo de fuego para protegerte y, mientras te sacude con las hierbas, le va rezando a nuestro Señor Jesucristo. Si de plano la cosa está muy difícil, matan al gallo y con su sangre te pintan la frente. Otras veces como que te chupa en el corazón para sacar el aigre.

Patricia no podía creerlo. Está a horas del examen y, en vez de concentrarse en el estudio, tiene que escuchar a la muchacha con sus creencias extrañas.

—Debías traer aquí a la sanadora —prosiguió Lupe—, porque el trabajo que le hicieron a tu mamá está canijo y va a tener que venir a limpiar toda la casa, vete tú a saber si no te trabajaron a ti también o al Mariano, que anda bien despistado…

—Lupe, párale a tu tren —Patricia termina por perder la paciencia —. Me vas a marear con tanta cosa. Mejor vete a la cocina a terminar tus quehaceres y yo veo cómo resuelvo lo de mamá.

Paty, resignada, cerró su cuaderno y se dirigió a la habitación de su madre.

—Hola, mami —saludó, cariñosa—, ¿terminaste con la terapia?

Blanca la miró inquieta. ¿Qué hacía una desconocida en su recámara?

—¿Quién es? —se dirigió a la enfermera—. ¿Por qué la dejaron

entrar?

—Mami, soy yo.

Patricia se acercó, nerviosa, trató de besarla, pero Blanca, asustada, la apartó con un ademán.

—¿Quién eres?

—Mamá, soy Patricia. ¡Tu hija, mamá!

Blanca sonrió, ausente. Veía a la joven, le atraía su presencia, pero ya no podía vincularse con ella afectivamente.

—¡Mami, soy yo! —trataba Patricia de convencerla.

—Dile que se vaya, estoy cansada —le pidió Blanca a la enfermera. Se sentía fatigada, decidió relajarse y cerrar los ojos.

Entonces se acercó Idalia, la enfermera, y me pidió que saliera. Su voz pausada y tranquila, pidiéndome acompañarla, me hizo obedecerla.

Comprendí, en toda su dimensión, el significado del "nunca jamás". ¿Sería realmente así de simple? Habían pasado apenas unas horas de que estuvimos juntas y de repente me desconoció. ¿Podrá volver a recordarme? ¡Qué pregunta, claro que no! En el fondo me negaba a aceptarlo, mientras que otra parte de mi cerebro lo machacaba sin piedad: ¿no te sabes esta historia? La demencia de Pick, al igual que el Alzheimer, es el cuento de nunca jamás. No volverá a reconocerte.

Traté de dejar a un lado las emociones y concentrarme en lo poco de razón que aún podía utilizar. No era cierto, no podía ser cierto, pero cuando traté de acercarme, se desplegó entre nosotras una distancia inmensa. Sabías que algo así pasaría, ¿por qué te extraña tanto? No estaba lista. Es imposible prevenirse. La verdad es que nunca estás lista para soportarlo, por más que lo trates de asimilar, una nunca está preparada para esto.

Mercedes tenía prisa.

Blanca la miraba a lo lejos sin que ella lo notara. Parecía una reina con ese vestido color esmeralda que resaltaba su figura y hacía brillar aún más sus ojos verdes, verdísimos. Mercedes, apresurada, buscaba algo, quién sabe qué, en medio del montón de ropa tirada y objetos de arreglo personal. Tal vez el perfume con el que impregnaba la habitación, los guantes largos o, quizá, la pequeña cartera de noche salpicada de cuentas. Sí, eso era: buscaba su bolso. ¿Dónde habrá quedado el bolso de mamá? Una no debe salir sin bolsa y sin dinero, decía Mercedes orgullosa, altiva, la Mercedes con guantes y cartera de noche, enfundada en la suavidad de su vestido verde que la hacía tan

etérea como el perfume. Mercedes, mitad realidad, mitad sueño.

Blanquita la llamaba a gritos, pero su madre estaba demasiado ocupada para contestar, concentrada en su búsqueda, en su propia vida, en remendar los retazos de una juventud que se le escapaba de las manos, detrás de una máquina de coser. Así que después de un beso a distancia, se alejaba sonriendo, desdibujada, sumergida en el aire espeso de la noche, como quien se pierde en la inmensidad del océano, de donde ya no hay retorno.

La pequeña, consciente de su soledad, se envuelve con las sábanas, dispuesta a combatir a los demonios oscuros de su noche. ¿Y si mamá no regresa?

—Mami, no te vayas.

Mercedes despliega una mirada indiferente hacia su hija, le sonríe y se aleja entre sombras.

—Mamá, espérame, voy contigo —sollozó Blanquita estirando sus manos, suplicando el cobijo materno.

Algo la despierta de su ensueño. Es la lluvia que empieza a caer en pequeñas gotas hasta convertirse en una cortina espesa que lo inunda todo. Blanca siente el golpeteo en su cabeza e intenta cubrirse con el maletín negro, pero es inútil. La tormenta no perdona. Hace a los árboles tambalearse, arrasa con las hojas secas y la basura de la calle; se mete en los resquicios de las casas y en la ropa delgada, hasta calar los huesos de humedad y frío.

Se refugia bajo el toldo de la panadería junto con los transeúntes a quienes el clima implacable ha tomado por sorpresa. Por instinto, se abraza a su cuerpo, protegiéndose. Se mantiene alejada de los otros; más bien, ellos se apartan para no soportar el olor a suciedad y a orines. A ella no le importa. Permanece ensimismada, experimentando este nuevo sentimiento de abandono, como si nunca lo hubiera vivido. Es tan intenso que, si pudiera escudriñar su alma, vería cómo se desgarra lentamente, hasta disolverse en la nada absoluta.

—Mami, regresa.

La madre no pretende volver y mucho menos pararse junto a ella en el improvisado resguardo, sin más remedio que rodearse de la sucia muchedumbre y esperar a que amaine la tormenta. Sus aspiraciones son otras. Después del suicidio de Antonio, se vio de nuevo desamparada. Revivió el trauma de la guerra y la cubrió de un miedo visceral, de un dolor insoportable. Ante el futuro incierto, decidió que jamás volvería a experimentar hambre o privaciones. Estaba dispuesta a lo que fuera, con tal de salir del agujero negro en que se había

convertido su vida.

Durante el día guarda las apariencias, pero con la llegada de la noche, se alza el telón y surge la protagonista: la mujer joven, deseosa de aventura. Como un imán muy distinto del que se sirve para recoger alfileres, le atrae el lujo en diversas expresiones. Cada joya que recibe es un paso más que la aleja del camino a la pobreza. Cada abrigo de piel, el pasaporte a un mundo si bien desconocido, menos incierto. Cada nuevo romance, el escalafón a la vida sórdida que le fascina. Por eso Mercedes no siente culpa al dejar a su hija. Lo hace por el futuro de la niña, aunque en su conciencia todavía se escuche la voz acusadora, la que repite incesante las reglas de moral y buenas costumbres inyectadas en su cerebro durante la infancia. Mercedes ha perdido toda convicción. Sabe que esos valores se difuminan, con el paso del tiempo le parecen manipulaciones, decide que han dejado de existir. Ser buena y decente no le sirvió de mucho, no le funcionó para alcanzar la felicidad, ni antes ni ahora.

No le viene en gana que se eche a perder su hermoso vestido de seda, o que la lluvia termine con horas de cuidados en el salón de belleza. En especial no quisiera estropear su peinado, recogido en un moño y rematado en gajos dorados.

Mamá no vendrá.

El frío acentúa su sentimiento de soledad. No tiene forma de abrigarse, su ropa empapada le congela el pecho y los pulmones. No entiende qué hace ahí, en la calle, al lado de la panadería, viendo caer la tormenta que no tiene intenciones de ceder. La sensación de agobio apenas la deja respirar. Su mente elabora con dificultad.

Es ella en medio de la multitud, lanzada al vacío, arrojada fuera del mundo. No quiere olvidar la palabra que le permite apoderarse del momento. Sola. S O L A. Siente la urgencia de plasmar por escrito cada una de las letras, recordar el orden, permitir que el sonido fluya armonioso de la ese a la o, de la o a la ele, de la ele a la a. Escribir, grabar, marcar y, como si la pluma pudiera convertirse en una aguja delgada y el cuaderno en su piel, tatuar las cuatro letras en medio de su pecho.

Blanca descubre un rincón cerca del estanquillo. El piso está seco, le será posible sentarse y buscar el cuaderno azul, apuntar SOLA antes de que olvide la palabra. Hurga desesperada entre sus cosas, pero no encuentra la libreta. Mete la cabeza al interior de la bolsa revolviendo sin éxito alguno. Entonces decide vaciar el contenido para mirar hasta el fondo y convencerse de que la libreta azul no está dentro del

maletín. Saca el pasaporte, lo revisa, mira la fotografía de una mujer joven y lo tira en el rincón. Encuentra la pluma, la mascada arrugada que guarda sin entender para qué sirve. Nada. Blanca insiste. Ordena los billetes que va amontonando a un lado del maletín.

Mientras ella se obsesiona con la búsqueda, la gente a su alrededor la mira incrédula. Hay miles de pesos en los montones de billetes. Un mendigo, ni en sueños, podría ser el dueño de tanto dinero. Algunos se preguntan de dónde lo habrá sacado y otros piensan en lo que parece obvio.

—¡Ratera! ¡Vieja ladrona! —le grita la mujer que ahora ocupa lo que fuera su hogar—. ¿A eso querías entrar a mi casa, a ver qué te robabas?

El escándalo se acrecentó al igual que el número de curiosos. Sus ojos no daban crédito a lo que veían. Una pordiosera, una pobre mujer asustada, mostraba entre sus manos gruesos fajos de billetes. Algunos la insultaban a gritos; otros, codiciosos, hubieran querido adueñarse del tesoro.

Ante el bullicio, no tardaron en aparecer los policías de la zona, quienes se abrieron paso entre la multitud y, exhibiendo su poder, amenazaron a Blanca con una macana.

—¿De dónde sacaste todo ese dinero? —preguntó uno de ellos, retando a la pordiosera con la mirada.

—Es mío, de mi… ¡Yo lo tenía! ¡En mi bolsa! —Blanca, nerviosa, no sabía cómo explicarse.

—Seguro se lo robó, señor oficial —declaró la mujer con aire de sabelotodo—. Para eso entró a mi casa, a robar.

Blanca hacía muecas, abría más los ojos, sentía su corazón palpitando con fuerza, pero seguía sin comprender. ¿Por qué se reunió tanta gente a su alrededor? ¿Quiénes son esos hombres que la amenazan? ¿Por qué la llaman ratera? ¿Qué significa eso de ratera?

—¿De dónde sacaste el dinero? —insistió uno de los policías.

—Es mío, de mi casa —respondió ella, tratando de defenderse.

—¿Dónde vives?

Cuando Blanca señaló la casa de su infancia, inmediatamente reaccionó la mujer, gritando enfurecida.

—¿Dónde dices que vives? ¡Vieja andrajosa! Lo que quieres es robar a la gente decente como nosotros.

—Será mejor si nos dices la verdad —amenazó, una vez más, el oficial con la macana en la mano—. ¿De dónde sacaste todos estos billetes?

La vagabunda gritaba y lloraba a un tiempo, a la vez que sentía terror ante el tumulto.

—¡Déjenme! ¡Váyanse!

Mientras uno de los policías la esposaba, el otro recogía el dinero y le quitaba el maletín de viaje.

—Nos vas a acompañar a la delegación y ahí verás cómo le haces para explicar esto.

—¡No, suéltame! ¡Mis manos! ¡Dame mis manos!

No sé qué pudo ser peor, si cuando perdimos a mamá, o cuando la encontraron. El día de su desaparición entré al cuarto de huéspedes y al ver que no estaba, sentí un miedo insoportable. El corazón me latía con fuerza, pensé que en cualquier momento se me iba a salir del pecho. Mamá, ¿dónde pudo haber ido? Es cierto que sufríamos sus largos paseos nocturnos y escuchábamos entre sueños sus pisadas rondando la casa, pero nadie imaginó que pudiese escapar y menos aún cuando estábamos convencidos que las puertas quedaban aseguradas con llave.

Lupe fue la que se dio cuenta por la reja que, desde el jardín, da a la calle. Hay una pequeña puerta que muy de vez en cuando utiliza el servicio y que permanece constantemente cerrada. ¿Cómo le habrá hecho mamá para encontrar la llave? ¿Por qué se fue? ¿Qué pensaba mientras tomaba el maletín de viaje? ¿A dónde habrá ido?

Mi madre en la calle. Sola, enferma, indefensa; a merced de los peligros de esta enorme ciudad. ¿Sabría cómo regresar? Papá tenía la certeza de que así sería, o al menos intentaba tranquilizarnos. Nos decía que esta escapatoria era como uno más de sus paseos nocturnos, del que terminaría por aburrirse y regresar. Mariano no comentaba nada, sólo se veía desesperado. Yo insistí en salir a buscarla y así lo hicimos. Lupe y yo recorrimos varias veces la zona, primero a pie, luego en el coche. Mientras tanto, Mariano vigilaba desde la casa. Se dedicó a preguntar en las delegaciones, en el servicio de localización, en la Cruz Roja. Nada. Era absurdo suponer que podríamos encontrarla. Nos volvíamos locos.

Papá se mantuvo tranquilo, aunque no por mucho tiempo. Cuando vio que pasaban los días y no teníamos noticias de ella, empezó a mover sus influencias y a tratar de localizarla a como diera lugar.

Durante las largas horas de espera, me preguntaba qué estaría haciendo, si tendría hambre o frío. Era época de lluvias, ¿cómo iba a hacer para protegerse? ¿Dónde dormía?

Al no tener noticias de ella, mezclaba mis propios miedos con la infinidad de posibilidades. Imaginaba que unos hombres la habían

secuestrado, abusaban de ella, la hacían trabajar como esclava, la violaban. Trataba de desechar esas imágenes, pero aparecían otras casi simultáneas: mamá atropellada, mendigando, drogada, moribunda.

Nunca fui creyente, pero me la pasaba rezando. Aún recordaba las oraciones que de niña me había enseñado la abuela Montijo. Las repetía en voz baja rogándole a Dios que nos trajera a mamá de regreso. Era capaz de prometer lo que fuera a ese Dios desconocido, con tal de tenerla aquí conmigo.

En casa, el silencio nos consumía a los tres. No teníamos nada que decirnos, a menos que empezáramos a culparnos unos a otros. Mejor volvíamos al silencio; de nada servía lastimarnos, el rencor no nos la iba a regresar.

Pasaban los días y cada uno seguía metido en sus cavilaciones, en sus miedos, sus culpas. Esto es peor que un secuestro, me decía a mí misma: en una situación así, nadie llama para pedir un rescate, no hay una prueba de vida. ¿Prueba de vida? Mamá podría estar muerta y ni siquiera tendríamos su cuerpo para darle sepultura. Esta conclusión me hacía llorar. Mariano se acercaba, intentaba compartir conmigo sus sentimientos, pero yo lo rechazaba. En medio de mi angustia, no podía hacerme cargo también de él, bastante tenía con soportarme a mí misma.

El tío Sergio nos visitaba como amigo, no como médico. Nos hizo buscarla en lugares que hubieran sido claves en su vida. Fuimos a la universidad, a las calles cercanas al despacho, a los juzgados, todo parecía inútil. A Mariano se le ocurrió hacer carteles con su fotografía y pegarlos en lugares concurridos, en centros comerciales y en grandes avenidas. Me hizo recordar cuando de niños perdimos a Cookie, una perrita que nos habían regalado en la época navideña a Mariano y a mí. En cuanto se escapó, salimos con su fotografía y la pegamos en los troncos de los árboles por toda la zona. Al igual que Cookie, mamá no regresaba.

Llegó el momento en que ya no pudimos engañarnos más. Todos empezamos a experimentar una extraña sensación de muerte: en las cosas, en el tiempo, en las tardes interminables, en las noches sombrías. Parecía una señal; dentro de nosotros mismos, sentíamos que mamá había fallecido, presentíamos su muerte como una verdad irremediable. Nada quedaba por hacer. No podíamos siquiera experimentar la tranquilidad de despedirnos de ella.

Por eso cuando llamó el jefe de la policía y pidió hablar con mi papá, no podíamos creerlo, pensamos que sería un engaño, que alguien deseaba sacar provecho de nuestra pena, pero no fue así. Mamá apareció, regresó de la nada, como un fantasma.

Los dos policías la empujaron con fuerza y la obligaron a entrar al cubículo, donde el agente del Ministerio Público esperaba frente a la computadora.

—Nombre, lugar y fecha de nacimiento —empezó a teclear sin prestarle mucha atención.

Blanca se mantuvo en silencio. Con la mirada fija en el desconocido, hasta que pudo murmurar:

—Me duele —se quejó, frotando sus muñecas, tratando de quitarse las esposas.

—Nombre completo, lugar y fecha de nacimiento, ¿me escucha?

Ante la falta de respuesta, el MP preguntó varias veces, en tanto que le mostraba el bolso con el dinero. Ella no respondió.

—Señora, hay una demanda penal en su contra —prosiguió, a pesar de percibir la mirada vacía de Blanca—, por robo, allanamiento de morada con uso de violencia y faltas a la autoridad.

A ella le sonó conocido eso del allanamiento. Trató de separar mentalmente la palabra, pero desistió: debía seguir el hilo de la conversación, entender por qué la habían llevado ahí.

—¿Qué hacemos con el maletín, agente?

—Prueba del delito. Hay como veinte mil…

—¡Le ayudamos a contarlo!

—Ustedes de plano no tienen vergüenza. ¡Repórtenlo al comandante!

Los dos policías salieron y el MP prosiguió.

—Señora, escúcheme, tiene derecho a una llamada telefónica con sus familiares o con un abogado, ¿entiende?

El comandante entró al cubículo y empezó a revisar, incrédulo, el valioso contenido del maletín.

—Lo limpio y te lo regreso —se dirigió al agente.

—¡Mi bolsa! —gritó Blanca, al ver que el sujeto se la llevaba—. ¡Mi bolsa, dame mi bolsa!

—No se preocupe, aquí se la vamos a guardar —dijo muy amable el oficial. Insistió en que debía llamar por teléfono pero ante la falta de respuesta, ordenó—: está drogada, guárdenla de una vez.

—¡Camina! —la jaló uno de los guardias.

En los separos, Blanca permaneció concentrada en las palabras que descubrió en los muros. Grafías distintas, diferentes colores y tamaños, formas diversas representando el encuentro de contradicciones: PUTOS LOS DE LA PROCU, NO TIENEN GÜEVOS, PINCHES CORRUPTOS, ME LA PELAN, AKI

ESTUVO LA GUARRA K ONDA LOCOS CHINGUEN A SU PUTA MADRE.

Leyó las frases, intentó asirlas, pero los signos giraban en su mente sin que ella pudiera detenerlos, descifrarlos. Leía, olvidaba que leía, volvía a leer. El cansancio la venció para despertar y descubrir las letras diseminadas en los muros, bordeadas de garabatos infantiles. Leía los mensajes sin comprenderlos: significados impenetrables.

Un suave destello traspasa la habitación del hospital para detenerse en las facciones de Blanca e iluminar su rostro: los ojos cerrados, la respiración agitada, asistida por el tubo de oxígeno; la boca ligeramente contraída simula una mueca, el hilo de saliva que viaja displicente de sus labios a la almohada. Despierta y observa extrañada a su alrededor. Todo es blanco. No sabía que el mundo fuera tan blanco. Repara despacio en las paredes, las sábanas, la puerta de la habitación, la lámpara. Llama especialmente su atención la luz clarísima que, convertida en agua, traspasa el ventanal. No sabía que la luz se fragmentara en millones de gotas de agua. ¡Cuánta humedad! Se seca con la bata que, de inmediato, vuelve a mojarse.

El blanco inmaculado le provoca una sensación de ligereza: siente que flota. No, no flota. Más bien está sumergida en una alberca enorme, como si su cuerpo fuera un submarino. Pero tampoco es una alberca, parece demasiado grande para ser una alberca. Es el océano inmenso que todo lo abarca. El agua la rodea, la acaricia, la contiene. No comprende cómo es posible flotar sin necesidad de moverse. Sonríe, no es necesario nadar, aunque agite los brazos acompasadamente: aun el derecho, el que se mantiene preso, víctima de agujas y cables. La señorita enfermera con su bata de espuma blanca se acerca intentando detener los movimientos de su paciente.

—Todo está bien, cálmese, no vaya a zafar el suero.

Ella asiente, sabe que todo está bien, lo único que no entiende es cómo la mujer se desliza por las inquietas aguas sin una brazada siquiera. También flota como ella y camina. Será que han llegado al fondo del océano y que es posible pisar la blanca arena del océano y, sumergidas, dar unos pasos sobre la arena pisando el fondo. Arena blanca de Blanca blanquecina blanquísima blancura.

Al ver a la enfermera, encuentra un parecido curioso entre las personas y los peces de colores que se deslizan silenciosos a su alrededor. La señorita ballena-gorda-gris-de-fauces-abiertas se acerca para explicar algo, pero ella, desde el fondo del mar, no logra escucharla. Sólo mira sorprendida los cientos de burbujas que brotan

desde la boca de la mujer-ballena-gorda. Manotea, tratando de reventar algunas.

Patricia observa la escena, nota que la enfermera no puede darse a entender y decide intervenir, ser ella quien hable con su madre, le explique, la tranquilice, la obligue a levantarse de la cama para que dé unos pasos y sentarla en el sillón de descanso que será más cómodo. No es conveniente que la enferma permanezca en la cama todo el tiempo, hay que evitar las llagas, cambiar de posición a toda costa. Un lado y luego el otro.

Patricia pez-espada extiende las aletas pobladas de escamas que sobresalen tímidas de su blusa. ¿También en el fondo del mar habrá hijas-mamás-mamás-hijas?

Blanca intenta girar, pero no tiene la fuerza necesaria. Sin embargo, no se da por vencida. Alcanza a aletear con los brazos. Es lo único de su cuerpo que no está detenido, anclado. Suspira resignada. No es fácil sobrevivir al mundo marino plagado de peligros. Teme a un huracán o quedar presa entre las algas-lianas del océano. Le angustia ser devorada por un pez más grande que ella. Por eso se resiste a levantarse, a pesar de la ayuda que le ofrecen tanto Paty como la señorita, quienes la jalan de los brazos.

—Sólo unos pasitos —le ruega Patricia con una sonrisa.

Ella hace un gran esfuerzo. Se incorpora con dificultad, aunque no le sea posible mover los pies. Ya no hay pasitos. Su cuerpo le pesa: se sumerge, testarudo, en el fondo, más allá del fondo. Nadie puede adivinar si ha perdido la fuerza de sus músculos, o si es su cerebro el que se ha vuelto incapaz de dar una orden coordinada que viaje hasta sus extremidades. A ella ya no le preocupa, prefiere abandonarse y, sin oponer resistencia, se deja caer en los brazos de la enfermera, quien la sostiene con dificultad.

—¡La silla, señorita! ¡Alcánceme la silla de ruedas! —grita la mujer-ballena sosteniendo a su presa.

Le gusta el navío. Es de piel negra con brillantes aditamentos de metal. A Blanca le parece justo que tenga dónde poner los pies: así no hay que pisar. También le complace el que pueda acomodar sus brazos con libertad. Sin embargo, al recargarse, siente un dolor molesto en la espalda, pero Paty-pez-espada lo resuelve acomodando un cojín.

¡Qué extraño! El buque se mueve sin necesidad de encenderlo. Sólo emite un pequeño rechinido que le parece armonioso, pareciera una música distinta, el sonido de un motor bajo el mar.

La embarcación se desliza suavemente, también flota, como ella,

como todos los peces de colores que caminan por el pasillo del hospital. Blanca mira con atención el entorno: el mundo marino ya no le parece tan amenazador.

La remitieron a Santa Marta Acatitla, donde fue recibida por dos custodias. De una ojeada se dieron cuenta que no traía nada de valor que quitarle. La mujer alta y fornida procedió a llenar el formulario.

—¿Nombre completo? ¿Fecha y lugar de nacimiento?

—Que cómo te llamas… ¿no oyes? —insistió la más joven.

Al ver la falta de respuesta, prosiguieron con el protocolo de admisión. Huella digital y fotografías de frente y perfil. Llevaron a Blanca con la comandante.

—Acaba de llegar, ¿dónde la acomodamos?

—Mucho en dónde, ya no hay. Métanla en la 113.

—¡Órale! ¿Con las reinas? ¡Uy, ésas son bien bravas!

—¡Que se aguanten! —la comandante reaccionó autoritaria—. ¡Ya me tienen harta de sus ínfulas!

Una de las custodias le quitó las esposas. Entre las dos la llevaron a empujones por el largo pasillo. A Blanca le pareció que se introducía en las fauces abiertas de una bestia dispuesta a tragarla. Sin decir palabra, la depositaron en la celda 113, donde las reacciones no se hicieron esperar.

—¡Aquí no! ¡Bastante cuota pagamos, no nos vengan con chingaderas! —gritó la Doña.

—¿Por qué a nosotras? —encaró la más fortachona—. ¡Nos quieren chingar a como dé lugar!

Las custodias se alejaron sin contestar. Blanca se quedó parada en medio de la habitación, sin saber qué hacer, su rostro denotaba un pavor infinito.

—¡Pinche vieja apestosa! —reclamó la más joven—. ¡Trae un tufo, que no puede una ni acercarse!

—¡Qué olor a orines! —reaccionó Victoria.

Furiosas, la llevaron a empujones hasta los baños. Entre gritos e insultos la desnudaron y la metieron en la regadera donde, de golpe, le cayó el chorro de agua fría.

—¡No! ¡Está frío!

—¡Cállate, pendeja! —le gritó la joven—. ¡Tállate, mugrosa!

—¡No, ya no! ¡Mamá, no! ¡Ya no!

—¡Cálmate! —amenazó la Doña—. ¡Pinche vieja asquerosa!

—¡Mamá! ¡No! —se agachó tratando de cubrir su cuerpo.

—¡No grites, carajo! —la golpeó la más fornida en la espalda.

Después del baño, ella permaneció impávida, con la cabeza baja. La fortachona se acercó y de nuevo empezó a gritarle:

—¡Eres una asquerosa de mierda! —continuó, dirigiéndose a su compañera—. ¡Puta madre, ve nomás, está llena de piojos!

—¡Pérense, yo ahorita les consigo de todo! —aseguró la Doña. Al poco tiempo, trajo unas tijeras y una rasuradora. Nadie preguntó de dónde las había sacado. En la cárcel, lo saben por experiencia, nadie pregunta.

Sentaron a Blanca a la fuerza y la más joven empezó a cortarle el cabello.

—¡Mi pelo!

—¡Pa' las pinches marañas que te cargas! —siguió cortando mientras apretaba la cabeza de Blanca con las dos manos.

—No va a servir, mejor con esto —la más fortachona encendió la rasuradora eléctrica y empezó a raparla.

Ella seguía gritando, aullaba como fiera herida hasta que recibió un sorpresivo puñetazo en la boca. La sangre comenzó a brotar y los labios a hincharse.

—¡A ver si así te callas, hija de la chingada…! Mejor de una vez —la joven optó por amarrarle la boca con un trapo.

—A ésta seguro no la revisaron, me late que trae un regalito… —opinó Victoria.

Entre todas la acostaron boca abajo. La mayor le detuvo las piernas y las manos, mientras la joven metía los dedos por el ano y revisaba toda la cavidad.

—¿Algún secretito? —preguntó, pensando en una buena dosis de droga.

—Por ahí nada, hay que voltearla.

Al verla recostada boca arriba, la Doña, famosa por su buen gusto, comentó:

—Mira, no está de nada mal ver. ¿Ya viste qué suave y blanca tiene la piel?

¿Blanca, quién es Blanca? Blanca. La rondan las palabras, la nombran; traviesas, se esconden.

La Doña se acercó y le pellizcó los pezones. Ella gimió, asustada. Sus aullidos indefensos no impidieron que la mujer metiera los dedos en su vulva y revisara la vagina. Cuidadosa, hasta el último rincón. Antes de sacarlos, frotó su clítoris y se acercó a lamerle el vientre, seductora.

—¿Verdad que te gusta, mi reina? Ésta es mía, ni se le acerquen —dijo con voz imperiosa a las demás—. Verás, linda, yo soy tu amiga, yo te voy a proteger de toda esta bola de cabronas.

Ella, sin comprender y a pesar de las suaves palabras de su supuesta amiga, se sentía amenazada, humillada. Volvía a gemir. Hacía muecas, lloraba, señalaba su boca aprisionada.

—Está bien, te suelto —se acercó la fortachona—, pero te advierto que si comienzas a gritar, te meto la golpiza de tu vida. ¿Entiendes, pendeja?

—Ya te dije que es mía, no te atrevas…

—Ay, Doña, si serás golosa, quieres con todas —rio Victoria.

Blanca bajó la cabeza, lo que las mujeres interpretaron como señal de asentimiento.

—Ponte este uniforme, yo te lo pago, para que no andes con tu ropa sucia —dijo la Doña.

No hizo ningún movimiento. Las mujeres forcejearon hasta que, a pesar de sus quejas, lograron vestirla. Rumbo a la celda, sucedió lo inevitable. Un chorro caliente brotó de entre sus piernas.

—¡Cabrona, ya te hiciste! Apenas te acabamos de bañar y ya empiezas con tus porquerías —la mujer fornida la golpeó varias veces. La empujaron dentro de la celda. La encerraron.

Se desconectó.

Un suave destello traspasa la habitación del hospital para detenerse en las facciones de Blanca e iluminar su rostro: los ojos cerrados, la respiración agitada, asistida por el tubo de oxígeno, la boca ligeramente contraída simulando una mueca, el hilo de saliva que viaja displicente de sus labios a la almohada.

Mariano guarda silencio mientras que, atento, la observa. Procura insertar a esa persona en la imagen que recuerda de su madre, pero por más que se repite hasta el cansancio que esa mujer es su madre, no lo acepta. No entiende que ese ente despojado de sí mismo, acabado, presente por el sonido rítmico de su respiración, tenga que ver con él.

—¿Por qué la raparon? —preguntó en voz baja a la enfermera de guardia.

—No sé, joven… así nos la trajeron.

—¡No tenían que raparla! —reclama, agresivo—. A mamá no la operaron; no tenía un tumor, señorita; no tenían por qué dejarla así.

—Yo no le sé decir, joven. Mejor pregunte a su médico, él puede

explicarle con más detalle qué ha pasado con su mamacita. Es el doctor Gutman, siempre hace su recorrido a las siete.

—¿El doctor Gutman?

—Sí, el geriatra —responde nerviosa la enfermera—. Es un excelente médico. Yo le aseguro que la señora Hernández está en las mejores manos.

—¿Un geriatra? ¿No son los doctores de los viejitos? Mi mamá es muy joven, apenas tiene cincuenta y dos años.

—Yo le recomiendo que hable con el médico; si desea, le doy el número de su localizador.

Mariano procuró recordar el nombre: Gutman, había dicho la enfermera. Últimamente se escuchaban distintos apellidos revoloteando alrededor de Blanca: Jesús Cardiel, el neumólogo, y el doctor Juan José Aguirre, el cardiólogo. Martín del Campo seguía siendo su médico de cabecera y ahora se unía al grupo un nombre más. El doctor Gutman, geriatra. Al fin le prodigaban a su madre la esmerada atención médica que su papá se había resistido a ofrecerle en un principio. Mariano se pregunta, irónico, si las cosas habrían sido distintas. "Tal vez no, la enfermedad hubiera seguido su curso de todas formas, como lo comentó el tío Sergio".

A pesar de las explicaciones, le sigue molestando la actitud arrogante y egoísta de su padre. "Ya ni la jode, cuánto tiempo la dejó sin que la atendieran".

Mariano está enojado con la vida. Con su madre, que se deteriora día con día y a quien ya no es posible ayudar; con su padre que sólo existe como proveedor y, de acuerdo a su percepción, uno demandante, exagerado y absolutista. En esta época de tensiones familiares, por más que intenta acercarse a él, no encuentra la forma. Alfonso sigue perdido ante la enfermedad de su esposa, encerrado en sí mismo. Esto provoca en el hijo un gran desaliento. Cansado de luchar, ha llegado a la conclusión de que ser el niño bueno no le ha servido de nada. Por eso, necesita alejarse del yugo familiar, evadirse de sus responsabilidades, olvidarse de todo, aunque sea por unas horas.

Mira el reloj, desesperado. No puede hacer nada por su madre en esas condiciones y siente que todos están perdiendo miserablemente el tiempo. Además él tiene asuntos importantes que atender. Patricia prometió regresar antes de las siete y no aparece por ninguna parte y el tiempo apremia, quedó de ver a sus amigos. Él consiguió la yerba; ellos la bebida. La combinación es perfecta para alejarse un buen rato

de “esta vida de mierda”.

Todo se amalgama en una sola palabra: independencia. Le urge liberarse cuanto antes del yugo paterno, de la enfermedad materna convertida en un grillete que le impide moverse y de la hermana odiosa que lo trata como a un recluta.

“Y la ojete de Patricia que no llega; por más que se lo pedí de buena manera”.

Esperó veinte minutos más, pero la necesidad de consumir la droga fue creciendo hasta convertirse en un nerviosismo insoportable, difícil de controlar, y aunque siente algo de remordimiento al dejar sola a Blanca, en el fondo desea convencerse de que le da igual.

La observa de nuevo por unos instantes. No comprende la necesidad de mantenerla dormida tantos días, conectada a un respirador, cuando podrían darle algo más fuerte. “Mejor si se muere de una vez, de todas formas no entiende nada”. Así acabaría el sufrimiento: el de ella y el suyo, el de todos.

Desliza su mano por la cabeza sin cabello de su madre: ensaya una caricia: pequeñas púas le pican la palma. Es el cabello que intenta surgir de nuevo. Era cierto, no la habían rapado en el hospital, había sido en la cárcel.

Toma su maletín y, sin despedirse de la asistente en turno, sale del cuarto de hospital donde tienen recluida a su madre.

“Entre la cárcel y el hospital, no hay mucha diferencia”.

LACERAR. **(lat. *lacerare.*) tr. Herir, lastimar. // fig. Dañar.**
hiere lastima vulnera agrede instiga rebana maltrata
duele
sangra desgarra afecta corroe destruye humilla arranca desnuda
    duele
quema invade muerde clava rasguña separa marca reduce condena fragmenta
        duele
mutila escinde lesiona cercena masacra
            duele

IMÁGENES: Luces intermitentes merodean fragmentadas, escindidas. Su cerebro, en tormenta eléctrica, mutila aún más la historia donde ha desaparecido toda lógica y se pierde el hilo conductor de su existencia, reducida a cuadros de una película sin título.

¿Quiénes son los hombres uniformados que observan a la joven? ¿Quién la mujer que yace inerte?

DISOLVENCIA: La imagen se desenfoca, sale de cuadro, se vuelve una masa borrosa, roja, intensamente encarnada. Blanca se resiste, quiere escapar del manto que la ciñe, abre los ojos, desea llenarlos de la realidad del mundo cotidiano al que está acostumbrada, pero se pierde en la nada rojiza, envuelta en un letargo extraño.

CLOSE UP: a la sangre que destila lenta desde la boca y el vientre de la mujer inmóvil. Un sonido prolongado la rescata de su reclusión. El aullido intenso y agudo de la ambulancia, los hombres de blanco, ¿quiénes son los de blanco que portan la camilla, recogen a la mujer y la trasladan a la camilla?

VOZ EN *OFF*: Su madre estará bien, no se preocupe, señorita.

BIG CLOSE UP: a la boca de labios gruesos del hombre vestido de negro que se dirige a ella con delicadeza. ¿Mi madre?

DIAPOSITIVA EN BLANCO Y NEGRO: La madre inconsciente, el rostro desvanecido, girado hacia el lado izquierdo, las arrugas alrededor de

los ojos, el llanto. ¿De quién es el llanto?

Es de la joven que observa la escena, sorprendida, angustiada, ¿qué voy a hacer? ¿De dónde sale Ella? Son los recuerdos. ¿Por qué la persiguen ahora, que ha perdido el significado de las palabras, los sentimientos de angustia que había guardado con tanto recelo en el fondo y al final del inconsciente?

LONG SHOT: a la ambulancia donde meten a la madre y obligan a subir también a la joven que expresa pánico en su mirada.

Blanca se frota los ojos. Tal vez se vayan y la dejen en paz. Por unos instantes, regresa a la normalidad. La habitación tan conocida, la colcha de suaves colores, el peinador. Respira hondo. Bebe un sorbo del vaso con agua que se encontraba en la mesa de noche. No se han ido, deciden no irse. El sonido de la ambulancia la ensordece. Se tapa los oídos, el sonido persiste.

TRAVELING. La cámara recorre, junto con su mirada, las calles que se mueven a gran velocidad.

SONIDO DE GOLPE SECO. La ambulancia frena violentamente. La joven se golpea contra las puertas.

FULL SHOT. Entrada a un hospital que ella no sabe que es un hospital.

La mujer desconocida denominada, en la película Mercedes, se queja, abre los ojos, mira avergonzada a la joven, solloza, desea morirse.

MÚSICA. Réquiem.

DISOLVENCIA. La imagen desaparece lentamente.

¡Qué tonta! Pensé que cuidar a mamá sería mi única preocupación, pero no. Esta bronca nos está afectando a todos de diferentes maneras. Es como si al jalar un cordón invisible, nos fuéramos, agarraditos de la mano, directo al precipicio. No se puede detener el descenso, hasta parece que gozáramos de estarla sufriendo y allá vamos, nos lanzamos como paracaidistas suicidas.

Mientras tanto, ver a mamá me parte el alma. ¡Ha adelgazado muchísimo! Ha perdido por completo el apetito y se le dificulta tragar, con cualquier cosa se ahoga. Uno podría pensar que con el agua se le pasaría, pero es al revés, los líquidos se le atoran.

Lo importante es mantenerla cómoda. Eso hacemos, con un ejército de colaboradores a su alrededor. Los médicos, las enfermeras y las terapistas; si bien han cancelado la de lenguaje, porque ya no puede decir una sola palabra, siguen haciendo con ella ejercicios de motricidad. Como no puede moverse, alguien tiene que ejercitar sus músculos.

Las entradas y salidas al hospital son cada vez más constantes: oxígeno, transfusiones, alimentación asistida… muchas veces me pregunto, ¿para qué? ¿Se lucha hasta que dejan de respirar? ¿Se les olvida respirar? ¿Dejan de respirar aunque estén conectados? Desearía saber qué hubiera querido ella, toda esta avalancha de ayuda inútil, o haber muerto tranquila en su casa. Eso sería lo mejor, que estuviera en la casa, que viviera su propio tiempo para morir. Pero no, nosotros, egoístas, queremos retrasar el último momento lo más posible. Impotentes, nos hemos convertido en testigos mudos de cómo el mal se apodera de lo poco que todavía nos queda de mi mamá. Lo que deberíamos hacer es llevarla a casa, poder abrazarla sin tubos y oxígenos de por medio, eso es lo que quiero.

Mientras tanto, esperamos. Quién sabe cuánto tiempo más soportará su cuerpo vivir sin su mente.

Cada vez que abre los ojos, se aterra. El espejo, frente a la cama, le devuelve la imagen deforme: el rostro de una mujer demacrada bordado en negro. Es la muerte que ha robado sus facciones para inundarlas de espanto. La mujer espectro la observa asustada, tan asustada como ella. Blanca no tiene forma de luchar contra esa aparición. El destino es despiadado. Gime en sordina, en un tono casi inaudible.

—Ma… ma-má…

Mariano y Patricia perciben algo extraño en su mirada. ¿Miedo? ¿Pavor a su propio reflejo? El hijo amoroso comprende. Cubre la luna con una pintura que ha realizado para su madre. Es la copia burda del jardín y la fuente que ella miraba a diario desde la terraza.

Aurora se acerca a tomar el pulso. El ritmo de Blanca se acelera y decrece abruptamente, como si su corazón se deslizara, cada vez más exhausto, sobre el camino sinuoso de una montaña rusa convertida en venas y arterias que se enredan infinitas.

Las señoritas enfermeras, ahora dos en cada turno, deben cambiar su posición, varias veces al día, para evitar las escoriaciones que laceran la piel hasta sangrarla. A un tiempo, toman la sábana doblada por ambos lados y voltean a la paciente con dificultad, del costado izquierdo al derecho. A pesar de la enorme pérdida de peso, Blanca ejerce una última resistencia. Es complicado moverla: un fardo que aún respira. Al momento de girar, siente el oleaje, la ondulación de su cuerpo que pronto navegará en aguas luminosas.

Patricia se aproxima, la toma de las manos queriendo retenerla. El

temblor es persistente, incontrolable, la hija quisiera contenerlo de alguna manera. La acaricia con suavidad y ternura. Blanca difícilmente nota el roce de su piel, pero la sensación cálida la consuela, aunque ya no pueda definirla. Se hunde en un mar de percepciones profundas y ocultas que no puede interpretar; sin embargo, las experimenta en cada poro de su piel. Es como si estuviera vinculada a otra dimensión, a una energía distinta. Los que la rodean no pueden advertirlo.

El aislamiento es implacable. La soledad, absoluta.

Alfonso permanece silencioso cerca de ella. Observa los acontecimientos como si los hubiera vivido antes. Igual que todos, adivina y espera el desenlace. Parece triste y resignado ante ese destino que se le impone. Ha perdido su fortaleza. La máscara del poderoso semidiós que encajaba en sus facciones ha terminado por desdibujarse frente a los otros y ante la realidad.

Patricia se acerca, lo abraza y le ofrece un libro de Salmos. Al principio, Alfonso no sabe qué hacer con él. Lo hojea aleatoriamente, hasta encontrar las palabras que cobran sentido. Las lee varias veces y las repite, las graba en su memoria:

¿Hasta cuándo me tendrás olvidado, Señor?
¿Eternamente?
¿Hasta cuándo me ocultarás Tu rostro?

Se rinde ante el Misterio. “¿Qué sigue después de esto? ¿Hay algo más? ¿Habrá una nueva oportunidad para ti, mi amor?”. Observa a Blanca, desolado. Ahí permanece postrada la mujer de su vida, a punto de morir. Cierra los ojos. Las imágenes se suceden intermitentes: Blanca joven, alegre, divertida. Blanca mujer, su mujer. “Sólo te pido, Señor, que me permitas mantener mi memoria intacta para seguir recordándola”.

El doctor Sergio Martín del Campo llegó a su visita de rutina. Hizo las preguntas de rigor a las enfermeras, revisó el suero y les pidió a todos que salieran unos minutos de la habitación.

No había razón médica para quedarse a solas con la paciente, pero necesitaba un tiempo para despedirse. Más que una despedida, lo vivía como un desprendimiento. Había estado muy cerca de Blanca, la había visto sufrir, transformarse, dejar de ser quien era, hasta convertirse en esta mujer desvalida y ajena.

—Adiós, querida amiga.

Sintió que ella le sonreía, comprendía. Había un brillo en su mirada, una claridad, algo que la hizo parecer distinta. Agradeció ese instante. Pensó que cada uno de los miembros de la familia merecía unos minutos a solas con ella.

—El hecho de que estemos todos en su habitación —comentó al salir— la angustia demasiado. No la dejamos descansar. Será mejor que entre a verla una persona a la vez.

Cada uno tuvo la última oportunidad para decir lo más importante que se puede expresar a un ser querido al momento de la partida. Sin embargo, Blanca ya no escuchaba. Estaba concentrada en el destello luminoso que había aparecido ante sus ojos y le recordaba la silueta de su padre. Veía, curiosa, cómo Dios, convertido en el imán supremo, la levantaba de la cama, para depositarla en un campo etéreo. Se miraba a sí misma, todavía niña, bailando feliz. Carmen le sonreía dispuesta a compartir una travesura más. ¡Qué raro, Carmen aquí! ¿También habrá muerto? ¿Es esto la muerte?

Las enfermeras hacían su trabajo, respetuosas del dolor de la familia. También para ellas representaba una pérdida. Se habían acostumbrado a cuidar de la señora Hernández y ahora quedaba un vacío que pronto tendrían que llenar de nuevo. Era su forma de ganarse la vida. Aurora sintió de nueva cuenta el pulso débil; no había manera de cuantificarlo. Se impresionó como tantas veces, un frío temblor recorrió su cuerpo. Llamó a Patricia y le pidió que tomara las manos de su madre, a ella le correspondía acompañarla hasta el pasadizo desconocido.

Blanca abrió los ojos para cerrarlos de inmediato.

Emergía de la oscuridad del vientre materno, para sumergirse en una oscuridad más profunda, definitiva.

Moría y nacía al mismo tiempo.

Blanca repite, pero nada se repite. Todo es único, novedoso, extraño. Abre los ojos a un mundo desconocido y lo descubre, sorprendida. Repetir es volver distinta cada vez. Es nacer incesantemente, cruzar el límite de la nada y, en un instante, retornar a la vida. Recorrer el tiempo a la inversa, darle vuelta a un reloj que se ha descompuesto, sin entender por qué ni en qué forma. Es nacer en el tiempo primordial. Surgir atravesando los siglos, alcanzar un pasado remoto, el más antiguo, el origen en el comienzo de la cadena humana.

Es el mundo primitivo que la envuelve y la protege en su propia caverna. El universo ilimitado, mucho antes del tiempo y el lenguaje.

Es ella, antes de las palabras, hermanada con este homínido que aún no puede incorporarse.

Maravillada, descubre su boca, la forma de la boca abierta haciendo un círculo perfecto y, como prolongación, la lengua que puede mover a su antojo. Le divierte esa masa rosada y húmeda, la mueve de un lado al otro, le da vueltas, la esconde, la muestra de nuevo ahora, cuan larga es. Lame sus labios, pasa su lengua lentamente por sus dedos y emite un sonido placentero. Descubre que puede gemir. El sonido le fascina, como si escuchara la melodía más armoniosa. Aúlla hasta convertir esa especie de rugido en un susurro, y luego en una nota que se alarga. Ha descubierto que si exhala surge, no sabe bien de dónde, la A, la A cantarina que canta con ella, que la remonta a su vida primera, en brazos de su madre, en el pecho abierto de su madre. El sonido prolongado la arrulla, ella se abraza y se balancea.

¿Cuánto tiempo?

El tiempo es indefinido. La placidez de ver detenidas las horas, donde nada sucede y todo ocurre. Ya no hay proceso alguno, el pasado se diluye, mientras que el futuro no existe. El mundo empieza y termina a cada segundo. Es agotador. No puede comprender por qué se siente tan cansada. Nacer y morir la deja exhausta.

A pesar de haber olvidado todo y recomenzar, la sensación de tristeza no desaparece. Es un sentimiento que la ahoga, le impide respirar, le falta el aire, se asusta, necesita algo que la consuele. Retoma su propio sonido. Escuchar su voz brotando como un eco la tranquiliza. La hace sentir acompañada, protegida. Hasta que el murmullo cesa, y el silencio se apodera de ella.

El silencio es vacío. El vacío es silencio. El silencio es un vacío que ha perdido la plegaria. ¿O es acaso la plegaria misma? En esta incesante creación de un mundo inasible, en completa soledad, el universo de Blanca se repliega en su interior, se retrae, se reduce hasta convertirse en un destello diminuto que lucha por no extinguirse. En lo más recóndito permanece su alma íntegra, intocable, unida a fuerzas que presiente. Sabe que hay algo más allá de ella misma, lo intuye. No puede definirlo, pero la embarga una emoción de plenitud. Después de sentirse fragmentada tantos años, por vez primera percibe con una claridad inusitada que forma parte de una totalidad que la abraza.

Es ella, en comunión con el universo.

Una novela impactante que nos confronta con el olvido, la pérdida de la identidad y la fragilidad en un mundo desprovisto de compasión.

¿Es esto la muerte?, se cuestiona Blanca, ahí, en la cama de un hospital, un momento antes de olvidar por completo quién es ella, antes de que su memoria, cual máquina de obturación, deje pasar la última línea de luz. Meses antes, ni sus hijos, ni su marido ni sus alumnos en la Facultad de Derecho habrían relacionado sus descuidos cotidianos con los síntomas de una enfermedad neurodegenerativa. Ni ella misma habría imaginado cuán necesarios iban a ser esa libreta azul y aquel diccionario donde consultaba el significado de las palabras que, a primer golpe, le sonaban ajenas, y con las que de ningún modo logró convencerse de no escapar de su casa, de los cuidados de su familia. Y aunque el presente de Blanca se desdibuja, los pasajes de su tierna infancia recobran nitidez y la resguardan momentáneamente de un destino ineludible.

Victoria Dana, autora de la prodigiosa novela *A donde tú vayas, iré*, demuestra, una vez más, su maestría para contar historias que estremecen y transforman a todos sus lectores.

Victoria Dana es hija de inmigrantes sirios, nacida en la Ciudad de México. Su interés por las letras nació desde que era muy pequeña, cuando se nutrió de todas las lecturas que caían en sus manos. Es licenciada en ciencias de la comunicación social por la Universidad Anáhuac. Tuvo la suerte de conocer y estudiar teatro con el maestro Hugo Argüelles, cuyos conocimientos la han acompañado hasta ahora. Forma parte del taller literario del doctor Miguel Cossío Woodward, quien ha trabajado con toda una generación de escritores mexicanos contemporáneos. En 2012 incursionó por primera vez en la narrativa de ficción, y así fue como nació su primera novela, *Las palabras perdidas*. *A donde tú vayas, iré* es su segunda novela, con la cual trata de demostrar que sólo desentrañando los secretos del pasado podemos enfrentar el presente.

Las palabras perdidas

Primera edición digital: noviembre, 2017

ISBN: 978-607-316-022-3



 /megustaleermexico

 @megustaleermex

Conversión eBook:
Mutāre, Procesos Editoriales y de Comunicación

Índice